

A mis querid@s "ama" y "aita", a cada un@ de mis seis extraordinari@s herman@s.

Lo pequeño tomará grande. Sin ell@s no hubiera sabido de esa ancha fraternidad en gestación tan mentada y alentada en este libro, no hubiera conocido lo que pronto será la familia planetaria.

* Este libro ha sido patrocinado por Fundación ANANTA. La Fundación abriga dos principales objetivos: 1.- La realización de proyectos de ayuda de interés social que puedan beneficiar a la Comunidad y, en especial, aquellos dirigidos a sectores marginados de la sociedad. 2.- La difusión en la sociedad de principios éticos de carácter universal, fomentando los valores de convivencia y fraternidad humana.

Fundación Ananta

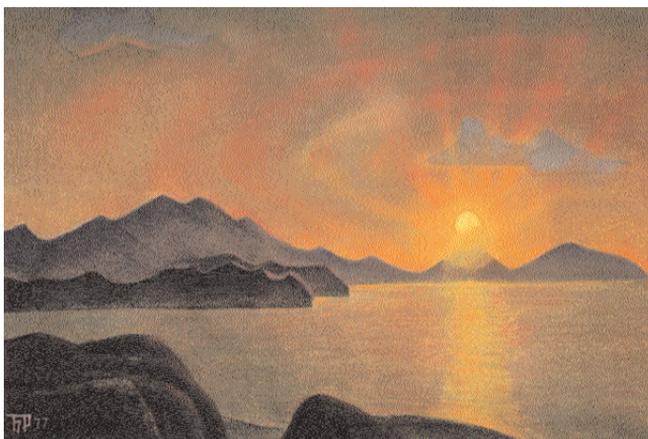
www.fundacionananta.org

Edificio Parquesol, Rosas de Aravaca 31,
28023 Madrid.

* Producido en la imprenta "Gráficas Astarriaga"
(Abárzuza- Navarra) Tlf.: 948-52 01 38. Junio del año 2004

* Para pedidos: redaccion@portaldorado.com

GUIÑO AL ALBA
Selección de artículos
1994-2004



Koldo Aldai

Patrocinado por
La Fundación Ananta

11 .	Introducción	29	Peregrina
15.	Gigante asombro	31	Huelga general
16.	Campanas	32	Limpio desafío
17	Puentes	33	Nuevo teatro del mundo
18	Horizontes	34	Hija del viento
19	Hojarasca	36	Nunca mais
20	En el metro	37	Blanco
22	Papeles	38	Un perfume en tu alma
23	Limoneros en Flor	40	Cajas de cristal
24	Líquido secreto	41	Río al habla
25	Gólgotas y procesiones	43	La casa de las princesas
26	Peregrino	45	Siempre otro tren
27	Junto al blanco roble	47	Neruda en Atocha

50	Zubielki	96	Soplo sobre tus velas
53 más	Sea bienvenida una vez	99	Carta a un niño cheche-
		no	
		102	Soñando milenio
56	De desiertos y extravíos	106	Las lecciones del siglo
58	Ventana tonta	110	Mapa corporis
62	Merecida gloria	113	El rapto del verbo
64	Juego inocente y sencillito	115	A una mochila pegado
67	Mequetrefe en pañales	118	Cumbres misteriosas
70	He tenido un sueño	120	Entero abrazo
73	Junto a la montaña	123	Saludos milenio
75	A falta de epílogo	126	Jerusalem, la gran disyuntiva
78	Entre el barro y el “micro-chip”	129	“Alá” grandote, “alá” pequeñito
81	“E-mail” a los Magos de Oriente	132	“Coexist”.
84	A falta de selvas	135	Pañoletas al cuello
88	...y el brujo voló	139	Tintineo de esperanza
92	Saludo sus silencios	142	Humareda de esperanza

151	¿Solos?	168	Anchas espaldas, viejos sueños
155	Carta póstuma a una mujer bomba	272	“Desacorazarnos”
158	Velos	176	La fuerza de la compa- sión
161	Urgente relevo	180	Retorno de lo sagrado
165	Hojas de otoño	185	Se acabó el “dedo”

*“No se trata de huir de la realidad o esquivar el compromiso,
tan sólo de ver a qué realidad queremos darle mayor peso”.*
(Merois-Gidauvan *“De la sumisión a la libertad”*)

Introducción

Pensaba que aún había que dejarlos madurar y multiplicar. No sabía que había llegado el momento de echarles el lazo. La invitación de **“Fundación Ananta”** me empuja en su búsqueda. Salgo pues al paso, “lazo al aire”, de los artículos más significativos de estos diez últimos años.

Leer el mundo, interpretar las claves de nuestros días, ha sido uno de mis principales empeños y así queda reflejado en las páginas del presente libro. Explorar el curso de nuestro devenir evolutivo, observar cómo operan las leyes del universo en el limitado espacio de nuestro planeta azul, es un desafío que atiendo con la humildad del que sabe sólo puede aspirar a conocer una muy limitada perspectiva de la infinita partitura universal. Vamos coleccionando breves visumbres de esa trama desconcertante, aquí y allá nos son proporcionadas pequeñas pistas de ese Plan Superior en la medida que las merecemos.

Encontramos las claves de nuestros días cuando nos vaciamos de ideología, de juicios, de teorías preaprendidas; cuando salimos más allá del tiempo, del espacio, de sus influencias mediatizadoras. Encontramos las pautas para entender nuestro momento cuando lo observamos en función de los principios que siempre han sido y que por siempre habremos de perseguir: unión, amor, verdad, belleza, paz... Cuando vivificamos esos valores en nuestro interior, siquiera en pequeñas dosis, somos obsequiados con atisbos de comprensión.

Caros son los susurros celestiales, privilegiada la lectura más profunda de cuanto acontece a nuestro alrededor. Desapego y no juicio son las condi-

ciones indispensables para acceder a una lectura más real de cuanto acontece en este acelerado planeta. Pero ante todo se nos pedirá amor en la mirada. No podemos monitorear el mundo, si no es con una infinita carga de compasión. Poco se nos revelará si empañamos nuestras lentes con la niebla del orgulloso intelecto o del resentimiento.

En realidad se trata de prestar nuestros ojos a los Ojos. Escribir es un ejercicio de quitarnos de en medio. Ceder nuestros dedos, ceder nuestra mente, ceder nuestro teclado... Creamos cuando desaparecemos, cuando Le permitimos obrar en nosotros.

Nuestras más elevadas creaciones, nuestras más afinadas visiones abrevan allí arriba en lo Alto. ¿Qué es la inspiración, sino ese permiso para tomar prestada una pincelada, una nota musical, una palabra...? Las bajamos a la tierra y a veces llegamos a pensar que son nuestras.

Toda creación, toda interpretación no va más allá del mero "préstamo". El ser humano en sus más logradas realizaciones no puede sino sentirse "canal" de algo superior. Ensayo, pues, yo también mi propio vacío de pasado, soslayo mi visión mediatizada, para buscar esas claves desaparecidas, esas interpretaciones más amplias y objetivas de nuestro acontecer colectivo en una hora tan trascendente como la que vivimos.

El futuro se escribirá sobre las bases del compartir y el cooperar o no se escribirá. He querido contribuir con estos artículos a alentar el imprescindible impulso unitario, grupal, que nuestra civilización está desplegando en las más diversas áreas de la vida. El análisis ha ido acompañado siempre de confianza y fe en el ser humano, en su facultad de rehacer su historia sobre la base de valores elevados, eternos.

Amo este oficio de cronista de nuestros días. Me apasiona leer nuestros convulsos días con las pupilas de un esperanza siempre viva; ensayar humilde mirada aún consciente de su lejanía de la Mirada. Amo también el tiempo que nos ha tocado vivir e interpretar. Huelga decir que es un tiempo difícil y complicado, hora dura y a la vez estimulante que elegimos para iluminar. La pluma ya no puede enredarse o divagar, pues sabe de los compromisos contraídos desde sus primeros trazos. La pluma ya no puede eludir responsabilidades, pues sabe que fue preparada y afinada para anunciar el fin de la noche, el clarear del Alba.

A ese Alba nos debemos, por ese Alba dentro y fuera de nosotros mismos vinimos a la Tierra. Ayer escribir era sobrevivir, creábamos para sentirnos vivos. Apuntalábamos líneas que no sabíamos a dónde iban; corrían sin Norte, con su carga llena de olvido. Poco a poco vamos recordando, recién empezamos a saber para qué estamos aquí, cuál es nuestra misión en este planeta, hacia dónde han de avanzar nuestras líneas.

Dividí el libro en dos partes. La primera de breves artículos sazonados con poesía a discreción en la que abordo tanto realidades lejanas como cercanas, incluso anécdotas particulares. La segunda y más amplia está compuesta de entregas más de orden analítico. Si tanto en una como en otra parte he incluido avatares de mi propia vida personal, es porque, en la gran mayoría de las ocasiones, constituyen excusas desde las que arrancar reflexiones más generales y de interés público.

Gracias de corazón a la “**Fundación Ananta**” por la oportunidad de dar a luz este libro. Amig@s lector@s, aquí os van este montón de letras que se juntaron como teas para procurar luz en la encrucijada de nuestro presente. Gracias de corazón por cederles vuestra atenta mirada.

*K. A.
Zubielki 21-VII-04*

GUÑO AL ALBA

PRIMERA PARTE

Breve mirada



23- VII- 99

Gigantes y cabezudos en Estella

Gigante asombro

El asombro era aún más grande que un temor, que a duras penas controlaba siendo con fuerza la siempre calurosa mano de su padre. Todos los años, al ritmo de la dulzaina, volvían a brotar las mismas preguntas en su pequeña, pero ya acelerada cabecita. ¿De dónde salían aquellos gigantes que bailaban con espalda erguida y parsimonioso movimiento? ¿Qué sastre les vestía, qué zapatero les calzaba, qué techo les cobijaba? ¿Qué gran hoguera calentaba sus perolos con sopas de letras mayúsculas? ¿Qué sábanas cobijaban en invierno esas narices de enormes cuevas?

En fiestas, al comienzo de las tardes, al final de las calles, siempre se tropezaba con su presencia altiva, con su figura rígida, con su vaivén ajeno. No, los gigantes no eran de este mundo. ¿Pero qué planeta soportaría sus enormes estómagos, su paso torpe, su mirada ausente?

Aquella tarde, en el ánimo de desterrar resquicio de temores, muy a su pesar, les siguieron hasta que entraron en una lúgubre nave. De repente, la música calló, el baile se detuvo, los gigantes se petrificaron. De las largas faldas de la monumental reina salió un joven de rostro cansado. No gastaba un porte especial, no venía de otro mundo. El sudor adhería a su piel una vulgar camiseta festiva de nuestra misma galaxia, de nuestro mismo pueblo. Era el vecino del cuarto chorreando la gota a mares.

3-V-00

*Automatización de las campanas del pueblo***Campanas**

Don Prudencio se cansó de repicar a pulso, de venir pisando el acelerador para que las campanas se agitaran en el instante preciso. El cura del pueblo quiere comprar un dispositivo para mecanizar el din-dong y levantarse un cuidado. El veterano párroco de Zubiarki no se fía del sistema de turnos que en otros pueblos ha dejado a más de un campanario sumido en un profundo silencio. Hoy por ti, mañana por mí y el badajo quieto parado.

Ya han llegado los presupuestos y ahora la feligresía se debate entre automatización con o sin programador. Pese a mi inicial y pública resistencia, considero bastante acertada la salomónica decisión que se ha adoptado: automatización a diario y volteo manual cuando el mocerío se preste al ancestral cometido en fechas singulares.

No quiero ponerme inquietante, pero de todos modos, así se empieza y luego se acaba con los sermones grabados y la comunión por Internet. Ya pululan avispados que se confiesan por e-mail y después, tras volcar excesos y tropelías en la pantalla, cuando el robot vaticano canta la ciberpenitencia se aprestan a pulsar “delete”.

No quiero tampoco ponerme nostálgico. Reconozco que a veces la practicidad debe primar al “repique” de las añoranzas. No es fácil encontrar el punto medio. Cada quien porta su propia balanza y escora el fiel hacia el ayer o el mañana, según credos y circunstancias. Es el eterno tira y afloja, ahora en torno a la cuerquita del campanario: cielo y tierra, viento y calma, agitación y firmeza... Al fin y al cabo en esa entente entre nostalgia y progreso, en ese equilibrio entre tradición y desarrollo, en ese ajuste entre lo rústico y lo digital, lo real y lo virtual, en ese entendimiento entre campanas de a botón y volteadas a mano, nos jugamos buena parte de nuestro

futuro.

8-V- 2000

Sobre la necesidad de establecer puentes humanos

Puentes

No estamos para prescindir de ningún puente. En realidad nunca fueron tan necesarios. Son pocos todos los que conservemos y levantemos. Urgimos de puentes de cemento y alquitrán, pero también de esos otros más ligeros que empalman ideologías, credos, pensares... Urgimos de puentes entre las naciones, entre las culturas, entre las generaciones... Ha llegado el momento de acortar las distancias entre tu Dios y el mío, entre tus sueños y los míos, entre tu gente y la mía, entre tu sendero y el mío...

Levantemos puentes por doquier, sin condiciones ni peajes, sin portones, ni barreras. Echemos el encofrado a base de palabras escogidas, de gestos amables, de sonrisas oportunas... Levantar puentes es de los más nobles empeños que pueda abrigar nuestra vida. Es preciso ensayarse en esa cotidiana y sencilla ingeniería que nos permite establecer vínculos de simpatía y cordialidad con cuantos el destino nos acerca.

Vi en los Balcanes, sobre el Neretva, puentes destrozados que en realidad comenzaron a desmoronarse antes sobre un curso más interno, construcciones medievales dinamitadas por una ira aún no caducada. A veces la corriente baja alterada y somos puestos a prueba. No hay que olvidar esos otros puentes que se levantan sobre aguas irritadas, entre espacios enmarañados, entre orillas contaminadas... Esos son lo más difíciles y a la vez los más necesarios, pues unen corazones lejanos, incomunicados..., distancias aparentemente invencibles.

Cada quien es zapador de sus propios puentes, cada quien sabe qué turbulentas corrientes deberá salvar, en qué circunstancia difícil deberá encender su rostro, con qué vecino no arrugar el ceño, con qué compañero de trabajo prodigarse en detalles... He aquí los más desafiantes puentes, los más fabulosos, aquellos que se tienden cuando la otra orilla no los aguarda.

20-V-00

Un anciano vecino parte y su contertuliano y amigo queda en soledad.

Horizontes

Era su más lejano horizonte. El confín del mar que descubrió en su viaje de novios terminó de aburrirle con su línea de cartabón. Apostado durante horas bajo mi ventana, el anciano mantenía inmóvil la mirada clavada en el horizonte de un campo ya reverdecido. Era su más amplio panorama, aquel que tropezaba con las estribaciones de un soberbio Montjardín. Hacia ese fondo limitado más al Sur por unos chopos en constante danza, lanzaba uno tras otro sus insaciables interrogantes.

Su mirada empujaba con especial empeño escrutador ese día. Pareciera que aporreara con sus pupilas la última puerta de todos los horizontes, allá donde un destino precipitado había llevado a su compañero de paseos, “regadío” y charloteo. No interrumpí su exploración de horizontes, no le asesté ningún letal “pésame”. Hay silencios que son sagrados, máxime aquellos que un anciano clava durante horas en la lejanía.

Me asomé cuanto pude. Le grité también en silencio desde la cocina que ni vida, ni paseos se acaban; que su amigo le aguarda paciente en la siguiente curva; que revuelve con manos más livianas barajas menos ajadas, nuevas cartas, nuevos papeles para una vida de más anchos panoramas.

Le grité en silencio que paseamos eternidades, que avanzamos juntos entre parcelas más o menos fértiles, más o menos cuidadas y regadas; eternidades que sortean estos y aquellos montes, que se ríen de estos y todos los falsos horizontes de agitados chopos, de fina plumilla, escuadra y cartabón.

15-10-00

*Otoño desde la distancia***Hojarasca**

Viste ya Urbasa su sayo de otoño. Echó mano de sus ocre y amarillos a sabiendas de un hechizo asegurado, anual ofrenda a la mirada fascinada del caminante. Estoy lejos de ese sublime ensueño que mecen las hojas sin savia. No hay alfombra de otoño por los caminos que mis pies ahora hollan, pero en medio de un asfalto lejano, imagino el crepitar de la hojarasca bajo los pies maravillados, huellas extasiadas sobre los senderos sepultados. Mi memoria persigue en los semáforos de la gran urbe ese paisaje de hojas y niebla, silente y añorado preludio de mundos elevados.

Otoño nos instruye en el desapego y aún y todo nos aferramos a las mismas ideas, a los mismos credos, a los mismos empeños... Todo cambia, nada muere, respira también la vida que parece esconderse, apocarse e incluso callar bajo la hojarasca.

Renunciemos a las ramas que no mudan, a las ideas que no se reciclan, a la esperanza que no alcanza fulgor áureo. Otoño nos muestra que todo muda, que los colores, las caras, las calles de hoy, serán otras mañana...; nos anima a abrazar y despedir el superior instante con el mismo y entero gozo.

Remontemos la sierra, ahora que luce sus mejores galas. Dejémonos interpelar por su penetrante paz. Aún estamos a tiempo, caigamos sobre el húmedo y apretado colchón del hayedo. Echemos a volar la hojarasca. Abracemos al aire, a la dicha ingrávida, a la lluvia foliada que planea. Sumerjámonos en el frescor de su espesura, revolvamos bien adentro hasta hallar nuestro propio niño enterrado bajo tantas capas de olvidados otoños.

13- II-01

“En el metro”

De repente los aldeanos que desembarcamos en la gran urbe, tenemos muchas cosas que aprender, muchos motivos por los que sorprendernos. En lo que a servidor se refiere, no he tenido ocasión de frecuentar galerías de artistas modernos. Tampoco he ido a museos de maestrías más antiguas. No acudo a ninguna facultad, me salió ya alguna cana. No me alcanza el día para todos estos ilustrados menesteres, mas todas las mañanas me sumerjo en la cueva del metro. He ahí mi universidad. Turno de mañana y turno de noche, una hora bien cortita en cada sesión, de a 76 ptas. con abono. A fe que no la desperdicio.

En el metro he comprendido que todos los humanos de los más distintos colores y razas, de las más variadas clases y pareceres, viajamos en un mismo vagón hacia semejantes destinos.

En el metro aprendí que bajo tierra, el “móvil” calla, pero en la línea más subterránea, en esa que se bajan las mil y un escaleras, no se interrumpía la comunicación con los de Arriba. No se cómo se las apañan. Marqué desde bien abajo y también ahí contestaron. En el túnel más largo supe qué Compañía ofrece, en verdad, servicio gratuito y cobertura universal.

En el metro saboreé libros que por falta de tiempo tuve que aparcar. Leí también el libro apasionante de los mil y un rostros. Los examiné con respeto. En las arrugas leí los desafíos de la vida encarados, en las sonrisas leí los vencidos, en el gesto cabizbajo los postergados.

En el metro gocé la soledad del vagón vacío a media noche. Entre los empujones y pisotones disfruté del mogollón a la hora punta. Supe cuántos deseamos aquí y ahora, bajo tierra y sobre la Tierra crecer y algún día “graduar”. Cuando nos lanzamos a la carrera a por la escalera mecánica, aprovecho para pedir por todos ellos, por su jornada recién inaugurada, por su misión en ese día, por su compromiso de por vida.

En el metro he visto la humanidad enlatada, con sus gestos sencillos, amables, incluso heroicos, pero también con sus escenas de mejor mirar hacia otro lado.

Al igual que en la vida misma, he tropezado en medio de la marabunta, me he equivocado de destino, me he pasado de estación y he aprendido la nece-

G U I Ñ O A L A L B A

sidad de la atención, de no clavar la mirada en la chica con medias de cristal.

Aprendo mucho en el metro, nunca hay un trayecto largo, nunca ratos muertos. Las enseñanzas me asaltan cada vez que se abre una puerta y entra una turba de gente, la alegría me abriga cada vez que suena, en medio del ruido de los raíles, un acordeón, la vida me abraza cada vez que en sus pasadizos me sorprende un sople de aire sin recalentar.

Volveré al campo tras trasiego por el asfalto, tras culminación de retos que sólo se pueden encarar en su agitado escenario. Retornaré hacia el Norte algún día: paz, amigos, chimenea..., junto al río tenemos un altar.

Cuando remonte de nuevo la sierra callada, cuando avance entre el hayedo de hermanos silenciosos, quietos, erguidos, recordaré, seguro que con nostalgia, aquel otro bosque subterráneo de Madrid, aquel otro bosque en movimiento en el que he aprendido tanto.



*Inmigración “ilegal”***“Papeles”**

Vino allende el gran charco. Viste la zamarra de duro cuero y pesada soledad con la que se abrigan los pastores en invierno. Apenas cruzamos escueto saludo en el paseo vespertino. En el fugaz encuentro se me agolpan las preguntas, mas respeto su charla de adentro. No sé siquiera en qué idioma andino apacienta las ovejas; hasta dónde le aguijonea la nostalgia cuando el valle calla, enfila el rebaño al redil y el fino y ya cansino campanilleo de los animales le empuja a la incómoda rampa del recuerdo, allá donde el alma ensaya reunirse con su gente.

¿Qué pasa con los “papeles” que separan familias y lastran nostalgias? ¿Qué pasa que ensanchan océanos y ponen a ensayo y fogueo los amores? De los papeles se ríe el viento, pero el hombre les hace altar y las autoridades invitan a venerarlos. Los papeles los disuelve el agua, pero los hermanos de piel más oscura han de hacer largas colas para encarpetarlos. Los papeles los devora la más mínima llama, pero quitan el sueño a quienes denominan “extranjeros”.

¿Sin embargo, quién se cree aquí por siempre? Todos estamos de paso, todos apacentaremos ovejas al otro lado de un charco, todos pasaremos en algún remoto pasto la prueba de la nostalgia. ¡Ojalá cuando su aguijón amenace el corazón, nadie nos cierre fronteras, nadie nos pida papeles de ida y de vuelta!

Construyamos por fin hogar para todos los vientos, para todas las gentes. Dibujemos un cielo surcado por aviones de hombres y mujeres libres y “legales”, aligerados de permisos, pasaportes y visas; hermanos de todos los colores, colmados en sus vacíos, desnudos de nostalgias, con anhelo de mudos y lejanos atardeceres, de fino y cansino campanilleo.

Por un mundo sin fronteras, por una patria planetaria hemos de trabajar duro, amigo pastor. Caminos sin barreras y aeropuertos sin aduanas nos aguardan a la vuelta de esos balidos ahogados, de esas frías tardes de Enero. ¡Por el tejado ancho y el hogar de todos, por el fuego del amor fraterno que te aligere de la dura zamarra de cuero, de la pesada soledad de invierno!

20-IV- 01

A propósito del conflicto israelí-palestino

Limoneros en flor

Hay dos grandes falsedades que tenían vedada su entrada en el tercer milenio. Prometimos ensayar el nuevo tiempo sin ellas y el dolor que acarrearán. Ninguna estaba invitada y sin embargo alguien les abrió la puerta. El primer gran engaño es que la tierra tiene dueño, el segundo es que existen enemigos. Ambos colosales embustes conquistaron los tableros de las escuelas y las profundas cuevas del cerebro, las biblias y los tebeos, la memoria de los pueblos y las historias junto al fuego.

Sin estas dos grandes mentiras los limoneros florecerían ahora en Palestina, sus desiertos se volverían a llenar de místicos, sus calles de profetas, el Hijo del Hombre sermonearía vía satélite desde Nazaret. Sin estas dos monumentales falacias los tanques, que hoy aplastan sueños, jardines y vidas, se habrían oxidado. Los jóvenes israelíes apurarían tranquilos un café turco en las terrazas de Jerusalem y sus homólogos palestinos no se ajustarían a su cintura mortales artefactos en Gaza. Sin ellas ensayaríamos una tierra de nadie y un Cielo de todos, un vergel en cada puerta y una inmensa plaza detrás de los limoneros en flor.

Hay un lugar para todo humano bajo el sol, ya para nadie tras las trincheras o las barricadas. Consume aún cera santa la llama del odio. La ley del más fuerte entra con calzador en las mentes ya digitales de los soldados de Sharon. ¡Retornen a sus cuarteles los tanques de Ramala, Belén, Nablús, Jenin, Beit Yala...!

No sé quién dejó avanzar por el presente a estas dos grandes mentiras del pasado. Hay que deshacerse de ellas, blindarlas y esconderlas en un desierto sin viento, ni alba. ¡Que los niños del mañana nunca sepan que ayer llenaron sus pizarras, que se disfrazaron de redondas verdades! Comencemos con nuestros propios “territorios ocupados”: si amamos a nuestros “enemigos” no tendremos enemigos a los que temer, si transitamos todas las tierras, no tendremos una tierra que defender.

5-III- 01

*Prospecciones en búsqueda de petróleo en la Sierra de Urbasa***Líquido secreto**

Hojas caídas y tierra aliada guardan el secreto que la pólvora no halla. El hayedo ocultó su tesoro durante milenios, no se lo susurró ni al viento, que siempre está de viaje y es poco discreto; no se lo dijo al hombre porque siempre está maquinando y es insatisfecho. Ahora le quieren hacer “cantar” a golpe de dinamita. Dicen que hay petróleo en el subsuelo de la sierra de Urbasa.

Se sucede el estruendo en el bosque callado. Golpe tras golpe no encuentran el oro negro bajo la hojarasca. Complot de duendes y gnomos, de robles y hayas, de aves y ardillas... Nadie soplará el lugar donde descansa la bolsa codiciada.

-”Que callen los motores que ensucian el aire y rasgan silencios, que pacen con el sol, el viento o la marea nueva fuerza para mover sus inventos”.

- rompe el haya, hermano erguido, su voto de mutismo.

- “La paz no se cotiza en los mercados del barril, no admite trueque en divisas, no se mide en petrodólares”. - tercia un “basajaun” (duende, legendario personaje de los bosques) que acecha a los técnicos de la compañía prospectora.

La historia le es familiar al señor de los bosques. Retorna “don lucro” a profanar territorio vedado. Cava tierra y socava paz en busca del preciado líquido, tras la bolsa subterránea en la que se acomoda el acosado carburante.

El petróleo, maldición o dicha. Ayer detritus vegetal y hoy viscosa fortuna. En el mundo siembra contaminación y guerras y arriba, en la sierra, desolación y agujeros fallidos. ¡Qué caro cuesta mover nuestros coches! ¡Qué extraña esa libertad de cuatro ruedas que se venera en los anuncios! Podemos vivir largo tiempo sin el polémico combustible, pero quizá no aguantáramos tanto sin respirar otoño en el hayedo. Retorne el sigilo a la montaña sagrada.

18-IV-01

*Procesión de Semana Santa en Estella***“Gólgotas y procesiones”**

De pequeño temía la Semana Santa. Eran sin duda los días más tristes del año. No comprendía la razón, en el albor de la primavera, de tanta aflicción, de tanto desconsuelo. Todo se opacaba y apagaba. La televisión de blanco y negro se volvía más oscura todavía. Contaba las horas hasta que el Hijo del Hombre resucitaba y se levantaba ese velo negro que, amén del rostro de las mujeres, todo lo cubría.

Vende aún ese negro de la España carpetovetónica. Las procesiones discurren ahora empujadas por un añadido interés cultural, turístico... Se arremolinan a sus lados curiosos y devotos en similar proporción. Al Bendito le cargan uno y otro año con la cruz de los hombres y con paso sufrido y cansino se encamina hacia Su hora.

¡Avancen procesiones sin lágrimas por las avenidas del nuevo milenio! Ya hemos ascendido a muchos calvarios, arrastrado cadenas por largos asfaltos. Ya hemos consolado a todas las Dolorosas. Ya hemos temblado al paso de los cucuruchos negros y purgado sobradas angustias.

El Nazareno ya no quiere que le clavemos de nuevo en el madero. ¡Revoloteen ahora las golondrinas de Machado quitándole las espinas al Rey del Cielo en la cruz! ¡Alumbra la religión del dolor una nueva espiritualidad de amor y gozo, sana y agradecida dicha renacida de un pasado de aflicción y muerte!

No es preciso rescatar todas las tradiciones, repetir año tras año la más trágica escena humana, rebobinar cada Pascua la historia de nuestros errores. Cede ya esa nostalgia del Ajusticiamiento. Calla el chirrido de las solemnes cadenas sobre las viejas piedras de nuestros pueblos. El Hijo del Supremo apartó la losa de la muerte, echó un guiño al Padre, se dio una ducha revitalizante y ahora danza sobre la hierba fresca e impoluta de nuestro Gólgota íntimo y profundo.

20-VI-01

*El peregrino llega a Estella***Peregrino**

Seguía las flechas amarillas, al tiempo que se sacudía el polvo cristalino de otros mundos. Alguien le habló de la “poza de agua salada” en medio del calvario de un camino asfixiante. Estaba y no estaba. Flotaba, no peregrinaba. Traía la mirada nublada de los peregrinos de antaño. Su pelo rubio denunciaba un origen nórdico. De seguro que era uno de esos alemanes desbordantes de coraje, que arrancan de París, pues los treinta días de la ruta española no les basta para completar su interna singladura.

Descargó la pesada mochila junto al pretil y liberó su cuerpo de una ropa empapada de sudor. Lo suyo no fue un baño, sino un ritual elevado. Recogió un poco de agua entre las manos y la dejó caer en prueba de agradecimiento supremo. No sólo sumergió lentamente su enrojecida piel blanca, remojó también espíritu y alma estirado en “plancha” con los ojos cerrados y dio libre asueto a un espíritu que debía suspirar altos vuelos. Nadie osó zambullirse mientras el peregrino gozó de ese éxtasis sobre las aguas.

Me consta que cada año recibimos en Estella toneladas de anónimos santos, como este joven alemán que nos instruyó en agradecidos y ceremoniales baños. No sé si apreciamos en su debida medida este desembarco de ojos claros, de auras relucientes, de sudores perfumados de gloria... No sé si valoramos ese cruce de mundos, ese arribo de letanías y preces lejanas, de tradiciones espirituales diferentes a orillas del Ega. Los peregrinos no son sólo ingresos en nuestros comercios y hoteles, sino, ante todo, reclamo de acogida, oportunidad de puertas abiertas y bendición para el alma, a veces soñolienta, de nuestra ciudad agraciada.

Elegía de la sierra nevada y alegato contra la caza

Junto al blanco roble

Se esconde la nieve en el valle, se eclipsa tras los colores cotidianos. La tierra la bebe a grandes sorbos, no sin antes dejar en nuestro recuerdo su mensaje de pureza. Calla y marcha tras la impronta de su poderío con el que inunda e iguala todo; se retira sin mediar aviso, con el mismo sigilo que cuando se apoderó de nuestros campos y pueblos, fría alborada en la que intuimos su presencia tras las cortinas.

Se despide la nieve del valle pero aún nos aguarda en la sierra. Remontamos Lóquiz por Aramendía que es el itinerario que concede una vista más amplia sobre los valles de Allín y Estella. Las hojas acristaladas crepitan bajo el peso de la bota por su piel helada. Vestida la montaña de nieve, cierto pudor nos sacude al horadar su blanca espesura. Saturados por el “trajín” de la urbe nunca hemos necesitado tanto de ella, de su silencio, de su hermosura, de avanzar hundiendo las piernas hacia su cumbre.

En el ascenso tranquilo y maravillado vamos venciendo el recelo de romper esa intimidad de la montaña consigo misma, de rasgar su velo de bruma y estampar en la nieve una huella que no siempre le fue amiga. Con acopio de elevados sentimientos por permiso, la hollamos en silencio, en el anhelo de que algo nuevo baje con nosotros, regalo de visión, consejo más o menos afinado... o simplemente delirio de belleza a cuestras, camino hacia los valles de un mundo revuelto.

Ducha de copos bajo el roble en el que tomamos apoyo, la nieve se desmorona por doquier cansada de equilibrios en las alturas de la arboleda. El sol araña los copos que a duras penas sostienen las ramas, hasta que los precipita hacia los suelos. Irrumpe ya de mañana el astro en la blancura esparciendo un brillo diminuto sobre la nieve, desenrollando su refulgente alfombra que nos eleva a otros mundos.

La montaña es símbolo de potencia, a causa de la idea de estabilidad que le es propia, estímulo de elevación, constante desafío de superación personal, invitación a una mirada más justa y ancha... Más cubierta de blanco, la montaña, se mete hasta dentro de nosotros y su seducción no es sólo de los sentidos, su embrujo es ya del alma. La ascensión por la nevada arbo-

leda, no es prueba tentando músculos y pulmones, sino invitación a que el espíritu también escale, calce botas y remonte cada vez más alto, más allá del lodo que le salpica en sus valles cotidianos.

Los buitres merodean las enormes peñas en las que culminan nuestros esfuerzos. No rehuyen al hombre. Pasan con dulce silbido sobre el cresterío rozando las rocas con sus alas, avivando nuestra fascinación con su elegancia señorial, empaque suavemente empujado por el frío aire de las alturas. Allí ejercen ese a veces sutil, a veces férreo dominio sobre el paraje y sus criaturas. Gobiernan orgullosos en su planeo y ni siquiera nos buscan en su amplia mirada.

En la ermita de San Cosme viene el calor a las manos y con él, el empeño renovado por asir el bolígrafo, por pasar al papel estos instantes de privilegio. Algún tiro lejano recuerda que el mundo sigue allí abajo, que el ruido aguarda al final de los mismos caminos, que en algún lugar cede el hechizo de la montaña. Insiste el eco con más detonaciones: persuade el hombre interrumpiendo la vida que aletea, deteniéndola, cortándole una y otra vez el paso en las alturas. Avisa el eco de que el mundo sigue allí, donde lo dejamos abajo, en buena medida ajeno a tanta maravilla como nos recrean las cumbres, perezoso por remontar el blanco de las alturas, el manantial de belleza de la sierra.

Necesitamos cerca a la montaña, su remanso de paz, sus inquilinos salvajes. Saber que está ahí, que desde su cumbre la realidad siempre es más real y transparente, más sencilla y a la vez profunda. Basta penetrarla en silencio para que ella también se sincere, para que nos susurre su magia. Rodeada y cercenada por asfalto, herida por pistas, coronada de antenas..., la montaña necesita también de solitarios caminantes con quienes compartir sus secretos. Tan sólo pide unos pasos respetuosos para convertirse en lugar de conocimiento, en templo sagrado.

El valle de Allín despliega ante nuestros ojos su ya verdeante antesala de civilización. A la espalda, sola y soberbia, la sierra nevada. La despedimos con guiño hacia la cumbre. Alcanzamos el caserío de Aramendía, con nuestra mirada prendada de su nostalgia, abandonando en la arboleda desnuda la promesa de retorno temprano.

13- V- 02

Peregrina

Caminaba sola, pues ya debía saber que no existe otra forma seria de ganarse jubileos. Una alegría casi irreverente denunciaba su largo noviazgo con el Silencio. No corría tras albergues, seguía fiel al fulgor de las estrellas. No conocía el miedo, pues ni por un instante dejó de sentirse acompañada. Valiente sin escapulario, sin bastón de punta, ni protección de este mundo; audaz sin siquiera saberlo.

Apenas cruzamos unas palabras; apenas sé de su historia, de sus sudores bendecidos, de sus senderos cuesta arriba...; apenas lo que leí en su cara joven, lo que escruté en sus ojos ya maduros. Tan sólo puedo reportar su mirada instalada en íntimo gozo, su forma de cojear con dolor despreciado, su timbre regocijado al demandar por la flechas amarillas. Al final de nuestro breve encuentro algo me habló de África, de pizarras sin techos y niños apiñados en la sombra de una sabana hambrienta, algo me compartió de hábitos colgados en el perchero de una frondosa etapa... Escribo para recrearla, para ponerla a caminar de nuevo sobre las veredas de mi mente, para callarle las flechas amarillas allá dónde se encuentre, para que Vds. sepan también que los santos descerrajaron ya los relicarios.

¿Cuántas veces se habrá despistado de la Ruta, cuántas veces habrá abandonado el Camino? El brillo en las pupilas testimoniaba esa suerte de incurable y casi permanente ausencia, esa muda victoria de quienes han derrotado el mundo, ese íntimo logro de a quienes ya nada turba. A poco me presto de lazarillo. Callé, pues enseguida me percaté de que necesitaba perderse una y mil veces, una y mil veces preguntar por el Camino, una y mil veces enamorar con su inocencia, con su pureza. A poco me marco el sermón sobre el románico estellés, pero enseguida reparé en una mirada que perforaba el tiempo y sus piedras. A poco le cojo la mochila, pero me di cuenta de que apenas le quedaba nada para conquistar el Cielo. A poco le invito a unos “pintxos”, pero adiviné a tiempo su dieta de luz, aire y fruta del momento.

¿Quién osaría atrapar al viento? Bastaba el instante, la copia de seguridad de sus pupilas celestiales en mi disco duro. Así que la dejé partir, empedrado arriba, sin más detención que una sonrisa de reconocimiento y aprecio, sin lazo de teléfono, ni e-mail, sin pesada galantería para quien demandaba todo su espacio abierto...¿Qué sol azota ahora la frente de la peregrina-

G U I Ñ O A L A L B A

na, qué polvos levantan unas suelas en constante ensayo de vuelo, qué fuentes se empeñan en calmar su sed de otro Agua?

Si tropiezan con la santa andante, no le retornen a las flechas amarillas. Ella abraza una fe nueva, avanza por el Camino de todos aquellos que se han salido de los caminos. ¿Senda de amor puro? Sus pasos no deben andar lejos de ese siempre lejano Finisterre... Sigamos su cojera cantarina con respetuosa distancia, burlando todas las flechas, entre hitos de estrellas, rumbo de infinitos.



11- VI- 02

La huelga empieza por dentro

¡Huelga general!

Cualquier tiempo pasado no fue mejor. No reivindico otras épocas de sudores incontrolados y de explotación del hombre por el hombre, no anhelo barricadas de adoquines y fuego en el asfalto. Reivindico sólo el coraje de otrora. Hemos instalado el “air-bag” en todos los volantes de nuestra vida. Limitamos el riesgo a su mínima expresión y con él, la posibilidad de curtir coraje, de nutrir sueños.

No reclamo los tiempos de firme puño en alto, sino el valor que era preciso para levantarlo. No añoro las carreras delante los “grises”, sino aquella fuerza generosa que empujaba a las anchas y humeantes avenidas.

Hoy hasta a las huelgas se las ha desvitalizado el nervio, sin embargo la vida es constante huelga y apuesta, envite siempre más noble cuando es por el otro; por el otro que le merman el paro, que le faltan los “papeles”, que se tragó un “adiós”, que se tiró a la mar del “Estrecho”...

Hará falta coraje para hacer posible otro mundo, para achicar la jornada, para trabajar menos y trabajar todos, para compartir riqueza y salario. Los nuevos vientos no bailan banderas rojas, agitan algodón de arcoiris. Ya no blandiremos más “sprays”. La nuevas consignas no se rotularán en las paredes, brotarán con fuerza desde adentro.

Un día no es nada, animo a la huelga ininterrumpida. Huelga a la televisión del “gol y más gol”, a la sociedad de competitividad dominante y compraventa de todo, al rencor en las pancartas, a la ira en el megáfono... Huelga a los hospitales sin prados, al asfalto sin sol, ni cascadas, al alba sin pájaros, al ocio sin creación, al comer sin compartir, al sexo sin ternura, a la vida sin amor... Huelga a las balas que agujerean cielos y vidas, a los polvos que envenenan los campos, a las sierras que tumban nuestros bosques...

Hay rebeldía para muchos días. Por lo demás, cada quien habrá de atender a sus particulares huelgas, cada quien tiene sus consignas postergadas, sus humeantes avenidas que recorrer, sus “pelotazos” por esquivar...¡Fuerza y coraje, compañ@s! ¡Frente a nuestras propias y limitadoras leyes personales, frente a nuestros miedos y parálisis, vayamos todos a la rebelión general!

12-VII-02

Sobre los encierros y los “festejos” taurinos

Limpio desafío

El encierro concita la mayor expectación en las fiestas navarras, manifestación popular que ha ido tallando identidad a nuestro pueblo. Sol y sombra empujan esta tradición hasta nuestros días. No objeto la carrera de igual a igual, la manada negra tras valientes de blanco. Está bien medirse con el animal, patear veloces un mismo asfalto, enfilar un mismo destino, desembocar en la misma arena. Podemos incluso compartir con el toro círculo bajo las gradas, redondo escenario de sufrimiento vedado. Una vez más lo que sobra es el metal, ese acero siempre a destiempo, siempre oxidado, lo que está de más es el coso enrojecido...

Bienvenidos sean los desafíos de valor y digno pañuelo al cuello, el reto de las piernas que vuelan con el peligro en sus talones. Bienvenido ese eterno forcejeo entre nuestro pasado indómito, montaraz y nuestro raudo futuro cuasialado. Está bien acariciar las astas, reconocer con respeto la furia que también nosotros somos. Está bien sentir cercano el jadeo intimidante del animal que aún llevamos dentro, lo que sobra es la banderilla sañuda, la espada escondida, la herida inclemente, la muerte gratuita... Está bien esa cita sobre el adoquín entre la fuerza salvaje y la destreza, entre lo primigenio y el talento, esa noble apuesta calle abajo entre las cuatro y los dos patas, lo que sobra es esa encerrona en la plaza, ese duelo trampeado, ese jaleo público de la agonía...

Corramos encierros que no desembocan en plazas de muerte, salgamos al paso del animal que fuimos con el pecho desnudo, sin filo a la espalda, sin filo al viento... Llegan veranos sin sangre de toro, veranos de arenas brillantes, de cosos no mancillados... Llega otra casta de héroes sin medallas de orejas y rabos. Callan los aplausos al rumiante asaeteado. Inauguremos ya veranos y fiestas en que los animales vuelven a ser hermanos.

28-10-02

En memoria de la víctimas rusas y chechenas de la tragedia del teatro de Moscú. Tras el asalto de los guerrilleros chechenos, el ejército ruso entró inundando todo de un gas muy tóxico. Todos los asaltantes fueron abatidos, la mayoría cuando dormían a causa del gas. Entre los rehenes 120 víctimas mortales por el mismo gas

Nuevo teatro del mundo

No más sirenas de muerte en torno al teatro de la vida. Los humanos no merecen ya esa fórmula tóxica que roe los pulmones, que detiene corazones, esa química paralizante de veneno, rencor y miedo. No más terror de los grupos encendidos y exaltados, de quienes invocan también razones de Estado para asfixiar la disidencia, para acallar el latido de la diferencia.

No más cuerpos doblados sobre la platea del futuro, no más mujeres con la mecha de la muerte en la flor de sus días. Sólo cordón de vida en los vientres del mañana. Corramos telón. Aspiró nuestra memoria los gases de ayer, la química del dolor, la letalidad del odio. Inauguremos nuevo teatro de aire limpio e inmenso aforo, de sesión continua y felicidad merecida. Ninguna joven se enfajará dinamita, ningún gas callará el aliento.

Moscú bien vale una lección definitiva. Aprendimos ya el libreto. Fuimos ya príncipes y mendigos, guardias y ladrones, asaltantes y terroristas, moros y cristianos... Llegó la hora. Comienza una nueva sesión. Todos tenemos un lugar en el nuevo teatro del mundo, en la nueva escena compartida. Cada quien encuentre su música, su papel, cada pueblo exhiba su dignidad y su belleza. Suban a escena todos los colores, todos los incensos, todos los coros. Callen fuera las ambulancias. Ya nadie vence a nadie, todos trabajan por el éxito de la función, todos se contagian gozo de farándula, chispa de otro enredo.

Corramos telón de milenio y esperanza. Ensayemos aquella sinfonía pendiente, aquella opera prima por milenios postergada, volquemos en el escenario un mundo de concordia, un cielo de fraternidad. Estrenemos de una vez por todas la partitura madre, saquemos de entre bambalinas aquel reino de paz.

Glosando la figura de “Sibila”, líder naturista y soñadora de alto vuelo

Hija del viento

Se alimenta de una luz que adereza con frutas arrancadas al aire y raíces tomadas de la tierra. En las tribus dakotas la habrían bautizado como “la que escucha el viento”, pero me consta que sus afinados oídos horadan también otros misterios. Los escucha cada noche, cuando sus criaturas duermen y escribe sus cuentos a la luz de una lámpara de aceite. El aire de la montaña le trae la inspiración desde lejanas esferas hasta su casa de pacas de paja a la vera de la Sierra de Gredos. Sus relatos tienen el tamaño del sueño de sus hijos y algunos estiraron sus páginas hasta al amanecer. El ritmo lo marca también el viento: “piano”, “allegro” o “trepidante”, según azote con más o menos fuerza las gruesas paredes de paja.

Tiene dos criaturas rubias que apenas viste, no vacuna y tampoco empuja a la escuela. No tiene agua, ni luz, pero sus ojos arrojan kilowatios de brillo. Además del resoplido de la “tierra”, alcanzó a oír también su palpitar, sus delirios de gozo, sus noches de pena... Todo esto lo va encerrando en los libros que le está editando “Mandala”, relatos y ensayos que van testimoniando su militancia firme de lo austero, lo natural, lo hermoso.

Hace unos días, pies desnudos y un hijo en cada brazo, bajó de la montaña y reunió a la tribu en la feria madrileña de “Biocultura”. Un simple paño enrollado guardaba su cuerpo moreno de las miradas curiosas. En un minúsculo “stand”, ante un público ávido, compartió el susurro del viento, el secreto de la vida sencilla y su anhelo de infinito.

Los informadores tenemos a veces el privilegio de llegarnos hasta la primera línea de las mejores noticias. La secuestré. Entrevista por excusa, exploré la chispa madre de ese brillo en la mirada. Vive desnuda la mitad del año, pero le obsesiona la pureza. Enfiló con los pies descalzos hacia Dios por la vía recta sin doctrinarios, ni muletas, sin gurús, ni intermediarios... Atendió el soplo de un Viento que le privó de todo, pero que a cambio dejó, junto a la puerta de su casa de paja, semillas de eterna felicidad. Desde entonces no para de sembrar. Reúne tribus por todas partes, abre sus manos y esparce semillas puras, no manipuladas, preciados granos de

G U I Ñ O A L A L B A

confianza en uno mismo, de fuerza interior, de compromiso absoluto, de entrega incondicional a la Vida...

Se llama Sibila, para más detalles atrapad y preguntad al viento.



12-XII-02

*Sobre la catástrofe del Prestige***“Nunca mais”**

Las sirenas ya no arrojan sus redes de cristal. Conchas y corales huyen de tan pringoso disfraz. Ninfas y ondinas abordan veleros de cartón rumbo a otras aguas de brillo tropical... Los piratas de pata de palo ya no olfatean tesoros de chocolate por las islas del poniente. Gaviotas y alcatraces dibujan con pico negro en el encerado de los cielos y el viejo pescador explora, con ojos húmedos, un trozo de mar azul en su horizonte mancillado. ¿Cómo leemos esas inmensas manchas negras? ¿Cómo interpretamos ese contundente mensaje de brea en el poso de nuestra civilización? ¿Qué hemos hecho para que las olas empujen tan viscosa y gruesa tristeza? El mar pinta de negro las playas, ¿pero de qué color pintamos nosotros el mar?

Craso error inicial de las autoridades, a partir de ahí culpas repartidas. ¿Quién no se desplaza con un motor, quién no calienta sus frías paredes de invierno con el líquido en cuestión? ¡Arriba los corazones! Hacen falta todas las voluntades, todas las palas... Y después, cuando generosidad y medios, esfuerzo y tiempo traguen la marea, secuestremos el viento, robamos a las olas la fuerza, aprovechemos las cascadas, saquemos del astro rey el calor..., pero descanse el “oro negro” en las entrañas de subsuelo.

Vólteo ahora, aún con más pudor, la llave de mi coche. ¿Es que no hay otra forma de movernos por el mundo, que quemando ese petróleo que nubla los cielos, enferma pulmones y castiga los mares? Mientras damos con el nuevo ingenio, bajemos a la plaza en bicicleta el jueves de mercado.

Doble casco a los petroleros, doble sentencia a quien ofusca futuros y enferma a nuestra Madre. “Nunca mais” nuestras playas y costas de negro luto, nunca jamás forajidos con tanto dolor en la panza de sus buques de hojalata. ¡Oh Madre Tierra!, ¡Maculado Océano!, danos otra oportunidad para que tus hijos cavilen y descansen en el colchón de tus arenas, para que vuelvan conchas y corales, ninfas y ondinas, sirenas y piratas, gaviotas y alcatraces...

31-01-03

*Glosa de mañana nevada y alegato de paz***Blanco**

El blanco detiene los coches, las ruedas y la vida. Guarece al ganado, estabula las almas, nos vuelca hacia adentro. El blanco devuelve al mundo su silencio merecido, su paz olvidada.

Hoy amaneció nevado. No pitó el panadero a las nueve de la mañana. El blanco calló también la bocina del pescatero y regaló merecida fiesta a la espalda del butanero. El gallo abrió un ojo y dio el día por feriado. Los perros maravillados tampoco ladraron.

El blanco da agua a los campos y buena cosecha a la primavera, peso al músculo de las ramas y sublime magia al hayedo. El blanco llena la plaza de niños, de gozo sus rostros y de fuerza las fuentes y ríos

El blanco frena aventuras, pero navega inspiraciones. Cierra carreteras y caminos, pero enciende chimeneas y reúne a los vecinos. El blanco cubre zarzas y alambradas, iguala tejados y haciendas, derriba las fronteras, une paisajes, voluntades, homologa geografías, culturas, funde valles, almas... El blanco es otro beso de amor del cielo a la tierra. El blanco eleva el espíritu y nos embarga en nostalgia de pureza. ¿Cómo era aquel mundo sin atisbo de sombra, ambición y batalla?

¡Que nieve copioso en Washington! Batallas de pura nieve organice el jefe del imperio. Ojalá goce Bush de blanco tras su ventana, se emplee en el descanso a puro pelotazo con sus asesores, ojalá monigotes sonrientes a la vera de su despacho, ojalá su alma, picada de juego y belleza, revoque planes de guerra.

El blanco detiene los coches, las ruedas y la vida. ¡Detenga también el ánimo de batalla! No más “tormentas en los desiertos”, Sr. Bush, allá lejos de los tejados blancos y de las chimeneas de apacible invierno. No olvidó nada en la arena ardiente. Pliegue por favor el mapa del desierto, cierre el expediente de la guerra y salte a los caminos nevados, a las sendas de eterna paz. El mundo entero le quedará agradecido.

¡Permita el blanco del asfalto que llegue esta glosa de lo blanco hasta la misma Casa Blanca!

7-III-03

La paz empieza por dentro

Un perfume en tu alma

“Si logramos acceder a la paz interior, conscientes de que vivimos en una sociedad de situaciones injustas, podemos proyectar esta realidad hacia el mundo exterior e incidir en la transformación de tales situaciones”

James Twyman

“Debemos ser el cambio que queremos ver en el mundo”

Mahatma Gandhi

La paz no es una cualidad negativa. Es eminentemente positiva y es una concentración de poder. Hace falta gran control para mantenerse en paz para conservarse absolutamente en calma y dueño de cualquier situación a pesar de toda provocación...

Voy con mis “Al Samuds” al desguace. Todos tienen demasiado alcance, están cargados con vedado explosivo. No hubo forma de sustraerse al “Blix” de la conciencia, a los implacables inspectores de mi consejo de seguridad. Nada se oculta bajo el poderoso radar interno.

Me han dado plazo también para la artillería de andar por casa, para el verbo hiriente, el pensamiento iracundo, el “ántrax” pernicioso de la mala “vibra”... Tras severa inspección no me resta sino arsenal de palabras amables, los “sutras” de Buddha, los piropos para la compañera y los sonetos para el jilguero de la vecina. Escribo estas líneas de paz para que nunca retornen los inspectores por mis pagos.

Irak es el nombre de un polvorín más cercano de lo que imaginamos y Sadam peina su bigote en nuestros propios desiertos. La paz son pancartas al viento, avenidas inundadas de clamor inmenso, “mails” dirigidos a nuestro belicoso presidente, al supuesto amo del rancho del mundo... La paz es incluso el paro general con el que deberemos intentar silenciar los tambores de la guerra.

Pero la paz se libra sobre todo en el oriente medio de nuestra geografía más íntima, en nuestros páramos de duros cantos y egoísmos, bajo el cielo helador de nuestros deseos y ambiciones, en la inmensidad desolada de nuestra arrogancia.

La paz es frenar bombarderos transoceánicos, pero también dejar oxidar nuestros misiles caseros. La paz es un cielo azul sobre Bagdag, pero también una brisa de gozo y armonía que sacude nuestro paso. La paz es miedo acallado y codicia rendida en América, tiranía desplomada y arsenales precintados en Oriente, pero sobre todo es desafío más personal. Es mano tendida, perdón oportuno, abrazo postergado, sonrisa rescatada, caricia no refrenada...

Podemos inundar muchas avenidas en su nombre, pero la paz no desemboca sólo en una mesa de caoba, en una rúbrica de mandatarios. La paz no es sólo un ataque frustrado, una exigencia ajena, es olivo recio en pedregales propios. La paz no es sólo una artillería en reposo, es un brillo en tus ojos, un perfume en tu alma.



21-V-03

Sobre el sufragio universal

Cajas de cristal

Al cerrar el sobre electoral siempre me asalta la misma sensación de vacío, de entrega de una facultad intransferible, de un poder propio. Me ocurre cada vez que me acerco a una urna.

En un papel no caben todos mis parques, mis bibliotecas, mis carriles de bici, mis mesas de diálogo y encuentro, mis bosques por plantar, mis quimeras por aterrizar... Confiamos demasiadas cosas en una sola aspa.

El camino hasta la mesa electoral es una senda de renunciaciones. Uno deja muchas cosas en ese cívico itinerario. Los sueños van tomando cada vez más cuerpo, las esperanzas se van haciendo más grandes y las urnas se van tornando más chicas. Los sueños a duras penas entran en las cajas de cristal. Por de pronto hay que quitarles las alas, después presionar con riesgo para que entren y no se rompan.

Esto no es una soflama libertaria, hace tiempo me desanudé el roji-negro del cuello. No lucho contra las urnas, tan sólo quisiera que votáramos todos los días, no cada cuatro años. Los días impares por la mañana, los pares por la tarde. Las nuevas tecnologías deben servir para profundizar en la democracia, no sólo para afinar el blanco de los "Tomahov". Por supuesto las declaraciones de guerra y las grandes cuestiones de estado merecen también sus urnas.

No me rebelo frente al voto, tan sólo quisiera que el cristal de las urnas se agrandara para que entraran más anhelos, más esperanzas, más voluntades. Intentaré el próximo domingo meter en el sobre mis calles sin tráfico, mis campos sin química, mis cielos sin chimenea, mi mundo fraterno, mi tierra de gloria... No es fácil conseguirlo, no sé si con el simple papelito se harán cargo de esas y otras tantas inquietudes.

Hay un largo camino desde el derecho feudal de pernada hasta las cajas de cristal en todos los barrios y pueblos. En una fecha como la de hoy, uno no puede olvidar a los hombre y mujeres que lucharon y que dieron su vida por esa siembra de cajas de cristal, por ese derecho universal de voto. Honro a ellos y su sacrificio. Por ellos me acicalaré el día 25 e iré con mis mejores galas hasta mi caja de cristal. Por ellos, por la magia del cristal, por los candidatos aún cargados de generosidad e ideales, no faltaré a la cita en mi mesa electoral. Votemos, pero que sepan que les entregamos un papel, no todos nuestros sueños.

17-VI-03

Río al habla

Nunca como en nuestros días, las palabras cargaron con tanta responsabilidad, con tanto peso. Echo a sus espaldas buen volumen de esperanza. Tengo mi muelle de carga junto al río. Llevo mi pequeña pantalla hasta ese canto eterno de agua riendo entre piedras enmohecidas y las palabras se van llenando, una a una, de líquido entusiasmo, de otoñal pero vivo anhelo.

Las he visto solazarse, casi bostezando en este Septiembre que le quitó a Agosto todos sus rayos. Sobran palabras de esperanza a la orilla del río. Llevemos nuestras grúas, llenemos nuestras mentes blandas, nuestros discos duros, nuestros sacos de desconfianza, nuestros espíritus ahítos...

Carguemos sólo esperanza genuina, de buena calidad, sin golpear ni marchitar, esperanza de “marca”, pura, brillante... Viajemos con ella y sembrémosla en el papel y en el viento, en la pantalla y en las paredes, en los oídos, en las almas...

“¿A qué venís al mundo, sino a rodar palabras de esperanza?”, me confió el río al saludarme cantarín tras verano de ausencia. “Ellas vencerán la noche, ellas y vuestras mentes y corazones aunados, ellas y vuestros poderosos silencios, ellas y vuestra voluntad y fe indoblegables...” me compartió con su voz tímida de verano seco.

“Créeme, no existe el ruido. Lo habéis inventado en vuestras pesadillas. No existe la separación, ni el odio, ni tiros en la nuca, ni bombas detrás de inocentes telas... No existen misiles de largo alcance, ni guerras de intensidad a la carta. No existen siquiera Sadam, ni Bush..., sólo existe vuestro canto y el mío, el canto de la brisa y de las olas, el canto de los pájaros y la aurora... Sólo existe lo que creáis con vuestras palabras, lo que amasáis con vuestros pensamientos, sólo existe el Jardín junto a fuentes, cascadas y ríos, que, pese a todo, vais construyendo “

Todo eso y algo más me dijo, insistiéndome al final que las palabras pueden con toda la esperanza que seamos capaces de volcar sobre sus espaldas: “No tenéis por lo tanto excusa, no tenéis problemas de sobrepeso y aduana...”

Sólo recojo palabras de esperanza a la orilla del Urederra, no lejos de mi casa, allí junto al “ojo” románico de Artabia, donde el río se lanza a valle abierto, donde el agua helada saluda con reverencia la majestuosa roca de Lokitz... Allí en ese lugar, donde el paraíso asoma en la tierra, abreva mi

G U I Ñ O A L A L B A

alma; junto a los recios juncos se fortalece mi fe que es la vuestra. Allí, donde el agua para y calla en un rincón, veo el reflejo ondulante de una fraternidad por fin encarnada.

Se agota la batería de mi viejo “mac”. Es hora de partir, de desbordar en el asfalto río de palabras, río de esperanza...



8- XII-03

En apoyo a Toni Aguilar y a su ONG que opera en Kathamdú- Nepal, “The Direct Help Foundation”

La casa de las princesas

Agotó las sendas de un turismo de vértigo y blanco, así que se metió por esas calles más amargas de mujeres acabadas y niños sin infancia, a la vera del río en la capital del país de eternas nieves. Algo debió de ver Toni Aguilar que se descalzó las botas y enterró los mapas, con algo tropezó que le interpeló por dentro. Apeó su mochila, contó los “travel checks” que le quedaban y vio que le alcanzaban para alquilar la gran casa amarilla de “las princesas”, que hoy es “Kumary house” en el barrio de Chatapatri de Kathamdú (Nepal). Apenas ya volvió a su Barcelona natal. Vuela sólo a la ciudad condal, cuando necesita fondos para su labor humanitaria.

De noche, cuando los príncipes y princesas, ayer niños y mujeres de la calle, duermen, Toni abre su viejo Mac y coloca las cuentas de gastos y los cuentos de esas difíciles vidas en Internet. Calla el alboroto en la casa de la esperanza y este catalán, tan grande en cuerpo como en alma, sube despacio al último piso y delante de la pantalla confiesa los lápices, jabones y kilos de cereal que han empleado en el día. Coloca hasta el último grano de arroz que se han comido. Siempre aparece un internauta solidario que hace suyas esas deudas. La Red le permite reducir a cero los gastos administrativos.

Medio centenar de niños y una veintena de mujeres adultas han vuelto a nacer en “Kumary house”, ese oasis de vida y alegría compartidos en medio de un Kathmandú con pocos puntos para cuento de hadas. Al borde de escombros y basureros, en medio de uno de los rincones más pobres de la pobre capital nepalí, “príncipes y princesas”, ayer carne de explotación y abuso, hoy toman real y esperanzado gobierno sobre sus vidas. Calzan zapatos a la mañana y su plato se llena tres veces al día. Los viernes hacen baile, los sábados ven los dibujos animados, los domingos salen al mundo y el resto de la semana juegan y aprenden; ensayan la tabla de multiplicar y de paso cómo levantar otro mundo con menos polvo y miseria, con arroz y lentejas para todos.

Toni busca ahora máquinas de coser para las princesas que ya son mayo-

G U I Ñ O A L A L B A

res, máquinas de pedal con las que fabricar muñecas de trapo que alejen aún más la miseria, muñecas recreando un nuevo espacio de color y gozo. La Navidad es una oportunidad para ayudar a las princesas, que ya vuelven a ser, a pedalear tras ese otro merecido destino.

Millón de gracias

“The Direct Help Foundation”: <http://tdhf.iber.net.com>
(En la página electrónica está su Cuenta Corriente
en entidad bancaria española, para eventuales ayudas)



15-III-04

En memoria de las víctimas del 11M

Siempre otro tren...

*¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!*

*La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonrís con plomo en las entrañas.*

Antonio Machado

No olvidemos que vinimos para esta hora, que nos voluntariamos para acallar humos y apagar odios, para templar la rabia y quitar punta al acero, para clamar que la vida nunca se acaba.

No olvidemos que somos para olvidar y perdonar. Una primavera insobornable se anuncia tras los vagones destrozados por la ignorancia y la inquina. Mañana la sangre no pintará los telediarios y la vida burlará a los hierros retorcidos.

No existe el último viaje. En Atocha terminaba sólo un trayecto, pero siempre arranca otro. Las locomotoras no paran nunca de pitar. Los altavoces cantan y cantan nuevos viajes, nuevos y gloriosos destinos. A nadie deja el Universo aparcado por siempre entre la chatarra. A una hora de Atocha hay sierras de blanco y montañas de gozo.

Recuerda que dijimos sí a esta hora claraoscuro. Dijimos sí a venir a este planeta junto a seres bien diferentes. Aceptamos encarnar junto con los de “goma 2” en la cintura y junto con los de la bomba de amor en el corazón.

No olvidemos que la Tierra se hará con los cuerpos, el Cielo con las almas y el Parque Ferial abrirá de nuevo al arte, a las exposiciones, a la vida...

No olvidemos que encarnamos para comernos las lágrimas y clamar más fuerte que nunca en favor de la esperanza y el amor fraterno, en medio de los charcos de sangre y las cortinas de humo.

No se nos ocurra olvidar, querid@ amig@, que encarnamos para contagiar fe, para inundar aliento en esta hora. Calientan sus motores los trenes que nunca llevarán macutos-bomba, calienta ya los motores una Aurora que alcanzará hasta el último rincón de la Tierra.

GUÑO AL ALBA

“Íbamos todos en ese tren”. Alcanzado el estruendo, revele pronto el dolor su magna lección de infinita luz y de infinito amor.



7-IV-04

Neruda en Atocha

Estuve en Atocha, estación de la esperanza. Sobre el frío mármol de su vestíbulo inmenso, todas las religiones, todas las velas, todas las flores... Se citaron también todas las banderas, todos los peluches, todos los santos... Nunca vi tanta poesía escalando paredes y muros, tanto arranque profundo a por el cristal, el ladrillo, el propio suelo.

En medio de tal alarde de hondura, distinguí a Neruda. Le habían llamado por la urgencia del 11M. Retornaba junto al Hernández de “las tristes guerras y las empresa de amor”, junto al Machado de “los crepúsculos gloriosos”, junto al Bécquer de “las alas de tul del sueño”... Al verlos sentí que la esperanza había triunfado en Atocha. En medio de los peluches de todos los bosques, de las velas de todos los colores, en medio de los santos de todos los altares, clamaba el inmortal chileno: “Si muero sobrevíveme con tanta fuerza pura que despiertes la cólera del pálido y del frío. De sur a sur levanta tus ojos indelebles. De sol a sol que suene tu boca de guitarra... y si te veo triste, me moriré otra vez”.

Unas vallas amarillas acotan el espacio sagrado, sagrado porque desborda poesía, porque lo preside un Dios sin nombre, púlpito, ni apellido; sagrado porque lo han conquistado oraciones de muchos credos, idiomas de muchas naciones; sagrado porque allí se camina despacio, porque todo vuelca para adentro; sagrado ante todo, porque en ese espacio renace con fuerza el sueño de una sola alma, de una sola humanidad.

Abramos las vallas amarillas de Atocha. Desacotemos ese elevado espíritu de universal fraternidad. Impregne la esperanza y la poesía todo el asfalto, cale toda la vida... Unamos las banderas, las religiones, los peluches, los equipos de fútbol, los poemas, los sentires de adentro..., sin necesidad de otro estruendo, ni de que los trenes salten por los aires, ni de que nuestros soldados vuelen a vedados desiertos, ni de que la muerte llame al portón de nuestras ciudades.

Atocha mató la muerte. Erraron sus lacayos. La vida no se detuvo en la estación programada. El “pálido y el frío estaban de cólera” pues entre los labios mordidos, entre centenares de llamas y corazones aunados, entre la apretujada muchedumbre de peluches, santos, Jesuses y Marías, brota sin cesar grandiosa esperanza, desbordante fe, colosal compasión. No nos coja tristes Neruda. No nos sorprenda desalentados, vencidos. No se nos vaya a

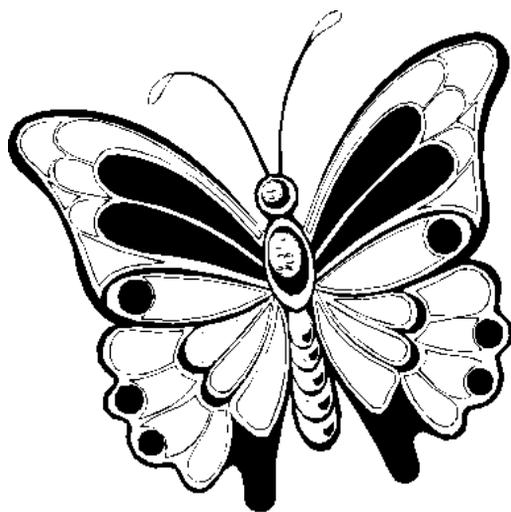
G U I Ñ O A L A L B A

morir de nuevo...

GUÑO AL ALBA

SEGUNDA PARTE

Larga mirada



7-9-03

Zubielki

Aún no puedo hablar de entero paraíso. Los neumáticos y los plásticos a la vera de los caminos, la química en los cultivos y la asfixia en las granjas; los tiros de noviembre y los ladridos a medianoche..., me impiden, hoy por hoy, dar más vuelo a la imagen de este lugar, ya de por sí agraciado.

Llegué a Zubielki cuando la higuera de la carretera acaramelaba sus frutos, la iglesia daba campanadas no electrónicas y los perros aullaban tan sólo al estirarse con el alba. Llegué a este pueblo, al que tanto debo, hace ya casi una intensa década, cuando el río ya se había llevado los puentes que le dieron nombre (Zubi-elki, lugar de puentes en vasco); cuando la liturgia ya no era en latín y en la calle principal irrumpía bien de mañana un solo panadero. El Ega estaba abrigado por más chopos, las ovejas aún no se contaban por millares y en la vaquería el ordenador no medía al gramo la dieta de los animales. Llegué cuando las vacas, aún desnudas de “chips”, no sabían de “Microsoft”, cuando la escavadora no había tumbado el viejo cementerio, los viejos árboles, los viejos recuerdos...

Pronto me acostumbré a esa paz que tejen los balidos matutinos, la bocina siempre lejana del pescatero y el viento jugando a media tarde con los solitarios fresnos de la plaza. La chimenea arrojaba bien de humo y poco calor, pero uno se acostumbró a acotar sus movimientos en la vieja casa de recio suelo de roble y techo descascarillado.

Debo muchas cosas a Zubielki: nueve otoños de tímidas hojas llamando a mi puerta, nueve inviernos charlando con una tibia, pero dicharachera llama, nueve veranos paseando bajo infinito de estrellas, nueve primaveras recordando que la vida nunca se acaba. Las deudas se acumulan en el íntimo registro del acontecer cotidiano. A este pequeño pueblo, el primero desde Estella hacia Vitoria, debo, por encima de todo, inmensos días de silencio y de paz. Creo cada día más en el universo de posibilidades que se inauguran en comunión con la Madre Tierra, más allá del asfalto. La felicidad arranca al fondo de las autopistas, detrás de las grandes urbes, pues es algo demasiado bello y delicado para que crezca encima del duro suelo de piedra y alquitrán.

Zubielki me alquiló una casa destartada, pero entrañable. Me cedió esa cuota de espacio tranquilo donde ordenar días, pensamientos y de paso ensayar literatura, que es también otra forma entretenida y bella de rehilar la vida. Aprendí que la humanidad ha de desembocar de nuevo, más pronto que tarde, en esas veinte o treinta casas, en comunidades de contadas familias capaces de proporcionar sana convivencia, plaza sin coches, templo en los domingos y dulces y sanos tomates en los veranos.

Por lo demás, no me pregunten por sus calles, su arquitectura, su buena gente... Más sé de los rincones del encinar de Belastegi donde al caer la tarde suena una imponente sinfonía de pájaros. Más sé de las pistas que le regalan horizontes a la aldea, de los mil y un paseos que unen los poblamientos del valle, de los mil y un senderos que asaltan el orgulloso crestero de Lokitz. Poco sé de su historia e hijos ilustres, pregúntenme por la geografía que rodea el caserío y exalta el espíritu.

Mis letras no conquistan la pantalla sin haberse paseado primero por los campos de Zubielki, letras con bufanda y gorro de lana en invierno, con tirantes en el estío. A menudo planto mi oficina en medio del valle y ocurre que el teclado se acelera. Sólo la llanura sabe por qué las letras brotan sencillas y espontáneas en la inmensidad de su belleza.

He visto labrar muchos campos al tiempo que mis dedos acariciaban teclado en la intimidad del coche. No sólo de pan vive el hombre y alguien debía dibujar ese escenario privilegiado, componer la crónica de este tiempo único. Las cosechadoras dejan caer las pacas de paja en la tierra y yo párrafos más ligeros en el aire. Es una sincronía de años, por más que las modernas máquinas holandesas me empiezan a tomar ventaja. Sueltan los fardos y yo aún no alcanzo una coma, se traga una hilera de trigo dorado y yo no diviso punto y aparte.

En medio de esa planicie enorme de Allín han nacido muchos poemas y artículos, se han estirado muchos cuentos. Las rocas de Lokitz saben bien de las horas frente al cuaderno y la pantalla. En sus paredes rompe el eco de palabras anunciadas en voz alta, que después vuelco en un "mail" hacia lejanos destinos. No conviene disparar nada hacia el mundo sin haberlo testado en la paz infinita de ese valle siempre aquietado.

Mientras aprendía a arreglar el tejado, a encender una chimenea con menos humo y a secar los higos de la carretera..., el mundo entero desembarcaba ante mis ojos gracias a Internet. Muchos dicen que es ficción y artificio,

pero a mí me sirve porque me une a tanta gente que sueña nueva tierra y por lo demás la puesta de sol la veo desde el trigal segado y no ante la Sony de 17 pulgadas.

En medio del jaleo, me sentaron de concejal y ahora ya no puedo dejar ni el pueblo amable, ni el valle amarilleado, ni la montaña sagrada. De vez en cuando me escapo. Veo esconderse el sol tras una selva lejana, tras un océano familiar y me regreso antes de que el buzón desborde de correo y los pájaros me deshagan el tejado con más nidos de los acordados. De vez en cuando he de asomarme por el inmenso asfalto. “El otro mundo posible” late también más allá del océano virtual y de los trigales de Allín. Terminan las reuniones, se apaga la jornada, echo a correr y no doy con ningún astro para revisar el día con su pálida luz. A fuerza de gran ciudad aprendí a retornar siempre a aquel lugar donde parpadea el firmamento.

Chifla de nuevo en la estación de Estella el viejo tren de Vitoria. Yo me apeo en la primera parada, tras las huertas bien limpias y regadas de Valdelobos, allí en la “aldea de los puentes”, rumbo al paraíso.



13-XII-94

Sea bienvenida, una vez más

Llegamos a pensar que nos la habían robado entre celofán estampado de “Felices precios”, secuestrada a la carrera en un carro de compra con destino a una noche deslucida por malos chistes, que la habían axfisiado en medio de una velada sobrerregada de dulces, humo y alcohol. Llegamos a pensar que la habían fulminado por balacera de anuncios de perfumes, champán y telefonía móvil.

Pero no, aún sigue ahí, algo asustada entre tanto deslumbramiento de neón, algo descolorida de olvido, algo apagada por la lejanía de su Estrella. Aún llama a nuestra puerta, aún podemos insuflarle ternura, magia, inocencia. En este mundo que va marcando grises por doquier, que va recortando belleza en favor de aristas y frías geometrías, en esta sociedad de feroz competencia y “sálvese quien pueda”..., aún podemos revivir la genuina Navidad.

Nuestro mundo precisa de días de villancicos; nuestras tardes reclaman un fondo de “Adeste fideles” que ralentice el paso en el asfalto; nuestras calles necesitan la sorpresa de gruesos Papá Noeles en las esquinas, de guirnaldas de luces en mitad del invierno, cuentos de cerilleras con pies desnudos, repartidas por las nevadas latitudes, ablandando nuestros corazones acartonados. Nuestras plazas reivindicamos una tregua ganada en favor de la cordialidad, la sonrisa y los buenos deseos. Nuestros buzones saturados de anónimas cartas de propaganda necesitan de caligrafía sincera, de felicitaciones henchidas de grandes propósitos y anhelos. Sí, en medio de la convulsión de nuestro tiempo, urgimos de esa historia de amor que reponemos cada año, historia mil y una veces contada y cantada, mil y una veces necesitada.

Entre el laberinto de fiestas pasajeras, la Navidad no caduca porque es una permanente llamada a vivificar lo más noble que mora dentro de nosotros mismos. Por más que se la agobie con incesante invitación al consumo, con felicitaciones alumbradas por el interés, por más que se intente reducirla al tamaño de simple negocio..., las Navidades nunca dejarán de ser la más firme apelación a la fraternidad humana.

La imagen de esos abultados paquetes coronados de orgullosos lazos, con

los que se ha pretendido identificar a la Navidad, puede privar a nuestros más pequeños del alma de unas fiestas entrañables. Nada más lejos de la realidad que equiparar el “tamaño” de la Navidades al tamaño de los paquetes. Por más que lo pregonen los grandes almacenes, el encanto de estas fiestas poco tiene que ver con el nivel de consumo, al igual que la acumulación de cosas no supone un aumento de la felicidad. A estas alturas de creciente individualismo, no está de más reafirmar que la felicidad tiene más que ver con el compartir que con el acumular .

La austeridad puede ser gozosa, además de solidaria con los numerosos hogares sin turrón, ni cava. No hace falta subirse a un púlpito para recordar, en esta resaca del “pelotazo”, en estos tiempos de feroz competencia a todos los niveles, que la esencia de la existencia humana estriba por encima de todo en el dar. Estamos hechos para dar, con plena libertad, con gozo. He ahí el secreto de nuestro paso por la Tierra. La posibilidad de dar es el mayor regalo con el que hemos venido al mundo.

En estos tiempos en que los ángeles planean por los más variados programas televisivos y agitan sus alas desde los estantes de kioskos y librerías, quizá nos sea permitido acercar a esta tribuna las palabras de aquél, que bien de carne y hueso, bien de fibra imaginaria, habló a Gitta Mallasz en la Hungría de 1943, en plena persecución judía. “Aquello que irradiáis fuera del círculo es vuestra medida y vuestra alegría. Por eso vuestro gozo no tiene medida. El hombre colmado irradia desde él hacia fuera. Por lo tanto su gozo es inconmensurable. Es el secreto de la vida eterna...”

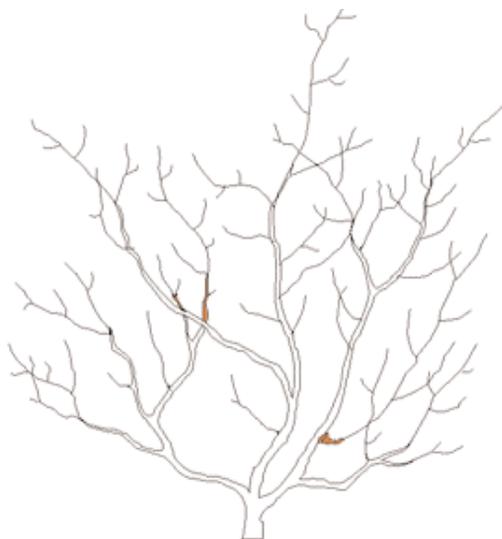
Hasta nuestros días ese círculo era reducido, se limitaba a nuestro entorno. Hoy los medios de comunicación y transporte lo han agrandado al máximo. Han agigantado el desafío del servicio y la entrega. La esfera del compromiso humano hace tiempo que desbordó nuestras fronteras y hoy abarca la del planeta entero. Ese globo, que ha ensanchado con ingenio y paciencia la tecnología, es del mismo tamaño que nuestra responsabilidad. Hoy nada, absolutamente nada que ocurre en la tierra nos es ajeno. Nunca el dar adquirió proporciones tan gigantescas y, de comulgar con ese ángel centroeuropeo, nunca nuestro gozo pudo tampoco rayar tan alto.

“El mayor regalo que Dios nos ha dado, prosigue este ángel, es que también nosotros podamos dar. Y así dando, nos hacemos lo que en realidad somos: parte de Él. Es una ley inapelable en la tierra: dar. Cada planta da su fruto, cada ser tiene que dar. Es una ley estricta y seria: todos están obli-

gados a dar” (La respuesta del ángel. Gitta Mallasz. Editorial Sirio)
¿Qué son por lo tanto las Navidades, sino el recuerdo de la llegada de un Ser que lo dio absolutamente todo? ¿Qué son los días que ya se acercan entre zambomba y pandereta, sino la fiesta, no del descorche y derroche, sino del compartir?

Alguien desempolva en el hogar las figuras ya asfixiadas de un Belén anhelante de su lugar presidencial en el salón. La tabletas de turrón se van apilando en ese rincón de la cocina que sólo ella conoce. Hombres cargados de luces, encaramados en largas escaleras arrebatan, con excusa de adorno, a los cielos retazos de oscuridad...

Una vez más viene sin avisar, se toma la confianza de sorprendernos en pleno ajeteo invernal, pero algo nos llama a adherirnos a esta fiesta universal. ¡Sea bienvenida una vez más!



El emerger de una espiritualidad sin nombre

De desiertos y extravíos

“Si quieres amar, baja ahí y ama “ le espetó en los cielos Creón a Antígona señalando con el índice a la Tierra. Fue el comienzo del exilio. Colmados de un Paraíso que no nos daba más oportunidad para crecer, en aquel momento todos acompañamos a la musa griega en el único desafío que enfrentó y enfrentará siempre la humanidad. Pero amar era más difícil y sacrificado de lo que pensábamos. Empezamos a perder el tiempo y a las noches el Dios-Amor, el Pastor de hombres y galaxias veía mermar su rebaño. Al cabo de los siglos, hastiados de precipicios, de rodar malheridos, volvemos sobre nuestros pasos.

Caduca el ciclo profano, tiempos desmemoriados sin ocasión para dar las gracias, tiempos ignorantes rehuendo el guiño incansable del Eterno. En el hastío de lo banal, de lo pasajero, las crisis colectivas nos ponen al borde de nosotros mismos, tienen la habilidad de recolocar al hombre ante su verdadero cometido, ante su verdadero destino. Retornan los tiempos sagrados. En medio del ruido de nuestros días, el hombre moderno se detiene, hace memoria. Sed del cáliz sagrado, que nos pone de nuevo a caminar, nostalgia del Santo Grial abandonado en lo profundo de nuestra geografía interior.

Contagia ya una fiebre que nos retorna al Origen. Por eso no caben los peregrinos que llaman a los albergues, por eso los claustros se quedan pequeños, por eso el gregoriano asalta los hogares... Fiebre silenciosa, metamorfosis sin retorno, revolución sin palabras. Es la sincronía de una alquimia interior que nos empuja a los albores de una nueva era.

Retornan los tiempos sagrados. Id a ved a sus pioneros. Los verás camino de algún Ruanda, de algún Santiago, celebrando las lunas llenas, retornando a los antiguos lugares sagrados, los verás hablando con los árboles, saludando a los ríos, o simplemente subrayando su mirada con ternura, con gozo cotidianos. Son los artífices de los nuevos tiempos

Pero el retorno no está exento de extravíos. La noche del alma no atenúa su oscuridad en nuestros días; el trayecto es largo. Pasan a nuestro lado

maestros, gurús, sacerdotes, guías espirituales y demás intermediarios de lo Absoluto. Su mirada nos revela también su destino. Los hay que susurran unas pistas sin esperar nada a cambio, los hay, que con pago adelantado, invitan a seguir sus pasos ignorando el peregrino que su brújula apunta al descabro. Nunca han faltado “los pozos” en el camino de vuelta a casa, en el “laberinto de la oca” que constituye nuestra aventura interna.

No hay azar en el desafío del desierto interior. No hay casualidad en la caída del que por temor a sí mismo, a su propio sentido de la orientación, sigue la aguja de otro. Lo que quizá está de más, es tanto bombo, tantos titulares por los que se pierden, tanto silencio por los que se acercan en paz, sin descabros, sonriendo hacia la Meta. Las agencias tan sólo registran el extravío.

Abundan los mapas del interno desierto de los que nunca osaron asomarse, falsos cartógrafos que se dedican a etiquetar a los que ya a solas, ya en pequeños grupos se adentran en sus ardientes arenas, renombrados “especialistas” bien cotizados en los medios de comunicación cuya habilidad consiste en el acoso de los que rehuyen caminos de multitudes y osan hollar otros senderos. Para estos “fundamentalistas” del credo único, lo diferente es sinónimo de secta, y bautizan de sectario al que no atiende exclusivamente a las puntuales campanadas de la Iglesia.

Sin embargo la religión ya no tiene apellidos, los ha perdido ya en la aduana del siglo XXI. Valen todos los caminos hollados con amor. El espíritu se desnuda de formas preconcebidas en los albores del tercer milenio. Lo diferente no anula, fecunda. No hay un camino exclusivo hacia la morada del Creador, no hay distancias entre tu Dios y el mío, entre tu Maestro y el mío, entre tus disciplinas y las mías... Sectario es el que pone fronteras, no el que las derriba. Somos una enorme orquesta que Le canta, en la que sólo desafina el instrumento que pretende tocar más fuerte y acallar a los otros.

Saludemos al amigo que avanza en paralelo, saludemos a los que con él se reúnen, a los que con él avanzan. Bendigamos la libertad que nos permite acertar, que permite extraviarnos. Bendigamos la encrucijada que nos da la ocasión de encontrarnos, de enriquecernos. Dios nos libre de creernos en Su único camino, de creernos Sus hijos privilegiados.

Sobre los efectos perniciosos de la actual televisión

Ventana tonta, ventana al mundo

Fuera, tras la ventana, el fulgor enorme, eterno de unas estrellas olvidadas se mantiene a la espera de los ojos clavados en ese otro fulgor más limitado y engañoso de la pantalla. El artificio se cobra su cuota nocturna de emociones y sentimientos a la par que el vacío se agranda y la iniciativa se aletarga en quienes guardan vela ante televisor. Algo más real queda opacado, la propia vida la van, en buena medida, viviendo otros, intangibles personajes de inacabable ficción haciéndose con los días de los espectadores. Tantas horas ante la pantalla acaban a la postre privándoles de buena parte de su propio protagonismo en la vida. Esta se la van construyendo otros: los personajes de teleseries, las estrellas del cine, los “showmans” de turno...

Acostumbrado a hundirse en la butaca, al teleadicto cada vez le será más difícil escalar la realidad, reflotar de nuevo a la superficie, a la existencia con mayúsculas, a la que no debió renunciar a cambio del destello artificio del televisor. Tras prolongadas dosis ante el aparato, acecha la merma de identidad. Tarde o temprano el espectador que vela en exceso, indagará por su ubicación. Azuzado por la amnesia de sí mismo, tratará de retornar a su propia piel, siempre algo más ajada y olvidada tras vestir incansablemente la de otros, héroes y protagonistas de una teleserie sin fin. Las noches pasan y no es que se las vayan robando, se las deja caer a trozos, abdicando en su intransferible protagonismo ante la vida.

La “caja tonta” es por lo común una feria de zafiedades que cautiva con facilidad al hombre. Sin embargo esa caja no es necia y degradante por naturaleza, en ella paradójicamente podemos hallar también una posibilidad de crecer, una ventana al mundo. No es preciso imaginar siempre un adversario en ese aparato donde mora también un aliado. La misma pantalla que nos atonta puede ensanchar nuestra mirada, conducirnos al encuentro con la hermosura. Basta tan sólo encontrar la dosis, momento y botón oportunos. La televisión no es por necesidad un intruso en nuestros hogares, puede ser también un útil instrumento del que sacar, entre paseo y paseo

bajo el cielo estrellado, un buen partido. Eso sí, exige poder de decisión y voluntad, para que su frívola faceta, su triste cara seductora no nos atrape, no se adueñe de las, quizá, más preciosas horas del día.

La televisión es un gran adelanto siempre y cuando nos ensayemos en ese, tan invocado, pero a la vez difícil, “buen uso”. No es sencillo ganar habilidad en la necesaria tarea de separar el grano de la abundante paja. En este intento, el vídeo y ahora el codificador de la tan polémica TV digital o a “la carta”, pueden convertirse en excelentes complementos que nos colocan en el momento deseado, ante el programa apropiado. Su capacidad de rescatar buenos espacios emitidos en horas laborales o intempestivas, nos pueden poner a salvo de la desafortunada programación de “prime time”. Hay, por lo demás, muestras culturales, películas, documentales que merecen la pena, pero su disfrute implica tomarse el esfuerzo de estudiar la programación. Será preciso coger esos espacios con pinzas, aislarlos y renunciar a su término a empalmar con lo que “a uno le echen”, superar la tentación de un “zapping” alocado, incapaz casi siempre de devolvernos un acertado rumbo, de acompañarnos de nuevo a un buen puerto. Bajos de defensas, faltos de reflejos, desprovistos de la voluntad suficiente para coger, por ejemplo, el libro que nos aguarda en la mesilla, podemos precipitarnos, sin tomar plena cuenta, ora en lo ilusorio, ora en lo mezquino, en la pérdida dolorosa, en cualquier caso, de un tiempo precioso. Un botón más aquí o más allá en el “zapping”, nos embarca en aventuras de muy diferente norte, permanente disyuntiva a partir de la cuál nos elevamos, estancamos o naufragamos.

“Sorpresa, sorpresa” nos canta el televisor y alguien dentro de nosotros se lo cree. ¿A cuántas cosas no renunciamos a costa de ese “Sorpresa, sorpresa”, que logra paralizar otras más creativas intenciones? Llega el momento del descanso suspirado y alguien en nuestro interior se deja conquistar por un “Sorpresa, sorpresa”, a sabiendas de que ésta no se acercará precisamente de la mano de la Gemio. Alguien se queda preso de su engalanada escena y risas “profidén”, conscientes de que a la postre, la “sorpresa” no vendrá de fuera, sino de nosotros mismos, de nuestra capacidad de reconducir nuestro tiempo libre en un sentido más aleccionador. “Sorpresa, sorpresa” por aquí y por allá, a sabiendas de que ésta solo se manifestará ante nuestra voluntad de superarnos como sujetos pasivos, al adoptar una

actitud más emancipadora con el ocio. “Sorpresa, sorpresa” por nombrar tan sólo uno de las decenas de programas que nos colocan a expensas de una realidad artificiosa, de una felicidad virtual incrustada en la butaca.

Progresas por lo demás la amenaza degradatoria en los diferentes canales públicos y privados, a excepción hecha de muchos meritorios programas de TVE 2. Nunca la colisión entre contenidos formativos y degenerativos había sido tan fuerte hasta nuestros días, nunca el peligro del despiste había sido tan evidente, la oferta de ocio desnortado tan apabullante. Las televisiones prosiguen su carrera desvergonzada de morbo, sexo desacralizado y violencia, alentadas por una audiencia, que es a la postre la verdadera responsable de tan pobre programación. El periodismo sensacionalista y falto de pudor va cercenando el espacio de informativos más serios. El fútbol encoge los telediarios, se zampa espacios allí donde caiga, invadiendo las pantallas. Los programas de entretenimiento y variedades remueven constantemente al espectador en su naturaleza más primaria, menos profunda.

Estamos inmersos en un proceso ya de culturización, ya de aculturización de ritmo sorprendente. Lo formativo y lo alineante se codean con familiaridad emplazándonos constantemente a una decisión responsable. La maraña de opciones de los más diferentes signos nos aboca a una voluntariosa actitud para mantenernos despiertos ante lo que vierten a nuestros ojos. El espectador ha de afianzar los valores que en su interior quiere fortalecer, so pena de perder su propio norte y autonomía ante los medios audiovisuales, ha de reafirmar su apuesta de crecimiento para no verse arrollado por el desvarío .

Los canales de televisión podrían ser ventanas de variada oferta cultural y sin embargo en su mayoría no dejan de bombardearnos con un muestrario poco edificante. La enorme propuesta mediática anima al hombre a aguzar su criterio selectivo so pena de malograr una oportunidad y tiempo cada vez más preciosos. Tanta posibilidad audiovisual nos espolea en la búsqueda de cada vez más ricos contenidos. Nunca hemos gozado de las oportunidades de nuestros días, pero tampoco nunca ha sido tan costoso el elegir. Nunca hemos sido tan libres, pero a la vez nunca ha sido tan comprometido el precio de esa libertad. Cada cual, de forma más o menos consciente coloca el mínimo y el techo de sus exigencias; cada cual decide hasta qué punto exprimirá sus horas de ocio, lo que, en definitiva, está dispues-

to a exigirle a cada momento de su vida.

A medida que se afianzan los progresos en el campo de las nuevas tecnologías se acrecienta la incertidumbre sobre la capacidad para servirse positivamente de ellas. Cualquier información ya sea texto, música, imagen o vídeo, una vez digitalizada, puede viajar a una velocidad sorprendente. El acceso inmediato a la información que ahora nos facilitan los medios electrónicos acelera y amplía nuestro proceso formativo. El hombre puede ir más lejos en su aventura de desarrollo, aprovechando las posibilidades de las nuevas tecnologías. La aún algo torpe red “Internet” marca el último hito en la conquista de un universo comunicativo pronto ilimitado. Ya no se trata tanto del esfuerzo por ampliar las fronteras de la información que podemos obtener, sino del esfuerzo, no menos necesario, por escoger y digerir los contenidos adecuados. ¿Adquiriremos la suficiente conciencia y responsabilidad para hacer un uso positivo de los fabulosos medios de comunicación que llegan a nuestros hogares?

La libertad de ayer era más liviana por limitada. Lejos quedan los pequeños espacios de comunicación ganados por la imprenta, el teléfono, la radio... En la vastedad de lo que vamos descubriendo nunca contrajimos tanta responsabilidad. El hombre se decide a sí mismo a cada instante y esta permanente toma de decisión se hace si cabe más crucial ante la orientación que mayoritariamente imprimiremos a la revolución digital de nuestros días.



14-IX-97

En memo-

ria de Teresa de Calcuta

Mercida gloria

Del cielo llegó también la venia. Ya no deberá lavar ninguna herida, apuntalar con su pequeño cuerpo ningún esqueleto renqueante, esperar a ningún enfermo. Queda ya disculpada de su diaria cita con el dolor del mundo. Otras hermanas empujan el carro que cargará con el último desvalido de las calles de la miseria, otras misioneras toman su testigo de abnegación entera. Reposa ya, liberada de toda tarea y alto cometido, la figura enjuta de la Madre Teresa en la casa de sus hijas de Calcuta.

Marcialidad y salvas de fusiles a un lado, el mundo entero ha tributado a la Madre de los pobres los honores póstumos merecidos. Paradigma mundial de entrega y sencillez, este pequeño gigante ha marchado, no sin habernos primero interpelado a cada uno de nosotros con respecto a nuestra ineludible vocación de servicio.

En el Vaticano revisan ya su obrar a la búsqueda de algún milagro que la entronice en los altares. Cualquier instantánea de su vida bastaría para registrar en ella el operar milagroso del amor, pero si los prelados de birrete y púrpura aún apuran más, que repasen las imágenes de sus exequias. ¿No es un milagro reunir ante su cuerpo inanimado mandatarios del mundo entero, dirigentes de las más diversas tradiciones para orar juntos? Las barreras interreligiosas que otros no han conseguido soslayar, las ha superado esta mujer con ese lenguaje de ternura en acción que todos han comprendido y alabado. Con su silencio, con su vida consagrada a los desposeídos, con su sólo ejemplo de humildad y fe, ha logrado que los diferentes credos invoquen a Dios desde un mismo altar y participen de una misma ceremonia. Se hace difícil encontrar una persona que haya cosechado tan unánime y universal adhesión de personas, naciones y religiones, que haya contribuido tanto al ideal de fraternidad humana.

Su misión no ha estado exenta de una polémica ahora justamente silenciada. Huelga en estos días una crítica hacia aspectos en los que no se concite una plena comunión con su forma de proceder. De todas formas difícilmente cualquier apreciación inoportuna podría ensombrecer tan magna obra. Ella respiraba en olor de miseria y excrementos, cuando otros le

hablaban de estrategias, le invitaban a sumarse a sus idearios. Los logistas de revoluciones siempre pendientes quizá obviarán que el testimonio de amor y entrega es el mayor motor de transformación.

Más delicado puede resultar abordar la actitud de rechazo a las posibilidades que nos ofrecen nuestros días, para prevenir el dolor que está por llegar. ¿Pero quién se atreve en estos momentos siquiera a susurrar un juicio sobre la actitud firme de la Madre frente a la planificación familiar?

Por lo demás sobra entrometerse en cuestión de fidelidades. Nos puede gustar o no una adhesión tan incondicional al pontífice romano, pero cada cual es muy libre de arrodillarse y besar el anillo que desee, de plegarse a la autoridad que considere. Las viejas instituciones son también renovadas por nueva savia insuflada desde dentro. En este breve apuntalamiento de su excelsa figura, señalar por último que tampoco prestó socorro a los poderosos de la tierra, ni siquiera se sentó en sus banquetes, tan sólo no eludió invitaciones. Mejor que nadie debía conocer el poder subversivo de su “shari” blanco, su rostro feliz y sus manos arrugadas en las tareas de auxilio.

En lo que a nosotros se refiere quizá no tengamos todos que limpiar las llagas supurantes del leproso, quizá no todos estemos llamados a vestir hábito e iniciarnos en un periplo por las cloacas, cargando a nuestras espaldas desvalidos, quizá no todos abriguemos el destino de desnudarnos de toda posesión e ingresar en la orden universal que ella fundó hace casi cincuenta años..., sin embargo todos sin excepción, estamos emplazados a atender a una llamada más o menos poderosa de entrega. No importa el lugar, las circunstancias, la forma ni el destinatario, lo importante es que salgamos de nosotros mismos al paso de quienes nos rodean. Ese quizá ha sido el mayor mérito de esa religiosa aparentemente frágil, recordarnos el compromiso de dedicación al prójimo que contrajimos al encarnar en esta bendita tierra. ¡Descanse en paz la Madre de todos los desposeídos, descanse en su merecida gloria la Madre Teresa de Calcuta!

23-XII-97

Sobre los juguetes electrónicos

Por un juego inocente y sencillo

Tras largo recorrido a sus espaldas, avanzan ya por el desierto las legiones de “tamagotchis” rumbo a millones de hogares en Occidente. Por las silenciosas y ardientes arenas van tarareando su monótona sinfonía digital. Dicen que las alforjas de los Reyes vienen en esta ocasión colmadas con las caprichosas mascotas electrónicas. Pronto aparecerán los Magos de Oriente, junto a los pinos engalanados, las nuevas generaciones de “tamagotchis” aún más sofisticadas, que vienen dispuestas a conquistar una artificiosa afectividad, un hueco en los bolsillos, a menudo sobrecargados, de los más pequeños.

Oriente se empeña en exportar regalos de dudoso valor educativo. Junto a dibujos animados con positivos contenidos, siguen enviando fríos juguetes, violentas creaciones, imágenes capaces de generar, como recientemente ha sucedido en Japón, la histeria entre los más pequeños.

Las innegables ventajas de la revolución digital en muchos ámbitos de la vida, deberían cuestionarse cuando más allá de su terreno imponen una relación más limitada, cuando suplantán el juego y otras formas más naturales de comunicación. Todo tiene su lugar y los dígitos con su invitación al aislamiento, no debieran acaparar, más de lo debido, la atención de los chavales.

El afán por defender la inocencia, por devolver el poder creador al niño, por preservar en él el sentido de la magia y la capacidad de asombro, es un desafío en el que nos jugamos quizá, más de lo que pensamos. La batalla por amparar la inocencia del pequeño no es un ardor en favor de una precoz beatería, no es un empeño por la creación de artificiales paraísos, sino un esfuerzo por devolverle la naturalidad y bondad primigenia, día a día amenazadas por el bombardeo de mensajes poco edificantes. Escudar su inocencia no es desarmarlo para el día de mañana, no es envolverlo en unas gasas que rasgará en cuanto se haga verdadero dueño de su destino. Proteger su inocencia no es encerrarlo en mundos aislados, paralelos que se desplomarán en cuanto salga al mundo. Hacer valer su innata sencillez e idealismo es reafirmarse en la convicción de que en el ser humano mora, pese a todo, algo grande, subyace un enorme y positivo potencial, a la espera de ser desarrollado.

Proteger la inocencia del niño es mantener la esperanza de que sobre ella pueden, desde temprana edad, sembrarse los elevados valores de la generosidad, la belleza, la entrega..., valores llamados a arraigar, merced a la lucidez y a la voluntad. Porque es en el campo abonado de la inocencia, en ese terreno fértil que aún administran los niños, pero que regamos nosotros, donde pueden germinar los grandes significados que quisiéramos ver vigentes en la sociedad de los adultos. Mas si ese terreno ha sido ya bombardeado con profusión y exceso de imágenes, conquistado previamente por dudosos contenidos, si en él han campado a sus anchas otros alienígenas de pesada ficción, de intenciones más oscuras, el cultivo de esos valores puede resultar más complicado.

Deberíamos preservar la inocencia y creatividad de los niños con el mismo esmero que lo hacemos con nuestros bosques vírgenes, nuestras montañas impolutas, nuestros océanos amenazados... En esa batalla nos jugamos también buenas cuotas del futuro. Si en el seno de un ambiente de concordia y amor, los niños crean, imaginan, sueñan..., el día de mañana no pararán de idear y proyectar en positivo, difícilmente se conformarán con el diseño de sociedad que les legamos y se acomodarán a lo establecido. En sus mentes tendrán ya introducidos otros comportamientos, otros referentes más avanzados, otros paradigmas que, llevados a la práctica, harán progresar la civilización. Por el contrario, si por comodidad y falta de entrega en la labor educativa, obviamos la transmisión viva de nobles valores, si dejamos de promover en los niños la creación, la imaginación...; si ahogamos ante la consola de turno, el quisquilloso “tamagotchi”, o la esclava pantalla, sus variados potenciales, difícilmente nos devolverán en hechos, lo que no les dimos siquiera la oportunidad de vislumbrar.

Al desenterrar entrañables historias, al alentar la lumbre donde el abuelo desgrana viejas andanzas, “heroicas” peripecias, al revivir hermosas leyendas, elevamos los referentes de los niños. Faltan chimeneas con padres cargados de relatos felices, de luminosos cuentos, faltan muñecas de trapo de las de recoser tras mil y una andanzas, caballos de cartón de los de dar comida y cariño tres veces al día... Sobreabundan “tamagotchis”, que aprisionan a los niños en una diminuta pantalla, que les hacen olvidarse del sol y las praderas, de la vida y sus rincones maravillosos.

Amenaza el peligro de darle al niño todo hecho, todo digitalizado. El más flaco favor que se puede hacer a las generación infantiles es la merma de

su voluntad y creatividad. Crear con las manos, con la mente, con los sueños; crear con la palabras, con los brazos, con las piernas; crear, jugar con el barro, con las piedras, con el viento, con la nada..., crear, siempre crear, es lo que al niño proporciona un gozo que perdura y no se agota al callar las pilas.

Las calles de nuestras ciudades y pueblos se ven iluminadas estos días por un refulgente neón de idealismo y materialismo compartiendo a medias su voltaje. Pese a todo, en la Navidad, la inocencia puede tomar ventaja con su eterna evocación de una fantasía que podemos hacer día a día realidad. Porque, a propósito de historias, celebramos en estos días el aniversario de una hermosa gesta, para muchos la más sublime jamás contada, jamás soñada.

Muchos seres seducidos con aquella historia de amor, “crearon” con sus vidas nuevos y bellos relatos, en un universal contagio que desemboca en nuestros días. Recelemos si es preciso de dogmas, prescindamos si así lo deseamos de liturgias, de exceso de incienso y boato, pero no dejemos de contar a nuestros pequeños, aburridos ya por las exigencias de su “tamagotchi”, la entrañable historia del niño de Nazaret.



29- I-98

En el cincuenta aniversario de la muerte de Gandhi

“Mequetrefe en pañales”

Le dieron poco tiempo para disfrutar de su sueño, sin embargo con el ejemplo de su intensa y noble vida ha logrado ampliar los nuestros. Tras su partida hacia un “nirvana” holgadamente conquistado, nadie sumergido en un combate digno y pacífico puede sustraerse a la fuerza que, a pesar del tiempo transcurrido, desborda el recuerdo de aquel hombre de raquílica presencia. A partir de él, cambiar el mundo no es necesariamente blandir el puño en alto en amenaza hacia el adversario, transformar la realidad puede ser, tras su testimonio, mirada serena, corazón abierto, brazos en acogida. Aquel esqueleto sonriente mostró que la fuerza que late en nuestro interior, cuando no es mermada por miedos, ni drenada por pasiones, es capaz de detener ejércitos enteros.

En un mundo plagado de efemérides cada quien elige sus propios aniversarios, subraya sus personales celebraciones, les imprime su sentido. El Mahatma, tal como le llamaban cariñosamente sus seguidores, bien merece nuestra tierna mirada invocadora. Sin embargo, cincuenta años desde su muerte no son motivo de somnífera nostalgia, sino más bien redoblado acicate para testimoniar su legado. Nuestros convulsos días no demandan evocaciones de postal, sino coherente vivencia de su herencia no-violenta. El más flaco favor que podemos hacer a la memoria de este “mequetrefe en pañales”, tal como le definiera el máximo mandatario de la metrópoli, es convertirlo en exótica reliquia oriental, cuando su mensaje redobra en nuestros días significado.

Pero estas líneas de recuerdo no reclaman un ciego seguimiento. No es preciso vestir la túnica blanca, comprarnos una cabra y ponernos con ella a recorrer el asfalto de nuestras ciudades. No tenemos que encerrarnos en nuestro “asrham” particular y ver sucederse las horas con el ritmo de la rueda. Quizá se trate tan sólo de unas dosis implementadas de coraje y valor para descargar de ira la mirada hacia el mundo; quizá sea tan sólo tener presente que una actitud abierta, serena y autocontrolada (“brahmacharya”) puede descarriar cualquier voluntad de agresión, sea cual fuere la circunstancia.

La memoria de Gandhi no apela a calzar mañana rudas sandalias, a echar por la borda los filetes del congelador y sorprender de mañana al vecino con un “Om Shanti”. Quizá sea tan sólo cuestión de una presencia más sencii-

lla y armónica en medio de la vida, de ensanchar los instantes de reflexión para no olvidar la “otra posibilidad”, el “otro camino” en la resolución de los conflictos grandes y pequeños que acerca la existencia.

Gandhi afirmó hasta la saciedad que el “ahimsa” (camino de acción no-violenta), no era brazos cruzados, sino la vía más poderosa para ganarse al adversario y transformar las situaciones. El líder hindú proponía un vuelco de mentalidad que difícilmente puede ser asumido en el curso de una sola generación. No es tarea vana aprender de un día para otro a poner la otra mejilla, o cuanto menos a no agacharse a por la piedra, mas hoy su ideario y el de cuantos persuadieron en sus valores, progresa pesada pero irreversiblemente.

Las grandes figuras históricas corren el peligro de ser enmarcadas en un contexto y circunstancias exclusivas, en detrimento de la universalidad de su legado. Por lo común nutren el progreso humano en alguno de sus frentes, pero su aportación sugiere rebasar un tiempo y geografía. En los momentos en que grandes mandatarios se pierden en “affaires” de faldas, en que la humanidad aguarda esa nueva generación de líderes que la acompañe en la andadura del tercer milenio, no está de más recordar aquel hombre pequeño y aparentemente débil que con su fe, firmeza y pacífico obrar, ganó a su pueblo y doblegó al poderoso imperio británico.

Gandhi pertenecía a la estirpe de grandes líderes nacionales como De Gaulle, Churchill..., y en esa medida plenamente enraizado en un siglo destinado a colmar todas las aspiraciones nacionales que arrastraba la historia. Sin embargo su patriotismo estaba llamado a burlarse pronto de las fronteras. A este respecto sus palabras cobran en nuestro entorno especial significado: “Yo esperaría, así fuera por edades, antes de buscar la libertad de mi país a través del derramamiento de sangre. Yo me denomino nacionalista, pero mi nacionalismo es tan amplio como el universo. Incluye en su extensión a todas las naciones de la tierra. Mi nacionalismo incluye el bienestar de todo el mundo. No quiero que mi India se levante sobre las cenizas de otras naciones. No quiero que la India explote a un solo ser humano. Quiero que la India sea fuerte con el objeto de que pueda contagiar a las otras naciones con su fuerza”

En cuanto a la forma de hacer, Gandhi no pertenecía a esta centuria, más bien preparó el camino a la venidera. El mensaje gandhiano de valor añadido por la distancia de miras verá fundirse en la realidad, sin lugar a dudas,

en el próximo milenio. Las nuevas generaciones ven ya ridícula la idea de matar y morir por un trozo de tierra, tomar un arma para defender una bandera..., se susurran al oído una música diferente. Pero no olvidemos que sangre y batalla han sido el pan de cada día de una azarosa historia. La humanidad ha necesitado del empeño, y a menudo sacrificio, de éste y otros muchos clarividentes líderes y militantes de la no-violencia, para ir limitando cada día más el uso de la fuerza en la contienda política, para concluir en la ventaja de resolver en torno a una mesa los conflictos.

Hace cincuenta años que este valeroso agitador de conciencias y estructuras despedía la tierra, después de haber conseguido, a la cabeza de los suyos, la independencia de una de las naciones más populosas. El hueco dejado en su día por esta figura generosa y ejemplar nos debe hacer reflexionar sobre la necesidad de una casta dirigente valiente y audaz que empuje a la humanidad en su esperanzadora etapa planetaria. El nuevo panorama mundial de mayor convergencia política, cultural, económica..., necesita también de líderes desprendidos ya del lastre de la ideología nacionalista y resueltos a guiar a los pueblos por la senda de la unidad. Ese nuevo liderazgo no debe estar exclusivamente marcado por el carisma, debe ir impregnado también de una profunda voluntad de paz. Los grandes líderes por llegar, han de estar sostenidos por unas firmes convicciones no-violentas y no pueden perder la referencia de aquel enorme faro que un extremista hindú creyó poder apagar con un triste revólver en un parque de Nueva Delhi.

El futuro de justicia y paz que lenta pero inexorablemente se va dibujando en el horizonte humano, mantendrá por siempre en su memoria a este pequeño hombre, que adelantándose a los tiempos, supo romper, en crudas circunstancias, con el omnipresente paradigma de confrontación violenta que ha marcado la historia humana hasta nuestros días. Descanse en gozo el venerable Mahatma, en la morada de profunda paz alcanzada, hace hoy medio siglo, y donde se reúnen todas las castas, colores y credos que él no terminó de conciliar en su amada patria terrenal.

3-IV-98

En el aniversario de la muerte de Martin Luther King

“He tenido un sueño”

Existe una fina frontera entre el sueño y la profecía. Para que la ficción adquiriera dimensión de realidad, para que opusiera a encarnar en un tiempo breve, sólo hace falta invocarla con una fe determinante. “I have a dream” y América supo a partir de aquel vibrante discurso de Martin Luther King en 1963, ante las doscientas mil personas que habían acudido a la marcha sobre Washington y millones de telespectadores, que había concluido por siempre la etapa segregacionista.

Hoy es más fácil soñar. En un mundo que toma cada vez más distancia de la guerra y conciencia de pertenencia a una sola humanidad, formada por seres iguales, con iguales derechos, es más fácil abrigar utopía. Pero había que soñar entonces, cuando la guerra fría extendía su temible sombra sobre un occidente recién repuesto de otra confrontación mundial; había que ponerse a soñar cuando los ataques provocadores del Ku Klux Klan; cuando aún existían diferentes cafeterías, piscinas, escuelas..., según el color de la piel.

“Yo sueño que un día, en las rojas montañas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos negros y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se sienten juntos en torno a la mesa de la hermandad...”, evocó el pastor baptista en aquella memorable alocución del 28 de Agosto. Él sabía que sus sueños eran caros, que tenían el alto precio del perdón, de la resistencia pasiva a la provocación de los segregacionistas..., pero que merecían el esfuerzo. La juventud negra quería conquistarlo todo al momento y para ello hacer uso de cualquier método; las veladas nocturnas de espirituales negros eran aquel año 1963 brutalmente reprimidas por la policía con perros mastines y la canción mítica “We shall overcome” (“Nosotros venceremos”) constituía el único arma frente a la agresión de las mangueras... Pero pese a todo, King sostenía su sueño.

Ni cuando los motines violentos de los jóvenes en los “ghettos”, ni durante la ola de patriotismo que llamaba a cerrar filas en la bárbara aventura de Vietnam, ni cuando la propia burguesía negra le dio la espalda, King soltó su utopía. Él seguía soñando despierto, en voz alta, contagiando su esperanza allí donde le llamaban. Y sus sueños encarnaron, aunque un asesino a sueldo le obligara a contemplarlos desde la atalaya de otros mundos.

Porque el camino de los sueños no sólo atravesaba las avenidas de

Washington en las históricas marchas nacionales, sino también los basureros. Y eso lo sabía bien Martin Luther King cuando hace treinta años, el 4 de Abril de 1968, fue a mostrar su apoyo a los trabajadores de la limpieza de Memphis (Tennessee), todos ellos de color. Eran vísperas también de ficción y barricada al otro lado del Atlántico, sueños más alborotados, más convulsos en las capitales de Europa, cuando este gran soñador alcanzó, tras reguero de sangre, su propia e intransferible libertad. Una siniestra organización derechista pensó que una simple bala podía detener una idea puesta ya a rodar con tanta fuerza, incluso sobre la más áspera y reticente tierra sureña. El mercenario James Earl Ray acabó, hoy hace treinta años, tan sólo con la vida física del líder negro en el balcón del hotel donde se hospedaba.

“¡Libres al fin! ¡Libres al fin! ¡Gran Dios Todopoderoso, al fin somos libres!”, reza la tonada de la canción, el grabado también de la tumba del pastor visionario en un cementerio de Atlanta. Sin embargo todos los sueños no desembocan en la libertad. Algunos se conquistan también a partir de ella. La otra enorme ilusión de King, la paz, está aún por vestirse de realidad. Conquistada la libertad para las gentes de color en América, resta el otro empeño de esta gran figura. Cuando en 1964 fue a Oslo a recoger el Premio Nobel lo expresó claramente: “Nunca compartiré la idea de que la humanidad esté tan dolorosamente encadenada a las tenebrosidades de la guerra y el racismo, que jamás llegue a ser realidad la esplendorosa luz de la paz y la hermandad”.

En una América que cachea a los adolescentes a la entrada de los institutos buscando metales, estremecida por las reacciones agresivas de unos escolares descuidados por sus padres e hipnotizados por una peligrosa telebasura, alarmada por el aumento de la violencia sobre el asfalto..., cobra si cabe más sentido el mensaje de King. Él ya abundó en sus días sobre la necesidad de avanzar hacia la paz, una vez alcanzada la igualdad de derechos ante la ley: “Cuando hagamos que la libertad resuene en cada poblado y en cada aldea, en cada Estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de Dios podamos estrecharnos las manos...”. Porque de poco les sirve la libertad, si a la vuelta de las grandes campañas, de las grandes marchas con su razón en el pecho y su anuncio en los labios, se encuentran que les cae inmensa. De poco les sirve la libertad al blanco

y al negro si a la vuelta de la larga lucha en pos de su gloria y disfrute, se hallan en que no aciertan, tal como King soñara en el histórico discurso, a cantar juntos el viejo espiritual: “¡Libres al fin! ¡Libres al fin! ¡Gran Dios Todopoderoso, al fin somos libres!”.

Hoy hace treinta años perdimos a un gran líder pero ganamos en el convencimiento de que el mundo no lo mueven, tal como nos apuntaran en la pizarra, ni banderas, ni reyes, ni batallas...; tampoco los estados y sus políticos, como más tarde nos dieran a entender en aulas más serias; ni siquiera la economía, tal como revelara, ahora también hace cien años, ese entonces emancipador “Manifiesto comunista”. El mundo se mueve por la fe y voluntad de soñadores como King. El ritmo de la historia lo marca la luminosidad de las quimeras de unos y otros, ni siquiera el modo de producción al uso, por más que treinta y cinco horas semanales nos permitirían aumentar la calidad de nuestros sueños.



11-IX-98

*La vida rural ya
no es una vida
incomunicada*

Junto a la montaña, junto al mundo

La plaza aquietada se recoge sobre sí misma, extrañando los juegos de los niños y las veladas de los mayores. La leña se agolpa ya impaciente ante las puertas. El sonido de la motosierra en uno y otro rincón del pueblo anuncia un renovado pulso frente al invierno. Parte el verano susurrando retornos a la vera de los caminos y escurriendo el peso de su nostalgia, nos ponemos a sellar ventanas, despejar la leñera, desempolvar la estufa... Después del trajín, salimos a la puerta de casa. Rodeado de una naturaleza que va callando en su volumen, el vecino afila un hacha cuyo descanso también se acaba.

Las hojas exhiben ya su herida galopante y mientras aguardamos que los bosques se desnuden y el fuego alegre fríos muros, celebramos la dicha de vivir en medio de estas montañas que se quedan ya solas y nosotros con ellas, porque cada día nos resulta más difícil vivir lejos de su presencia hermana.

Los girasoles ennegrecidos regalan al aire sus semillas. Otros campos son removidos para una nueva siembra en medio de un valle que reclama ya su vestido verde de invierno. El tractor reinicia su peregrinar por los cultivos que ayer lucían orgullo de espigas al viento. El metal hunde de nuevo su filo en la tierra, firme acero que batalla a nuestro lado en favor de nueva cosecha, nueva vida. La tierra muestra al sol sus entrañas para que un sol más recatado les insuffle nueva vida.

A las puertas de cada otoño, cuando la naturaleza se recoge y acerca más íntima, renovamos el voto de seguir junto a ella, por más que luego nos quiera probar con sus fríos, sus lluvias, sus días cada vez más pequeños. Con el atardecer apuramos la sensación de privilegio. Los campos se acuestan, la fresca brisa tiende su manto sobre un lecho aún pajizo y las montañas los vigilan en su imponente silencio. Las estrellas aún se muestran cercanas en su canto de brillo eterno.

En medio de tanta maravilla, no nos sentimos fuera del mundo. Al retornar a casa, los días de los otros, de quienes habitan más allá de estas montañas, sus atardeceres, sus avatares más o menos dorados..., no nos son ajenos. Están tan cerca como apretar un botón, pinchar un “ratón”, descolgar un teléfono... La cercanía a la naturaleza ya no implica la lejanía

del asfalto. Al volver al hogar tras embobamiento bajo el firmamento, el resto de los humanos, sus gozos, sus tragedias, no se sitúan más allá de lo que nosotros deseamos. Quien ayer amaba la vida campestre y optaba por permanecer en medio de ella, debía olvidarse de sus congéneres y su suerte. Pero se deshizo ya la excluyente disyuntiva del pasado que nos imponía estar con la naturaleza o con los humanos, u olor de malvas u olor de multitudes.

Al borde de la montaña ya no estamos solos. Hoy el campo no nos aparta de los puntos donde día a día se forja, en buena medida, el destino de las gentes. Las nuevas tecnologías nos conceden la suerte de presenciar de cerca los pequeños y grandes episodios del momento. No lejos de las primeras filas, podemos, si así lo deseamos, vivir, analizar e interpretar la realidad. A pesar de la distancia física, participamos del destino de un mundo que a cada instante traen a nuestra casa la prensa, la radio, la tele... y ahora también Internet.

Por eso la comunicación no es un lujo, sino un bien de primera necesidad. Comunicarse es entenderse, es acercarse y nunca ha hecho tanta falta arriarnos los unos a los otros, manteniendo a la vez un espacio de autonomía. Internet, su red de redes, terminó de sacarnos de nuestra postración, nos vinculó aún más a las grandes poblaciones, nos permitió mirar por la misma ventana por la que los hombres y mujeres de la ciudad contemplan el mundo.

La naturaleza nos sugiere una forma de estar en el mundo, nos insufla paz, conocimiento y vigor para salir después al paso del mundo y sus dolores. Ahora nos otorga también los instrumentos necesarios para fortalecer nuestros vínculos, para permanecer por siempre unidos. ¡Gloria al Cielo que nos provee de cuantas redes y fascinantes aparatos necesarios para por fin conformar la anhelada familia planetaria!

1-IX-98

En el aniversario de la muerte de Diana de Gales

A falta de epílogo

Ahora hace un año que la sacrificaron un poco entre todos. Afirman las voces más responsables, que sus fieles construyeron personaje y argumento a la medida de sus necesidades. Inconscientemente la empujaron a ese corredor junto al Sena. Quizá desconocían que las princesas también dejan su cuerpo aunque éste desemboque en una verja colmada de flores, aunque su itinerario póstumo sea seguido por dos mil quinientos millones de personas a través de las pantallas. Seguramente no era la princesa ideal, quizá la leyenda que escribió con su vida no está enmarcada en márgenes dorados, sin embargo el mundo necesita figuras universalmente modeladas y compartidas, que lo saquen de su monotonía, que lo sumerjan en ese cuento que tan a menudo relega la propia realidad.

¿Pero ese mundo merece creer que la vida, toda entera, se pueda estrellar contra un pilar de cemento armado, que pueda para siempre callar en un sórdido corredor subterráneo? Más lejos o más cerca, todo túnel, por oscuro y cerrado que simule, se abre a la claridad del día. A la vista de aflicción tan universalizada, algo invita a adherirse a una magia que no se suma a cortejos enlutados, que no registra fatalidades y cuyo guión no depende del número de “whiskys” en la sangre de un conductor acelerado. Tras tanto escepticismo acumulado, algo anima a recrear la fe en milagrosos besos que devuelven vidas y recomponen tragedias. A la vista de princesas que dejan tantos millones de desamparados, quizá sea momento de recuperar fantasías que disculpan de los errores del pasado y animan nuevas esperanzas de futuro.

Ahora hace un año contemplábamos un funeral planetario, un dolor compartido de uno a otro rincón del mundo ante esa sentencia, a primera vista irrevocable, que equipara a todos los humanos. Sin embargo es la magnitud que adquieren algunas muertes la que nos hace ahondar en su misterio. La marcialidad con la que avanzaba la comitiva fúnebre de la “princesa del pueblo”, las lágrimas vertidas a uno y otro lado de su paso, el desgarrero de sus cercanos, la consternación transnacionalizada, parece que reclamaran otra suerte de final, que reivindicaran silenciosamente el prodigio que hace de nuevo, lentamente, latir el corazón “injustamente” detenido. Mas la vida, esa que se mofa de todos nuestros límites, difícilmente pla-

nea sobre pistas tan regadas de lamento, necesita de un resquicio de esperanza por el que infiltrarse, de esa ranura que entreabre la fe para poder materializarse.

Quizá los ojos de Lady Di no se cerraron tras heroico testimonio, mas no por ello se le habría de negar un beso de eternidad. Desconocemos si será privada de esa mirada risueña, de esa belleza tan finamente cuidada, de ese encanto tan quebradizo, pero vivirá, porque sobreviven también bufones y vasallos, nobles y renteros; vivirá porque la vida, pese a tanto sollozo ahuyentándola, pese a tanto luto acorralándola, dicen que no calla nunca. No sólo la princesa, no sólo quienes son merecedores de las más lujosas exequias, tienen derecho a ese beso que inicia en el paseo eterno; todos los personajes en este inmenso teatro, pueden una y otra vez reaparecer en la siguiente función, con la sola condición de confiar que la vida es regalo sin fin, legado que no caduca.

La próxima puesta en escena, asimilados los errores del ayer, quizá sea más dichosa. Quizá los “paparazzi” no montarán sus potentes motos para encontrar en la princesa de Gales la instantánea millonaria, quizá acierte al elegir al compañero de su vida y más allá del artificio de los grandes hoteles, éste le destape los ojos sobre la duna de sus desiertos. Basta imprimir luz y colorido al drama, confiar que mudarán monarquías caducas, que los Windsor no embotarán sus gestos, ni limitarán sus movimientos. Hay que esperar que en el futuro los potentes objetivos enfocarán hacia otro lado; que su cara de porcelana, su figura frágil no le impedirán pasear por las calles o prados del nuevo guión. ¿Quién le privará al fin y al cabo en ese nuevo relato de la pureza del aire apaciguado, de la ternura de un sol abrigado, de la tranquilidad de un paisaje por fin despejado?

El privilegio de la vida parece que reluciera al otro extremo. Lejano siempre el escenario del ensueño, los yates, los coches deportivos, lejana la cita engalanada, el amante suspirado... La idealización de terceros y sus privilegios apunta a las carencias de uno mismo. La condensación en personajes ajenos de anhelos propios, la proyección en otra figura pública de arquetipos inconscientemente diseñados, confirman la desconfianza en el potencial de la persona. ¿Sin embargo quién priva a cada cual del poder de

levantar su propio escenario, los palacios que desee, al borde de los lagos que diseñe, de los bosques que él mismo esboce?

Si nos conformamos de convidados de piedra en un teatro que no terminamos de pisar con ilusión verdadera, si aún necesitamos elevar por las nubes a princesas que un buen día se desploman cual común de los mortales, es porque aún no asumimos, ya sea rojo, verde o morado el color de la sangre que corre por nuestras venas, que todos calzamos corona, todos gozamos de la vida y sus preciosas oportunidades para hacer realidad nuestros más locos sueños.



5-XI-98

El huracán Mitch y los últimos avances tecnológicos

Entre el barro y el “microchip”

La lluvia va calando suavemente los campos recién sembrados. Una cortina de agua al otro lado de la ventana recuerda inevitablemente esa otra lluvia desproporcionada e inmensa al otro lado del Atlántico. Son noticias que sacuden y mojan también por dentro. Es el agua allí más fiera que se ha llevado sembrados, ventanas y a quienes miraban a través de ellas.

Estas líneas aspiraban a discurrir por un terreno más seco, sorteando calamidades, para llegarse a la vera de los increíbles aparatos que estos días se exhiben en una feria de Madrid. Sin embargo el agua anegó también la primera intención de estas líneas. Tocaba en este rincón glosar las maravillas informáticas y telemáticas que estos días se exponen en Simo 98. El libro electrónico que pronto llevaremos periódicamente a cargar a la biblioteca cibernética, los ordenadores que ya nos podemos meter en el bolsillo de la cazadora, los teléfonos fijos con pantalla, las nuevas tecnologías de reconocimiento de habla humana..., estaban en el listado de sorpresas a compartir y de las que vanagloriarnos.

En esto irrumpió el tal Mitch cuestionando tanta gloria digital que no alcanza siquiera a anunciar su trágica llegada; en esto se desató el devastador huracán invitando a calibrar los adjetivos destinados a ensalzar una tecnología tan asombrosa como limitada en su alcance. La imágenes del vandálico paseo centroamericano del huracán empujan a relativizar los avances de nuestros días. La tierra estornuda y todo se viene abajo, por mucho que el último “chip” de Intel sea tropecientos mil veces más rápido que el sofisticado aparato que dirigió el Apolo en su periplo hacia la luna. La tierra lanza su “atchís” y volvemos al Neolítico con apenas unas embarcaciones de caucho algo más manejables y rápidas que las de nuestros antepasados que tímidamente se asomaban a la historia.

Sí, tocaba alabar aquí los asistentes personales digitales, los aparatos de ayuda a la navegación de automóviles, los televisores que se adentran en Internet..., sin embargo a la vista de las imágenes apocalípticas que ha producido el huracán y acercado la televisión, se enfría la crónica de los avances tecnológicos. Las barriadas anegadas, los vecinos de pueblos enteros subidos a sus tejados, el humilde campesino con el hijo que yace entre sus brazos..., invitan una vez más a reflexionar sobre las contradicciones y linderos de nuestro poderío.

Mientras en la Simo se exponen en estos días los ordenadores que atienden a la voz humana, mientras se instalan implantes en cerebros de discapacitados que permiten controlar un ordenador con el pensamiento..., el agua y el lodo se adueñan de países enteros sin que el hombre pueda hacer mucho por remediarlo. Nuestra civilización cabalga alocadamente entre la era de piedra y la digital. El tiempo del “Discovery” y de Internet de alta velocidad quizá esperaba de nosotros más equilibrada repartición de los dividendos de la ciencia, más socialización de los seguros de vida, mayor conciencia y responsabilidad que cuando chocábamos las piedras para alumbrar fuego.

Entre el Mitch y el “chip” se encuentra la paradoja de nuestros días. Entre el lodo ensangrentado de los barrios de Managua y la última generación de Pentium II, se halla un contrasentido aún no resuelto. Ante los veloces avances del presente, parece que las imágenes de catástrofes naturales debían estar, si no desfasadas, sí moderadas en su impacto; sin embargo en nuestro tiempo concurren los mayores desastres medioambientales junto a los mayores logros tecnológicos.

Los progresos de hoy son el “abc” de un mañana que habrá que afrontar con mayores dosis de humildad y de respeto a la madre naturaleza. A nadie se le escapa que el aumento de calamidades ecológicas son, en buena medida, generados por el cambio climático. Este aumento de la temperatura, a su vez debido al exceso de gases liberados por la combustión de carburantes, es el principal tema que en estos días se aborda en la cumbre climática de Buenos Aires. En esta trascendental reunión todos esperamos que se adopten, por encima de hermosas retóricas, imprescindibles compromisos.

Pese a los estornudos de la tierra que aún no podemos reprimir, sus temblores que apenas podemos predecir, sus erupciones que no podemos apagar..., hay que evitar caer en el desánimo. El desarrollo tiene que proseguir. La evolución humana hacia mayores cotas de progreso y felicidad, ecológicamente sostenidos y socialmente repartidos, no puede detenerse. No debemos dejar de maravillarnos por los logros que vamos alcanzando. Somos aún y con los Niños y las Niñas, aún y con los Georges y los Mitchs, privilegiados en un tiempo que nos proporciona grandes ventajas y posibilidades de conocimiento, comunicación y facilidades en la vida doméstica, el ocio y el trabajo. Sin embargo no conviene seguir inflando

un orgullo y ambición que nos aleja de la naturaleza, sus leyes, sus ritmos.

Es preciso también tornar y detener la mirada en esa madre tierra que nos provee de cuanto necesitamos. Tras expolio y olvido toca ya agradecerla, respetarla y amarla. Cuando dejemos de herirla sin sentido, martirizarla con tanto agente contaminante, despreciarla con tanto abandono..., quizá enferme y tosa menos, quizá nos de menos sustos y más grata y duradera compañía.

Adolecemos de humildad al sobreestimar nuestros logros. Los superordenadores de hoy serán “de paso de burra” mañana, sin que ello anule la posibilidad de que Mitch, o uno de sus primos, aparezcan por el horizonte. Todos los “microchips” juntos no nos evitan la amenaza agazapada tras un océano, tras unas montañas, o bajo la misma tierra. La vulnerabilidad humana en puertas del tercer milenio, queda patente a la vista de huracanes que se llevan por delante cientos de carreteras, puentes y pueblos, pudiendo hacer bien poco por remediarlo.

En el primer congreso Iberoamericano de Filosofía recientemente clausurado en Madrid, algunos filósofos defendían “la necesidad de suplantar a Dios”. Me temo que de haberse celebrado estos días en Tegucigalpa las conclusiones del mismo habrían diferido sensiblemente. La impotencia ante tanta calamidad hubiera rebajado ese peligroso engruimiento. Entre el orgullo de desear emular al Creador y la imagen justiciera del Supremo tan enraizada en el pasado, hay un infinito lo suficientemente grande para que quepa el Dios del amor. Pero la Generosidad suprema no nos evitará sustos, si ha de indicarnos con aire, fuego o agua, graves errores cometidos.

Dada la voz de alarma ante el peligro de una ciencia y desarrollo sin alma, sólo queda apuntar un llamado para sacudir nuestros bolsillos y engrosar las cuentas corrientes de las organizaciones que canalizan tan urgente ayuda para los pueblos hermanos de Centroamérica.

3-1-99

“E-mail” a los Magos de Oriente

Queridos Reyes Magos:

Este año os mando la carta por el correo electrónico de mi “aitatxo”. Dicen que llega al instante a vuestras oficinas de Oriente y así me quito el apuro de que andaba tarde. No hemos ido con ella ni al estanco, ni al buzón; ni siquiera ha salido por esa impresora que mete tanto ruido. Eso me preocupa un poco. Por favor, aunque os llegue sin sello, no la echéis a la basura. La dirección: “reyesmagos@oriente.com”, tampoco me termina de vencer. Ni siquiera va con mayúsculas.

En fin, confío que, aunque sin sello, ni buzón, ni mayúsculas..., mi carta llegue a vuestros ojos y su pedido a vuestro corazón, pues todo lo que aquí os escribo sale de muy adentro del mío. Me esperan algunas horas delante del “ordenata” escribiendo todo lo que os quiero contar, todavía sólo me manejo con dos dedos y apenas llego hasta la pantalla. Os ruego también que no os enfadéis por las faltas. Dicen que en la pantalla se puede escribir sin acentos y por eso nadie se molesta.

Por este año olvidaos de la “nintendo” y el “playmovil”. Aunque hayáis informatizado los pedidos, debéis andar que no dais abasto y con tanta natalidad mundial, vuestra “flota” de camellos todavía será escasa. Sólo os pido, pues, lo principal que no es poco y bien sabéis vosotros, que venís del caliente Oriente, que lo más importante es que se acaben todas las batallas.

Os lo dicen todos los años muchos otros niños, lo hacen en todos los idiomas, (como buenos sabios esto no es problema para vosotros) lo escriben en lápices de todos los colores..., pero yo estoy obligado también a repetíroslo: os pedimos que la paz se instale en todos los rincones del planeta, paz, pues, para el mundo y muy especialmente paz para mi pueblo. Que mañana nadie use bombas y pistolas para defender las ideas que lleva en la “pelota”, que pronto llevemos las armas al herbero. No haremos arados con ellas porque en nuestros campos usan tractores, pero yo sé que con ese hierro se pueden hacer muchas cosas estupendas: vías de tren que unen a los hombres, aviones que saltan continentes, coches que nos asoman al mundo...

Más allá de estas montañas, ya os lo podéis imaginar: que todos los niños tengan sopa con bien de letras o macarrones con mucho tomate en su plato, un columpio de madera en su plaza, un cuaderno en su escuela para escribiros estos y otros sueños. Este año os pido muy especialmente por los niños de Kosovo, para que no tengan que huir entre los bosques neva-

dos agarrados de la falda de sus madres, que se puedan quedar en sus casas, que en ellas no falte leña, alegría y un gran pan en el horno; que sus hombres y mujeres se sienten tranquilos junto al fuego, porque su pueblo recuperó el derecho de dirigir su propio futuro.

Quisiera que los niños de Irak no pasen el tiempo mirando a los cielos, que éstos estén despejados de aviones que echan misiles poco inteligentes y que a veces tropiezan con sus casas. Os pido que nos dejen enviarles alimentos para sus estómagos encogidos a cambio de petróleo para el estómago de nuestros coches; que por las noches no tengan ya que bajar a los refugios, porque sé que por allí hace mucho calor y ellos merecen dormir bajo las estrellas.

Acordaos de los niños de Sudán y otros países pobres de África. Que esas barrigas de hambre se desinflen y su esperanza de vida se ensanche, que sus campos verdean y sus silos rebosen. Tened muy presentes también a los otros niños de Centroamérica. Vosotros que tenéis “enchufe” en los cielos, que desde allí detengan y arresten a los “Mitch” que nacen en los océanos y se meten después en los continentes, para que nunca más vuelen tejados, destruyan puentes e inunden barrios enteros.

Os pido también por los niños de los basureros, las minas, los campos de sol a sol..., para que en adelante suden con las multiplicaciones de cuatro números, los ríos de China y los verbos irregulares en inglés; que no gotee ya de sus frentes ese sudor que no les corresponde.

No os olvidéis tampoco de los ricos de la tierra. Contagiadles del gozo de compartir y curarles del mortal virus de acumular, que sepan acertar con el encanto de lo bello que también es lo sencillo, con el hechizo de la vida que tan a menudo desbaratan los dólares. Os pido por los medio-ricos como yo, para que aprendamos a dividir, cuanto menos, por “0’7” y no enfermemos con esa peligrosa sed de querer más y más a costa de los demás.

En fin, os pido lo que ya bien sabéis: que los mayores no corten más bosques, y así no emigren los duendes; que no ensucien las aguas y así no se escondan las sirenas..., porque sin selvas misteriosas, ni ríos transparentes se acabarían los cuentos, y vosotros, mejor que nadie sabéis, que un mundo sin cuentos no sobrevive. Que los mayores aprendan a querer más y más a nuestra otra gran madre que es la Tierra; que después de tanto maltrato, retornen a ella, escuchen sus lecciones, abracen sus árboles, acaricien su rostro con una mirada por fin agradecida.

Por último quisiera que mayores y pequeños aprendiéramos a utilizar el gran poder de este aparato con el que os escribo. Si es verdad que esta carta os llega sin sello y a través del esmirriado cable del teléfono, sería “guay del Paraguay”. Ahora que dicen que los ordenadores tienen dentro bibliotecas y enciclopedias enteras, que están unidos los unos con los otros, que pueden compartir entre ellos todo lo que guardan..., que sepamos, pues, utilizarlos para bien.

No olvidéis de incluir precisas instrucciones en estos complicados “juguetes” que pondréis junto a los zapatos. Ocurre a veces que la gente no acierta a aprovecharlos y pierde con ellos tristemente el tiempo. Advertid el “por qué” y “para qué” de los “superordenatas” que a veces no caben ni por el tubo de las chimeneas. Ya que han sudado tanto los camellos trayéndolos desde Oriente, que esos instrumentos, cada vez más maravillosos, sirven para unir y no separar, para crear y no destruir, para facilitarnos la vida, pero no esclavizarnos..., para hacernos en definitiva, de día en día, más magos como vosotros. Que en ese gran océano compuesto de millones de pantallas, pongáis, queridos y sabios Reyes, un poco de orden y así los navegantes no se despisten en lo que no merece la pena, en lo que nubla la magia de la vida, que vosotros anunciáis por la arena y el asfalto. Que los ordenadores nos ayuden a formar esa aldea global de verdaderos hermanos, esa familia planetaria que vino a inspirar, ya hace 1999 años, aquel Niño al que ofrendasteis, en un humilde pesebre, oro, incienso y mirra.

Sé bien que tenéis muchos “emilios” en vuestro buzón electrónico y no os quiero aburrir más de la cuenta. Me dejo muchas cosas en el tintero, perdón, en la “Ram” de mi cerebro, pero he de acabar la carta, que no mis deseos, pues son casi tantos como las estrellas de vuestros desiertos. Queridos Reyes Magos venid pronto, que vuestra tierna fantasía inunde la faz de la tierra; que la sonrisa llegue a todos los labios, el alimento a todas las mesas y la esperanza a todos los corazones. Desde las montañas de Navarra con amor.

Post Data: Si me queréis escribir, ya sabéis mi paradero, frente al “Pentium” de mi padre, primera línea ante la pantalla.

24-VI-99

Sobre la necesidad de educar en la naturaleza

A falta de selvas...

A lo largo de las últimas décadas garantizar un entorno de libertad ha sido divisa primordial del esfuerzo educativo de padres y profesionales. La libertad que vieron rebajada nuestros mayores se ve en nuestros días ensanchada por la disponibilidad de cada vez más medios y ofertas educativas al alcance de pequeños y adolescentes. Pero tanta profusión de recursos tiene también el peligro de la merma de iniciativa y el aliento de la apatía. La libertad deja de ser un bello logro si no se forja fuerza, ingenio y habilidad para modelarla con éxito. Tanta comodidad, tanta seda y “prêt a porter” puede alumbrar jóvenes faltos del coraje preciso para encarar el mañana con independencia y optimismo. En lo que al tiempo libre se refiere esta carencia es evidente. Al chaval le llueven las ofertas pero no los deberes, las exigencias. Existe un déficit de compromiso que a menudo propician los propios educadores.

Ahora que recién estrenamos estío, no puedo resistirme a la tentación de recordar aquellos otros veranos, lejanos pero vivos, plenos de enseñanza. Quiero evocar en esta página la escuela de iniciación y compromiso que para mi representó el “escultismo”. Con ello no pretendo respaldar un movimiento concreto, una “marca”, en este caso, en franca desvalorización, sino insistir en la necesidad olvidada de propiciar el encuentro del chaval con la madre naturaleza, desnudo de lujos, en ambiente de grupo, en medio de un espíritu de armonía y solidaridad.

Si los padres así lo desean y lo procuran, la vida regala al chaval, más allá del aula, cuantas escuelas necesita para apurar con plenitud el presente, para preparar su mañana. Sin embargo sólo la ruptura de la monotonía, y cotidianidad, las situaciones diferentes, adversas, cuando no “límites”, guardando todas las precauciones debidas, le permiten desarrollar su inmenso potencial latente, su fuerza interior que la vida fácil debilita, cuando no termina definitivamente ahogando. Recuerdo los días pasados junto a los “scout”, no sin añoranza, como un tiempo precioso, de constante exigencia y pleno disfrute, una escuela a la vez de intenso entrenamiento. Vivíamos una temprana iniciación, sin tener conciencia de ello. Se nos iniciaba en el arte de la entrega, el amor a la madre naturaleza, el sentido de la responsabilidad... Entonces no alcanzábamos a ver la razón de toda

aquella vida compartida que después nos habría de resultar tan útil. Apenas lográbamos comprender aquella hermosa oportunidad de crecer a marchas forzadas. Agradezco que en cada instante se nos exigiera tanto, que el campamento hubiera que levantarlo de la nada, que antes de la comida hubiéramos de pensar en el fuego para cocinarla, que el trabajo fuera grande y que el río estuviera lejos...

Se nos pedía mucho, tanto como lo que se nos daba. Se nos concedía la oportunidad de diseñar nuestro campamento, nuestros menús..., nuestra vida en el espacio de veinte días. Todo quedaba por hacer y en un alarde purista nos prohibíamos incluso aprovecharnos del “vil metal”, los clavos, para realizar nuestras construcciones de madera. Nadie sabía cocinar, pero entre las salchichas de plástico, el arroz pasado y el tomate de lata aprendíamos a agradecer las virtudes culinarias de nuestras madres. El fregado en cuclillas era incómodo, pero a fuerza de rascar los platos y cazuelas de aluminio con barro y arenilla amigábamos con aquel río que nunca escatimaba brisa, caudal y momentos de paz.

Recogíamos leña seca al atardecer. El fuego de la velada era excusa para sumergirse en silencio en la magia del bosque. Cada noche era una “seisena”, un grupo diferente que pujaba por elevar más alto el cono de ramas. Con la llamada al fuego se apuraba el fregado de la cena, se desenfundaban guitarras, se cerraba el círculo entrañable del campamento. La noches eran frescas, pero apelotonados bajo la tienda, constatábamos el gozo de sentirnos también una piña en el descanso. La lona dejaba penetrar el silencio desconocido e inmenso del campo oscuro. Frenando el sueño lográbamos disfrutar de esa gozosa paz amenizada por grillos, negada sobre el asfalto. Las dificultades de la vida en la naturaleza generaba una fraternidad que entonces apenas percibíamos. Aprendíamos a compartir las raciones, el esfuerzo, la alegría... se nos animaba a no pensar siempre en primera persona, a tomar conciencia de las necesidades del grupo. Al anuncio de la ruta nos distribuíamos cazuelas, comida, tiendas... Con el peso del campamento a nuestras espaldas cada año más fornidas y tras esfuerzo de días descubríamos la impresionante hermosura de los altos valles pirenaicos. La fragilidad, la indefensión humana, en medio de aquella aplastante soledad tornaba nuestra mirada y esperanza hacia lo Alto.

La verdadera prueba venía con los días de supervivencia. Antes de abandonar el recinto del campamento nos vaciábamos los bolsillos de monedas.

Durante tres días y por parejas debíamos enfrentarnos al mundo y ganarnos el pan con nuestras manos. Nos sentíamos orgullosos del bocadillo que nos obsequiaban tras quitar rastros, acarrear piedras, limpiar trasteros, graneros... En aquellos escasos días de valernos por nosotros mismos, nos preparábamos para el mundo que nos aguardaba. A quienes la realidad nos había tratado con dulzura, a quienes el mundo todavía nos había sido leve, la vida nos manifestaba también su faz de diario esfuerzo.

Eran los campamentos de "scout". Allí aprendimos algo de la entrega necesaria, del respeto y amor a cuanto nos rodea. Antes de que se inventara la palabra ecologista, nadie osaba dañar la tierra y sus criaturas. Más allá del rígido formalismo que a menudo se le ha achacado, me siento en deuda con este movimiento, con cuantos nos empujaron más allá de la ciudad, nos ayudaron a reunir troncos, periódicos, piñas..., nos acercaron a un fuego. Me siento agradecido con cuantos sobre el crepitar de las llamas, nos animaron a elevar a la Tierra un canto de madre, con aquellos jefes que cuando la noche callaba, nos invitaban a agradecer a Dios tanta dicha, tanto gozo. Desde entonces todos los fuegos son recuerdo de un mismo fuego, todas las hogueras son evocación de aquellas veladas que disfrutábamos entre teatros y cantos al borde de las tiendas.

Añoro para los chavales de hoy aquella vida en grupo que exigía constantemente a cada cual ir mas allá de sí mismo. Con el tiempo vinieron las colonias de a mesa puesta, de hogueras de artificio y dormitorios con neón. Todo venía ya hecho, no había nada que crear y los chavales deambulaban despistados por las instalaciones a la espera del próximo silbato. No faltaba el aprendizaje, pero sí la iniciación, es decir, la posibilidad de pasar a ser sujetos activos y protagonistas. Comida a la carta, grandes friega-platos, ordenada programación de actividades..., pero los chavales dejaron de ser algo artífices de sus días, responsables de su tiempo libre. El llevar la comodidad de sus casa al campo, amén de mermar voluntades, les impediría ir más allá de lo cotidiano, conocer las privaciones que después permiten apreciar más el confort habitual.

Hoy faltan verdaderas iniciaciones que promuevan en el adolescente la responsabilidad y autonomía del adulto. A diferencia de los pueblos indígenas no disponemos de una selva cercana para enviar a los adolescentes a que , "sobrevivan" entre las alimañas. Sin embargo disponemos aún de magníficos bosques y montes donde los chavales pueden empezar a tomar auto-

G U I Ñ O A L A L B A

nomía. Allí vivirán la plena libertad en contacto con la naturaleza, desarrollando habilidades, forjando su propio poder y dando prueba de su compañerismo.



6-V-99

En memoria de Carlos Castaneda

... y el brujo voló

“No queremos irnos con el peso de secretos que ni siquiera nos pertenecen”, afirmó Carlos Castaneda en una de las escasas entrevistas que concedía. Así que, una vez revelada la cuota de misterio que el anciano indio yaqui le había confiado, voló. Fue ahora hace un año. Debía haber transmitido lo que le correspondía cuando un diario de los Angeles en los EE.UU. anunció el pasado 18 de Junio que el escritor hacía ya dos meses que había dejado su cuerpo. Se marchó en silencio, con discreción extremada, tal como había vivido, sin concesión alguna a su “importancia personal”. No hay fotos, apenas detalles personales, anécdotas sueltas, conferencias... Su biografía más excelsa es precisamente la ausencia de biografía, pistas que ocultó con esmero hasta el momento de su partida.

Durante treinta años había ido volcando los secretos del brujo Don Juan, heredero del conocimiento ancestral de los indios yaquis, en sus nueve libros, tras lo cual dio por finalizada su misión en la tierra. El popular autor de las “Enseñanzas de Don Juan”, colocó con su obra un serio interrogante sobre la visión materialista de la existencia. Evidentemente ello le atrajo detractores cuyos argumentos jamás se entretuvo a rebatir. Simplemente apelaba a la valentía de creer, por un momento, que lo que decía podía ser cierto.

La sociedad de hoy, más sensible a temas espirituales, más interpelada por un sentido trascendente y multidimensional de la vida, es quizá más generosa con este ilustrado brujo de origen mexicano que en los cincuenta emigró a los EE.UU. Allí después de formarse universitariamente acometió su fecunda y en un comienzo difícil carrera literaria. Buena parte del establishment académico no le perdonó su fuga del campus, cuando hizo del cielo abierto su aula y de un anciano indio, su profesor.

El aprendiz de Juan Matus subrayó con su propia vida la importancia del más grande de los desaparegos, el de uno mismo. Pudo haber estado en medio de todos los flases y escogió su particular anonimato. En estos tiempos de tanto autobombo, sorprende su constante huida de un mundo que ya no le podrá perseguir más. ¿Cuántos en su lugar no nos habríamos puesto en mitad de Don Juan y el público? ¿Quién hubiera renunciado a la fama que concede la presencia en tantos escaparates, en tantas librerías de tantos países?

El misterio que siempre rodeó a Castaneda pudo ser una forma coherente

de animar a sus lectores a sacrificar también el propio ego. Su enigma personal pudo ser invitación para que el creador componga su obra y pruebe a esconder la huella, alargue su propuesta e intente por un momento callar el nombre.

No hubo ni dirección, ni teléfono, ni domicilio sabido, ni siquiera el croquis de su apasionante vida para llevarse de lectura a la cama. Cuando sus libros alcanzaron su máxima popularidad se puso a freír huevos y preparar comida rápida en un establecimiento de carretera donde nadie le reconocería. Se hizo pasar por un tal Joe Cortés y debió de ser allí donde se le acercó una jovencita contándole lo entusiasmada que estaba con la lectura de las historias de un tal Carlos Castaneda. En su brava lucha contra la propia importancia personal, Joe siguió impasible con su quehacer culinario.

No se concedió a sí mismo la mínima oportunidad de figurar. En sus escasas comparecencias publicas nunca hubo ni fotos, ni vídeo, ni magnetófono. “Hay que abandonar cualquier idea preconcebida sobre lo que somos, observaba. El yo es simplemente eso, una idea. El brujo la ve venir y se aparta a un lado, porque sabe que sólo desde lo impersonal es posible el juego... Cuando el hombre se ha vaciado, algo mucho más poderoso toma el lugar. La cita no es conmigo, es con el Espíritu”.

En facilitar esa cita ineludible entregó su vida. Todo lo demás carecía de consideración, el primero él. Por ello se apartó de ese senda de necesarios reencuentros. Quienes se confundieron de cita e intentaron seguir su rastro, vieron frustrado el empeño. No dejó huella alguna, ni siquiera su partida de defunción proporcionaba revelaciones. Sus más allegados: abogada, agente literario, miembros de la corporación Cleargreen, así como sus compañeras “brujas” Florinda, Taisha y Carol, son absolutamente fieles a ese pacto de silencio.

Cuando los media de noticia rápida e impactante subrayan una y otra vez la vida de un autor en detrimento de la obra, cuando el espíritu de competencia abrillanta una y otra vez nombres, marcas..., despistándonos del carácter colectivo de las verdaderas metas, la gesta del anonimato alcanza visos de heroicidad. Debe de ser difícil atender a la propuesta de humildad de Castaneda en unos tiempos en que cuatro garabatos sobre un lienzo ya exigen su “copyright”.

Pero en realidad el antropólogo tan sólo dio continuidad a la tradición de los sin-nombre. Otrora este camino tenía más adeptos. “Para Él toda la Gloria, que para nosotros no queremos nada”, recitaban los heroicos caballeros de antaño, a la vez que sorteaban recompensas y aplausos. Por más sorprendente que resulte en nuestros días, no hay novedad alguna en la práctica de este anonimato. No dejaron su nombre en las joyas románicas los compañeros constructores del medievo, no reivindicaron para sí las alturas de piedra, que conquistaron con el gótico, los maestros masones. No confesaban su identidad los iniciados de tantas hermandades ocultas que entregaban su vida en la preparación del discípulo, o candidato... No hay anales que registren los callados y entregados seres que, como este brujo contemporáneo, apartaron los laureles de su merecida gloria y tendieron una y otra trampa a quienes trataron infructuosamente de seguir sus pasos. “Oh Wakantanka, no te pido para mí sino para que mi pueblo viva” ya lo había dicho antes en su canción el anciano indio del Norte, indiferente a su suerte, pero preocupado por el destino de los suyos. Castaneda tampoco pedía para sí, trabajaba para que su pueblo de tantas naciones, a la sazón sus millones de lectores, viviera y no sólo vegetara. De paso empujó la cortina de otros mundos. Apuntó disciplinas, técnicas y pautas chamánicas para dar con ese poder oculto dentro de cada ser, que permite acceder a una conciencia más amplia de la realidad. El antropólogo señaló la existencia de otras dimensiones más sutiles que la física, si bien subrayó también el peligro de penetrar en ellas sin la preparación debida o con la importancia personal engordada.

No nos esforcemos pues en dibujar el personaje, que de cualquier forma debía desbordar magia, encanto y sabiduría. Atienda, el que siente el llamado, a la propuesta que encierra su obra, a su convite de guerreros de la libertad total, a su sugerencia de franquear otros escenarios más allá de este escenario. Explore el rebelde ante lo sólo tangible, las infinitas posibilidades de la conciencia humana. Fundirnos en el crepúsculo, desaparecer en el viento, perdernos en vida más allá de un lugar, de una identidad, de un tiempo, he aquí la propuesta del brujo que hace un año alzó su vuelo. En su fecunda obra quedó ya el camino esbozado.



29-V-99

En honor a los peregrinos compostelanos

Saluda sus silencios

Con prudente respeto, escruta su rostro, la distancia de su mirada, el peso

de su gozo y sacrificio... y suénales la bocina cuando te los tropieces en la carretera. Calibra sus pisadas, sondea la magnitud de su soledad, de su esfuerzo..., y una vez que has constatado en su andar la sinceridad del empeño, aprieta el claxon, levanta el brazo en cómplice gesto. De seguro agradecerán tu saludo.

Si encuentras peregrinos de los de verdad, dales cobijo, invítales a un trago, cura sus ampollas..., pero no les preguntes a dónde van. A lo sumo te apuntarán de dónde vienen, de qué huyen... No oses interrogar sobre la dirección de sus verdaderos pasos, la oculta razón de su amable fatiga. En realidad, nadie que se echa al Camino sabe a ciencia cierta a dónde va, por mucho que las marcas amarillas aparezcan ya hasta en los sueños.

La guía "Everest" sólo marca la tumba del apóstol, los refugios y duchas precisos antes de adentrarse en el empedrado de la ciudad santa. ¿A dónde se dirige, pues, ese empeño que no se agota, ese cuerpo que alcanza mucho más de lo esperado? ¿Dónde ha colocado su verdadera meta ese hombre, esa mujer que subordina el colchón ergonómico al duro suelo, las comodidades a la búsqueda, la rutina a la aventura, los sentidos al alma...? ¿A dónde va ese peregrino de nuestros días que tan a menudo vemos desde el cómodo asiento del automóvil, desafiando la intemperie, ascendiendo, embotado en su capa de plástico, el puerto del Perdón o la cuesta de Mañeru? Saluda su bravura, dale la pista de la fuente, del refugio o del cajero automático; arrójale tu sonrisa amiga, pero no le interrogues por su auténtico destino. Acaso tienta a acertar la altura de su horizonte, pero no preguntes por qué agarró mochila, por qué interrumpió monotonías y se despidió de los suyos. Estas respuestas se hallan tras el agotamiento y la nostalgia, tras los pies abrasados y el estómago enfurecido... Hoy por hoy esas claves sólo sorprenden a la vuelta del solitario camino y se comparten en confortable y añorada intimidad.

Hubo quienes se aventuraban en el más crudo invierno por la desierta ruta compostelana. De vez en cuando se veía a esos nórdicos de grandes botas, voluminosa mochila y voluntad de hierro, deambular con asombro y des-piste por nuestro adoquinado barrio de San Pedro. Tras esos pioneros que hicieron crujir el hielo a su paso, días más largos y templados han ido poblando de peregrinos la senda jacobea. Despiertan los campos, los primeros pétalos colorean las orillas y las veredas se llenan ya con el espeso y contagioso silencio de los peregrinos. El Año Compostelano los empu-

ja a la senda del santo con razón añadida.

El Camino está más vivo que nunca. Se han superado los años de languidez provocados, en buena medida, por un integrismo católico primero y un acento social en lo profano después, inevitable pendular entre unos extremos condicionados por el devenir histórico. Hoy la reapertura de la ruta compostelana es botón de muestra del retorno a un equilibrio pendiente, a la vez que señal de un despertar espiritual impreciso, inabarcable. ¿Por qué saltan tantas gentes y de tantos lugares al encuentro del Camino? ¿No será, que tras fiebre y hastío materialista, retorna una nueva época impregnada de un sentido más trascendente de la existencia, ahora ya libre de tutelas y monopolios?

Ni en los días más fríos ha callado la huella de los caminantes de afuera y adentro. Pegada a la mochila, colgando del bastón, encima del gorro, del pecho..., cual consigna universal para ponerse de nuevo a peregrinar, en calles y carreteras, nos sorprende la concha compostelana. ¿Qué buscan los caminantes de la era cibernética, con sus botas de “goretex” y pomadas milagrosas, con sus teléfonos móviles y sus catastros milimétricos?

Por más que hayan cambiado los tiempos, no adolece de valor el peregrino de nuestros días. Ayer éste hacía testamento antes de agarrar el bordón, se exponía a las enfermedades, al asalto, al robo... Hoy acaricia en su bolsillo el plástico protector de la “Visa”, pero no por ello deja de afrontar un serio desafío. No hay gran demérito en el auténtico romero de los albores del tercer milenio, antes y ahora la misma búsqueda más allá de lo aparente y lo tangible, más allá de la rutina y sus servidumbres; la misma constante en la naturaleza del empeño del hombre y la mujer que a lo largo de los siglos han abandonado sus hogares para afrontar una búsqueda tan imperiosa, como indefinible.

El paisaje se ha ido trasformando, homogeneizando con exceso de asfalto y monocultivo, sin embargo se ha diversificado el factor protagonista del Camino: el peregrino. Lo más grande que le ha podido pasar a nuestra ruta sagrada es que se ha universalizado, que los idiomas y credos que avanzan por sus valles y lomas, se multiplicaran, que su magia se contagiara más allá de los estrechos límites de la ortodoxia. Porque el Camino, los caminos no pertenecen a nadie; es de los que lo hollan con fervor y alegría interna, al margen de que lleven crucifijo, “mandala” u “Om” en el pecho suda-

do. Lo más grande que le ha podido suceder al Camino es que su piso se ensanchara y diera paso a gentes de todas las tradiciones y sentires espirituales.

En medio de todo ello se colaron los japoneses de “Yeshika” digital al risre, los turistas con hotel reservado, los gastrónomos santificando sus comilonas, los deportistas de cronómetro y sobredosis vitamínica... Todo ello era inevitable, al igual que la avalancha de “mountain-bikes” que apuraron Roncesvalles-Santiago en diez días, a falta de otros periplos con mejor equipación de refugios para pernoctar. Sin embargo todavía hay espacio para el verdader@ peregrin@, siquiera al borde del Camino, siquiera sin techo a la vera de los albergues abarrotados.

Dicen que para el verano se espera una gran romería, pero entre pelotón y pelotón no faltarán rostros solitarios, sonrientes, saludando a los más duros vientos. El Año Santo Compostelano tiene por un lado el inconveniente de la masificación; no es fácil encontrar grandes respuestas en medio de grandes fastos. Por otro lado está la tentación eclesial de querer atender por nosotros los interrogantes arriba esbozados. La omnipresente institución no debería adelantarse a responder lo que sólo cada quién, en su más escondido foro, habrá de afrontar.

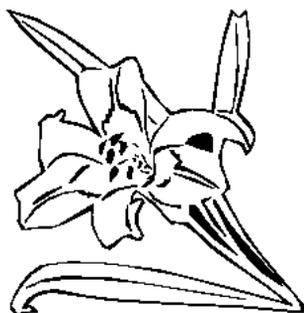
Bienvenido sea el Año Santo si empuja a las gentes al Camino, si anima a empuñar el bordón de peregrino; pero que sepan sus responsables en su momento graduar el estruendo del sermón oficial, para poder dar ocasión al discurso íntimo; que sepan comprender que ya la ruta jacobea no viste color vaticano, sino que pertenece a todos los hijos de un mismo Dios, invocado con los más diferentes nombres.

No sé por quién doblan las campanas en Santiago. Quizá por los jubilados alemanes que se lanzan al Camino posponiendo la partida de cartas; por los que quisieron hacer un alto en el acelerado devenir de sus días para afinar su oído interno, por aquellos a quienes se les revientan las ampollas y no quiebran su contento. Quizá vuelen las campanas por los que no van corriendo para “pillar” litera en el refugio, por los que cavan y cavan a cada paso en su silencio, por quienes afinan hasta el gozo su más secreta melodía.

No sé por quién se agitan las campana compostelanas, quizá por los que compartieron el pan de su zurrón y el agua de su concha, el gozo de su corazón y la plegaria de sus labios. Quizá por los que imaginaron, siquie-

GUÑO AL ALBA

ra un momento, que por las rutas sagradas de nuestro planeta caminaban por fin hermanados hombres y mujeres de todos los credos y religiones adheridos a una sola casta, la humanidad; a un solo lenguaje, el del corazón; a una sola religión, la del poder del amor.



7-V-99

En el día de la Madre Tierra

Soplo sobre tus velas

Querida Madre:

Un año más, tus primaveras nos recuerdan que todo vuelve en entrega, todo retorna en servicio. Danza el trigo a ritmo de tus vientos, despiertan en los troncos los brotes de nuevos brazos, se despereza otra simiente bajo tu suelo mullido... En medio de tanta maravilla, musitan nuestros labios profundo agradecimiento.

Tú renuevas la vida, mientras que los humanos nos empeñamos a veces en sofocarla. Lluven misiles sobre tus cielos. No muy lejos de nosotros, se alza aún el grito de quienes imaginan poseerte, de quienes te plantan bandera y creen enseñorearte. Por ello, en estos tiempos de todavía fuego y estruendo, entre batalla y batalla, queremos ofrendarte.

Soplo sobre tus velas y mi aliento susurra gracias. Soplo por tantos miles de años sosteniéndonos, abrigándonos, cobijándonos... Soplo sobre tus velas de cuantía inmemorable y me uno a tus vientos que mecen árboles y desplazan nubes, que mueven nuestros molinos y fecundan flores, precipitan frutos... Gracias por la vida, por la salud, por el inmenso océano verde que estos días acuna mi valle, por los atardeceres desde la falda de Belastegi que empañan mis ojos.

Gracias por las verduras y ensaladas que adornan las mesas y serenan los estómagos; por el abrigo que nos permitió sonreír al invierno y retozar en la pureza de tu nieve; por el techo que protege nuestros sueños y burla los aguaceros. Gracias porque diste cobijo a nuestros padres, a los padres de nuestros padres, y más allá a quienes no conozco, pero me consta que trataste con igual aprecio y ternura. Gracias por tus colores que encienden nuestra vista y los perfumes que elevan nuestra alma; por tus ríos que se llevan las penas y las montañas que nos hacen sentirnos fuertes e inalterables. Gracias por ese sol a quien has desposado, porque entre ambos nos enseñáis la dualidad en todo lo creado. Gracias por tu luna que ilumina

nuestras noches y que tú guías por los cielos.

Hoy no hablaremos de contaminación y de mermadas capas de ozono, no hurgaremos en tus heridas, ni bucaremos en los mares que ennegrecimos. No mentaremos, madre, nuestros errores pasados y presentes. Que sepas, tan sólo, que ya han nacido los hombres y mujeres que reverenciarán tu nombre, que escucharán con sagrado respeto tu latido y tu llamado. Que sepas que se extiende una nueva conciencia, una civilización más amable que te privará de futuros desafueros. Maduran quienes volverán a celebrar tus lunas, tus cambios de ropaje, tus días de cosecha y ofrenda... Ocuparán ya pronto sus puestos y responsabilidades quienes bañarán tus llagas y frenarán tu expolio.

¡Aguanta, madre, un poco más! Se licencian ya en la escuela de la vida quienes no dispararán sobre tus aves, no maltratarán a tus animales en infiernos que llaman granjas; quienes no abrirán con avidez tus entrañas para hinchar su patrimonio... Invaden ya tu geografía quienes no se matarán por un pedazo de tu manto, quienes saben que eres de todos y de nadie, quienes atenderán tus leyes de armonía y equilibrio, tu máxima de darse sin espera de cambio. Florece ya una nueva humanidad que te privará de disgustos, huracanes, terremotos y otros catarros y sarpullidos.

Soplo sobre tus velas y te aseguro que concluirá la batalla por arañarte lo que no nos corresponde. Acabará el error de haberte humillado, la ilusión de haberte querido gobernar, la pesadilla de haberte querido atrapar. ¡Aguanta un poco más, querida Amalurra, Tonantzin, Pachamama, Gaia, Gea..., o cualquiera de los nombres con que aquí y allí glorificamos tu perpetua compañía! Pasa página, olvida desatinos. Sanarás de la larga enfermedad de haber soportado nuestra depredadora presencia.

Sembraremos y cultivaremos sin química que te enferma, a la medida de todas las bocas del mundo. Echaremos en tus océanos las justas redes, de respetuosos agujeros. Te pediremos metales ya sólo para la paz, no más para carros blindados y mortíferos cañones. Te sorberemos el justo combustible hasta que tus mareas enciendan las futuras bombillas, hasta que enormes molinos de viento muevan los motores del mañana. Prenderán de nuevo danzas y hogueras en tu honor. Retornarán tus anchos bosques, tu fresco manto verde, cantarán alegres y limpios tus ríos. Volverán tus hijos de todos los reinos, las especies que partieron. Brillarán de nuevo los piélagos, nuestro rostros se asomarán a su límpido espejo y tus ballenas ya no se lanzarán sobre las arenas, no serán confun-

didás en su itinerario oceánico...

Atardece en Zubielki. Suave y templada brisa peina tus campos, mientras apuro la carta y desgrano los últimos anhelos. Apago por fin la pantalla, salgo a caminar con silente gratitud, a hollar tus veredas que me ejercitan por fuera y deleitan por dentro. ¡Qué serían nuestros días, no ya sin tus alimentos, no ya sin tu agua y tu templada brisa de primavera; qué serían nuestras tardes sin poderte mirar cuando te recuestas, cuando te acurrucas bajo la protectora mirada de tus insomnes montañas! El sol lanza sus últimas caricias sobre las desnudas peñas de Lokitz, mientras retumba en el valle el eco de una ancestral profecía: “¡Aguanta un poco más, madre, que ya llegan los floridos, los pacíficos guerreros, que ya antes de nacer, al otro ‘lado del velo’ habían acordado defenderte!”

Cierra por un instante tus infinitos ojos y siente nuestro amoroso abrazo.



25 - X- 99

Carta a un niño checheno

Por las bombas que han agujereado vuestros asfalto y vuestras noches, ya habréis podido comprobar que los hombres más poderosos no son siempre los más juiciosos. La fuerza no va necesariamente unida a la rectitud y a la cordura, como delatan las ruinas de vuestro mercado central. Ya en el 94 quebraron vuestros primeros sueños. Valientemente salisteis a este mundo y ellos os recibieron con triste estruendo. Ahora repiten su “hazaña”, mientras que el mundo vacila inmiscuirse en tan “internos asuntos”.

Sí, en verdad es una cuestión muy interna bombardear la población indefensa de Grozni. Sin embargo, el derecho a la paz y a la vida no debiera quedar bloqueado en las fronteras de una nación, por poderosa que ésta fuera. Los derechos humanos son cuestión doméstica cuando su violador atesora cabezas nucleares. Son misterios que gastan los políticos y diplomáticos adultos.

En Moscú han decidido que durmáis bajo tierra, en lúgubres refugios. Yeltsin y Putin aún no saben que las ciudades ya no se bombardean. Eso era antes, cuando aún no se habían encerado las mesas redondas, cuando los hombres aún no creían en la fuerza de su razón, cuando la civilización aún no había desbancado a la barbarie. Eso de bombardear ciudades era antes, cuando el hombre no se sabía amigo de su adversario, cuando desconocía que el agresor sólo mina su propia dicha, su futuro, su propio jardín de potencial felicidad... Eso de la guerra era antes, cuando aún no habíamos descubierto la riqueza de un mundo, de una nación multicultural, multiétnica...; cuando aún no sabíamos que la suma de los colores enriquece la estampa de un prado, de un país, de un planeta...; cuando desconocíamos que homogeneizar es sinónimo de entristecer y apagar. Lo de la guerra era ayer, cuando aún no conjugábamos los irregulares de un inglés que nos une a todos; cuando aún no navegábamos por Internet, burlando con el ratón las fronteras que aún separan a las gentes...

Pero los del Kremlin se atascaron en la historia, ignorando que el destino

del hombre es crecer y que evolucionamos con y merced a nuestros vecinos, no a costa de ellos. Utilizan las palabras “terrorismo islamista” cual conjuro que justifica misiles poco “inteligentes”, bombardeos poco “quirúrgicos”. Redundan en ese maleficio que les disculpa de su deber, no de atinar puntería, sino de silenciar definitivamente las baterías, de explorar otras vías para resolver este y otros dilatados conflictos nacionales. Los políticos y militares de Rusia se entumecieron en el pasado, aferrados a la inercia de los métodos de siempre, al caduco modelo de confrontación. Siguen creyendo en la razón de la fuerza; permanecen aún bajo el fatal hechizo de cornetas y clarines guerreros que tanto ha bloqueado el progreso humano. Su ignorancia mezcla niños con “terroristas” y os empuja ahora a correr bajo tierra, os obliga a dormir sobre cartones y a dejar el peluche tiritando de miedo allá arriba entre estallidos.

Las ciudades no se bombardean. Se ajardinan, se embellecen, se llenan de monumentos, hospitales y escuelas, pero no se siembran de dolor y sangre al antojo del general de turno. Las ciudades se asfaltan, se decoran, se abrillantan, pero no se disparan misiles sobre ellas, menos aún cuando vuestros balones ruedan por las plazas o cuando se vende pan y verdura en los mercados. En el Kremlin no saben que las ciudades no se castigan, menos aún cuando sus habitantes no han abandonado sus calles y edificios. Dicen que persiguen terroristas y ellos escriben “terror” con las más estiradas mayúsculas. Las recientes y salvajes bombas en los barrios de la capital rusa les ha servido en bandeja una excusa para difuminar con el carbonillo de frescas “victorias” la derrota del 96. Los uniformados rusos irrumpen de nuevo en el guión de vuestro destino, en vez de permanecer sentados, jugando al ajedrez al calor de la estufa en los cuarteles de Moscú.

Esas bombas ya no os pertenecen. Burlaron, por algún oculto pasadizo del Cáucaso, el peaje de la historia contemporánea. Esos misiles son del ayer nunca jamás, pero un mandatario con aliento de wodka y equilibrio bajo sospecha, se empeña en dispararlos desde helicópteros y lanzaderas. Ese presidente de torpe pulso y rancia estampa no tiene para pagar las pensiones, para dignificar la vida de sus ciudadanos, pero no le faltan rublos para alentar una contienda tan feroz como absurda. A su vera, Vladimir Putin dicen que se ha promocionado con la guerra, que su popularidad se debe a su dureza. Sin embargo en cuestiones militares, muy a menudo, firmeza

linda con fiereza. El primer ministro ruso conocerá, más pronto que tarde, el vértigo de su acelerada y sangrante carrera.

No les guardéis rencor. La Europa del tercer milenio no deberá consentir más matarifes regentando la segunda nación más poderosa del mundo. Son las últimas noches en vela, los últimos misiles despistados, los últimos presidentes despiadados. Mañana no rodarán por vuestras estepas y montañas nevadas esos enormes tanques atiborrados de amenazadores soldados. Ya no otearéis el cielo con inquietud, no os apurará levantar la cabeza, porque en esa tierra helada, en la que aún los más grandes truhanes gastan honores y galones, florecerá la paz y la libertad. Miraréis a la Meca, a Moscú, o a donde os de la gana..., sin que nadie ose planificar vuestros más íntimos sentimientos.

Desde el otro lado del continente, donde los otoños destapan, a lo sumo, una sana melancolía, donde el ocre resucitó ya del negro y la ceniza que os invade, os deseamos que durmáis profundo, que el fuego no irrumpa en vuestras noches, que cuando amanezca el cielo esté despejado de nubes, misiles y malos augurios.

En un futuro no lejano vuestros maestros incluirán en la etapa del pleistoceno aquella absurda era de ejércitos asfixiando ciudades y de columnas de refugiados rumbo a alguna geografía más sosegada. Pronto, ya nadie tendrá derecho a apearnos de vuestro colchón, a inquietar a vuestra madre, a sacaros en pijama al frío asfalto. Os aseguramos que serán las últimas sirenas y estallidos. Pronto dormiréis en paz, gozaréis de vuestra merecida cuota de felices sueños. ¡Prometido!



6-XI- 99

*Saludando nueva centuria y milenio***Soñando milenio**

Caen sobre nuestros tejados las últimas nieves del milenio. Llegan presurosas a sabiendas de tanto por albear y purificar a las puertas de una nueva y larga etapa. Al blanco tras la ventana acompaña cierta calma que anima a la retrospectiva y la exploración. Toca a balance y a la vez a diseño, pues la frontera del milenio no debería pasar desapercibida. Quizá esta divisoria milenaria, esta línea entre el pasado irrecuperable y el futuro por determinar, sea el último muro que merezca la pena conservar. Quizá sea esta la única demarcación que procede respetar en medio de los furiosos vientos regeneradores que azotan nuestros días.

Cada quien puede eludir las responsabilidades de una historia que tan a menudo pretendemos ajena, echar sobre la espalda de otros aciertos y errores del ayer. Sin embargo, en un mundo globalizado y absolutamente interdependiente, nadie podrá sortear su papel en el mañana, su cuota de compromiso en la construcción de un tercer milenio más justo y solidario. El mañana es empresa común y nadie se libra en el reparto de cometidos. Ya no hay barreras físicas que nos sirvan la excusa del “problema lejano”. Nuestra responsabilidad se ve acentuada por nuestras crecientes posibilidades de actuación. Las nuevas tecnologías han ampliado nuestro mundo, a la vez que nuestro deber de dignificar el de todos los habitantes de este planeta.

El progreso técnico y el emerger de una nueva conciencia empujan al tercer milenio a deslizarse sobre la pista de la esperanza. Se prodigan los que afirman que en el ya cercano primero de Enero no comienza el dos mil, que el calendario gregoriano es sólo la pauta del tiempo por la que se guía un sector reducido de la población mundial... Pero quienes se empeñan una y otra vez en difuminar la trascendencia de los próximos días, no se percatan de la urgencia que albergamos de comenzar una etapa diferente, del anhelo extendido de un borrón y cuenta nueva. Necesitamos señalar con firme trazo en nuestros calendarios un antes y un después. Sobre el antes no abundaremos, su familiaridad nos ahorra el esfuerzo de describirlo. El des-

pués se empieza a construir sobre un paradigma diferente basado en el compartir tanto los bienes materiales como la cultura, las ideas, las visiones, los sueños... Son muchas las gentes que en los cinco continentes, en medio de su vida diaria, esbozan ya una civilización escrita en clave de cooperación y no de competencia, de integración y no de separatividad, de armonía y mutua comprensión y no de violencia.

En el tercer milenio seguiremos derribando muros. A los diez años de que los alemanes tiraran el de Berlín, quedan aún muchos por tumbar. El muro de los que nos sentamos cada día tres veces a la mesa y de los que claman al cielo un mendrugo de pan; el de los que se atiborran de pastillas y el de los que han de callar su grave enfermedad. Permanece también el que separa las casas con electrodomésticos de mando a distancia y las chabolas de planchas de hojalata; el de los que navegan a sus anchas por océanos cibernéticos y el de los que jamás acariciaron un teclado; el de los que día a día amplían su universo de conocimientos y el de los que tropiezan con la tabla de multiplicar...

En el tercer milenio no podremos permitir más Kosovos, Bosnias, Timores... abriendo nuestros noticiarios. Los tiranos serán amarrados antes, no después de su zarpazo. Rusia deberá saber que sus bombardeos de Grozni y otras ciudades chechenas no son asunto interno, sino un crimen contra la humanidad y que cada una de sus bombas explota en medio de nuestros corazones. Nadie abandonará su hogar, si no es por propia voluntad. No partirán carros, ni tractores, ni coches atestados de colchones y enseres rumbo a ninguna parte. La falta de trabajo, paz o libertad dejarán de ser motivo para comprar un obligado billete, o emprender un duro itinerario en vehículo o a pie.

En el tercer milenio comenzará el retorno a la tierra. Nuestros pies reclamarán pisar más allá del asfalto, nuestros oídos sentirán esa nostalgia irrefrenable de silencio, nuestros pulmones urgirán inundarse de una brisa pura. La química no envenenará nuestros campos, ni enturbiará nuestro agua, ni polucionará nuestro aire. El viento, el sol, las olas... nos regalarán la suficiente energía para encender nuestras bombillas y para que no callen nuestras industrias. La ecología dejará de ser empeño de unos pocos para convertirse en condición de la mayoría.

Los hospitales reducidos en tamaño, se levantarán en medio de jardines y

fuentes; simularán balnearios y no más enormes cajas de cemento armado. Los edificios inteligentes, que de tan listos ni siquiera tienen ventanas, darán paso a pequeñas viviendas, más saludables, construidas con materiales nobles.

Las autopistas de la información y de asfalto, las antenas parabólicas y los vuelos transoceánicos van derribando las fronteras culturales. Las políticas irán poco a poco cayendo una tras otra. Los nacionalistas de a cal y canto no podrán, a la postre, sostener unas barreras que sólo pervivirán en sus nostálgicas mentes. Los estados se esfumarán en los siglos venideros, al igual que se derrumbaron los imperios en el XIX y el XX. Los organismos supranacionales irán adquiriendo de día en día más poderío en todos los ámbitos.

El comercio hace tiempo que se mofó de las fronteras, pero sin embargo sigue siendo el más empecinado perpetuador de la injusticia. Los productos manufacturados no seguirán trocándose por sobredosis de sudor y mano de obra infravalorada... Las fábricas dejarán para las máquinas robotizadas las labores en cadena y todos los obreros encontrarán su debido margen de creatividad en su rincón de trabajo. En un mundo en el que hay tanto por hacer no habrá parados. Mermará el horario laboral en beneficio de un ocio menos alienante y más cultivador de las relaciones humanas, el cuerpo y el alma.

Se desplomarán las viejas instituciones jerarquizadas. La idea de red saldrá de los cables, para convertirse en modelo de vínculos humanos. La mujer alcanzará su merecida igualdad de oportunidades. Recobrará su dulzura y encanto sin par, abandonando esa dureza, esa masculinidad que debió ejercer en su emancipador empeño. El destino más frecuentado de Internet dejará de ser las chicas de Penthouse. Más allá del deleite de voraces ojos, la Red de redes será el sistema nervioso de una humanidad más fraterna. Sus hilos unirán cada vez a más gentes, aumentará la rapidez y la capacidad en el envío de los archivos. Internet saldrá del ordenador y se pondrá a nuestro alcance en todas partes, en medio de otros aparatos y electrodomésticos.

Limitaremos el territorio de lo negro. El arte abandonará su artificialidad, su falta de gusto y agresividad postmoderna y volverá a beber en la imágenes, formas y sonidos de la naturaleza. La fantasía dejará de ser una dependiente burbuja creada por destructoras drogas de mejor o peor diseño,

para comenzar a encarnar en la realidad, incluso en los barrios más sórdidos. El siglo XXI será espiritual o no será, como bien sentenciara el filósofo francés. El ser humano dejará de rebajarse al grado de mera materia, llamará a las puertas de otras dimensiones más luminosas de la existencia, pero su religiosidad perderá nombres y apellidos. No habrá “chinitos” a los que convertir, sino otros caminos y tradiciones espirituales de los que también aprender. Abandonaremos la idea de ser los únicos seres vivientes en medio de un cosmos, cuya inmensa cartografía asombra día a día a unos astrónomos dotados de ojos más potentes...

No anoto, en definitiva, profecías que ponen listón más allá de nuestras facultades. No frecuento astrólogos que meten las estrellas en el saco del negocio, ni vengo del encuentro visionario con una seductora pitonisa. No leo quimeras en bolas transparentes, ni artificios en posos de café... Pinto un esbozo más del tercer milenio que nos aguarda a nada que nos empeñemos, a nada que superemos la inercia y enajenación que mantiene el actual estado de cosas. Apunto el borrador del mundo que la ciencia y la técnica nos están sirviendo en bandeja y que las nuevas tendencias sociales están ya ensayando.

En realidad, basta tirar de un sueño para que el resto se agolpe uno tras otro. Lo importante es que cada quien desenvuelva su propia madeja de utopías, pues más allá todas se irán encontrando. Serán aquellas que clausurarán comisarías, cárceles, cuarteles... y harán saltar todos los cerrojos físicos y mentales, pero esas las dejamos para otro impulso milenario. Por ahora ya tenemos tarea. Porque el tercer milenio no nos regalará nada, pero permitirá que sobre su solar, aún virgen, construyamos con esfuerzo, tenacidad e ilusión, la civilización tantas veces anhelada, el planeta hermanado inundado de color y felicidad que nos susurraron los soñadores de todos los tiempos y geografías.



2-I-00

*Despidiendo centuria***Las lecciones del siglo**

Nos habíamos hecho a sus familiares paredes más de cartón que de piedra, como hemos visto cuando se ha desmoronado con el embate de doce simples campanadas. No es fácil ubicarse fuera de las acostumbradas fronteras del siglo XX. Llegamos a pensar que nuestra vida estaba consignada a este exclusivo territorio, que se veía abocada a actuar en su convulso escenario. Pero los telones también se alzan a su hora en esta interminable puesta en escena que es la historia colectiva.

Sabíamos que un nuevo tiempo se nos echaba encima, pero su llegada no ha dejado de sorprendernos. En realidad hemos descubierto de repente que no pertenecíamos sólo al siglo XX. ¿Quién sabe si en verdad no estuvimos familiarizados con otros siglos más, si nuestra tosca memoria no se ve nublada cada vez que explotamos en el primer sollozo? ¿Quién averigua si ese lagrimeo nostálgico tras el útero no vela películas de otros tiempos? Lo que sí nos consta es que ya somos ciudadanos del XXI, un siglo desbordante de posibilidades a nada que anotemos las lecciones del pasado, que pongamos en práctica sus sugerencias en este arranque en el que ahora nos encontramos.

Abundaron las posibilidades de aprender en ese agitado capítulo que venimos de enterrar con toda suerte de fastos. El pasado siglo ha estado colmado de intensas lecciones, acompañadas o no de su cuota de dolor. Pero, ¿cuáles han sido, en realidad, las grandes enseñanzas que nos regaló la etapa que ya ha expirado?

Al igual que en tiempos pretéritos las lecciones mejor memorizadas vinieron grabadas con el buril del dolor. Las dos guerras mundiales nos enseñaron que las bombas no se gastan en balde. Sangre y cenizas amasaron elevados proyectos de civilización que primero llevaron el nombre de “Sociedad de las Naciones” y después de “Naciones Unidas”. Los más agudos sufrimientos incubaron las más finas enseñanzas: el hombre empezó

por fin a comprender el futuro en clave de cooperación y no de enfrentamiento.

Cayeron imperios coloniales que ya nunca más alzarían la cabeza. Nos mostraron que la unidad de los pueblos sólo se puede construir de igual a igual y nunca sobre la base de una relación de hegemonía. Nos revelaron también que las fronteras son accidentes de la historia. Si por imperativos de su guión es preciso trazarlas, hay que prescindir del tiralíneas. África pasa aún la cuenta de ese desafortunado reparto de influencias.

El comunismo vino en olor de multitudes, reinó y se marchó, dándonos a entender que el compartir es uno de los más hermosos frutos del alma, pero de ninguna forma decreto gubernativo. Sus fracasados ensayos nos han recordado que incluso las más hermosas ideas pueden ser pasto de la ignominia.

El nazismo dio sobrada prueba de que las razas “superiores” pueden oficiar también como las más bárbaras, cuando son empujadas por el orgullo y la inteligente verborrea de un “iluminado”. Sus cámaras de gas nos mostraron cómo siglos de civilización se pueden ahogar en unos instantes. Los fascismos nos vacunaron contra futuras intolerancias, nos pusieron a todos de acuerdo en un “nunca jamás”.

Más en casa, la guerra civil nos brindó cercanos ejemplos de entrega y heroísmo en favor de las vitales causas de la justicia social y la democracia. La noche franquista nos proporcionó primero entrenamiento en el acecho y la abnegación y en su ocaso excelente ensayo de perdón y reconciliación.

La libertad tomó plazas, avenidas, medios de comunicación, escuelas y hogares, si bien es verdad que se acomodó con resignación al menguado espacio de las urnas. La codiciada dama se dejó lisonjear en las barricadas, o acariciar con arrebato en los asaltos a los Palacios de Invierno, mas aprendimos que su verdadera conquista no se registra sino en los íntimos boletines de quien logra desprenderse de todo género de apegos.

Las guerras nacionalistas de las postrimerías de este siglo nos han enseñado que la identidad de un pueblo se reafirma día a día en sus más variadas y a veces subversivas formas de expresión, pero nunca se ha de trocar por una sola gota de sangre.

La luna nos inició en la senda de exploración del infinito, sin embargo el hambre en el llamado “Tercer Mundo” nos recuerda que aún no ha llegado

la hora de lanzar más cohetes hacia su globo plateado. Antes de colonizar el espacio es preciso colonizar con alimentos, sanidad y educación todas nuestras geografías.

El SIDA nos evidenció que la naturaleza tiene sus reglas, que, a veces, ni la goma del profiláctico puede amortiguar las consecuencias de la transgresión. Nos sugirió que el placer es preciso vestirlo con el guante indispensable del amor. El estrago de la droga en la juventud nos reafirmó que las fantasías no se inflan con jeringuilla, sino que se levantan a pulso, desde el, a menudo pedregoso, cimiento de la realidad.

La ciencia y la técnica desvelaron infinidad de misterios, pero siguieron tropezando con otros tantos. Ensacharon nuestro mundo, posibilidades y confort, a la vez que un peligroso orgullo. Nos sugirieron algo de nuestro enorme poderío, mas no nos evitaron el debido respeto a una naturaleza de pronto enfurecida. Los modernos medios de transporte y locomoción nos mostraron un planeta más pequeño de lo que pensábamos. Internet colocó los últimos ladrillos de la aldea global. Nos avisó de que cualquier ser humano se encontraba a vuelta de pantalla, con marear un poco el ratón. La Red que envuelve al mundo, asedia también el fantasma de la ignorancia y la marginación.

Los fundamentalismos religiosos nos revelaron el daño que pueden causar los dioses fabricados a la medida de nuestra imagen y necesidades, mientras que el Verdadero, El que no atiende a ningún nombre, redobla Su Presencia en el preciso punto del reencuentro de los credos.

Chernóbyl nos avisó del riesgo letal de una energía de la que estamos en condiciones de prescindir. Hiroshima y Nagasaki nos enseñaron a nunca más jugar con fuego nuclear. La expansión demográfica nos abocó a la enseñanza, aún pendiente, de distribuir equitativamente los recursos de todos.

Con la igualdad de derechos, la mujer pudo arriar su digno puño airado. La revolución del “otro sexo” puso en la mesa de al lado una compañera de trabajo. La explosión ecologista nos recordó que el desarrollo sólo es digno de su nombre cuando no depreda, ni contamina. El asfalto ensanchó su asfixiante manto. Sobre su paisaje frío y uniforme decidimos frenar la invasión omnipresente del coche.

Las ONG’s rediseñan urgentes utopías. En un mundo aún fragmentado por

las ideologías, estas prolíferas organizaciones reclaman ilusión como único carnet de afiliación. Nos han enseñado a superar la barrera de los “ismos”, a crear espacios abiertos en los que cada cual, en su ámbito escogido, puede trabajar hombro con hombro por un mundo mejor.

Luces y sombras sentaron cátedra por doquier, como si el veinte hubiera condensado las asignaturas pendientes de centurias anteriores. A la vista de tanta enseñanza, parece lógico alejarnos de nuestra casa común del siglo consumido con sentida gratitud. Que cada quien saque la cuenta de los aprendizajes propios. En el pliegue de sus ajetreadas décadas cada cual encontrará sus intransferibles lecciones. Estrenados ya en el inquietante año de los tres ceros, llenemos de esperanza sus radiantes esferas.



16- III- 00

Descifrada la secuencia del genoma humano

Mapa corporis

Los rastreadores de inmaculada bata afinan su mirada, las potentes computadoras sudan silicio, multiplican al infinito sus operaciones, los investigadores, atrapados en las hélices del ADN, se hallan en el sprint de una búsqueda apasionante. Científicos a las órdenes de empresas y gobiernos compiten por encontrar cuanto antes el mapa completo del ser humano. La ciencia va arañando los secretos de la vida, penetrando un tanto frívola en los, hasta ahora, insondables misterios de la creación. Se busca denodadamente nuestra íntima cartografía, el genoma humano, en lo que se ha venido a calificar como “uno de los más relevantes proyectos científicos de todos los tiempos”. Afirman los especialistas que cada quien albergamos la numerosa familia de 100.000 genes. Descifrarlos es el objetivo de un esfuerzo coordinado de la historia de la biología sin precedentes.

Nos revelan los científicos que los genes contienen las instrucciones para construir una persona a partir del óvulo fecundado y determinan muchas de sus características, desde el color de los ojos o la piel hasta la propensión a las principales enfermedades.

Se frotan ya sobreinteresadas manos: descifrar este enigma aportará innovaciones muy sustanciales a la prevención de las enfermedades y a su diagnóstico, amén de ayudar a encontrar nuevos fármacos y terapias más eficaces. Los médicos también podrán prescribir tratamientos individualizados para cada paciente.

En esta carrera por sonsacarle información a ese ácido tan complejo como impronunciable, en esta loca búsqueda científica con tanto provecho en materia de salud, sería más halagüeño que la iniciativa pública ganara y diera antes con el tesoro donde se ocultan buena parte de nuestros misterios. Sin embargo, más allá de la competencia de intereses, el tema plantea otras cuestiones no menos trascendentales. Llegados a este punto casi culminante del rastreo, quizá sea el momento también de interrogarnos sobre la naturaleza y el origen de lo que tan ansiadamente perseguimos.

¿Fueron los vientos del azar los que con sus desordenadas intenciones alumbraron el acosado enigma, que ya se cotiza en bolsa antes de su hallazgo final? El azar apenas puede mover una brisa antes de su instante preciso, sacar una semilla fuera de su terreno asignado, apenas alcanza la fuerza para mover unos milímetros el rumbo de nuestras vidas...¿No habremos sobrevalorado a la casualidad, no le habremos atribuido un exceso de méritos y colgado más protagonismo del debido?

Difícilmente el azar enterró el tesoro de los tesoros, empujó arenas sobre un mapa humano que tampoco se entretuvo en dibujar. En vísperas del revolucionario hallazgo de nuestro genoma, una obviedad se nos presenta incluso a los más legos en la materia. ¿Cómo podría el capricho ordenar las secuencias genéticas que eminentes científicos, con los ordenadores más potentes y el respaldo económico de grandes gobiernos y corporaciones aún no han logrado descifrar?

A la vista de secretos tan finamente programados e hilados, quizá fuera ya tiempo de que la ciencia insinuara la existencia de una suprema Mente que diseñó y armonizó todo este complejo tinglado de la vida humana. En medio de este acelerado rastreo no nos vendría mal un receso con inyección de humildad incluida. Entre una y otra fría fórmula, la ciencia podría contemplar la posibilidad de una Voluntad diseñadora original, barajar la hipótesis de la hazaña inconmensurable de un primer Programador, capaz no sólo de ensamblar las secuencias de nuestro ADN, sino también de proyectar los otros reinos de la vida, los mundos, los universos de tres, cuatro y quién sabe cuántas dimensiones...

El descubrimiento del genoma humano sería una buena ocasión para acercar cielo y tierra, para concertar por fin esponsales entre el saber y la espiritualidad. En este anhelado matrimonio las empresas privadas no deberían apadrinar al primero, ni las religiones fundamentalistas a la segunda. Sólo científic@s templad@s en el servicio a la humanidad y mag@s entregad@s a un Dios sin nombre deberían amparar estas nupcias una y otra vez retrasadas.

“Como es arriba es abajo” proclama la sentencia hermética. Los futuros superordenadores que las grandes empresas del ramo están ya acariciando para poder progresar en las exploraciones científicas, no es difícil imaginarlos, aún mucho más sofisticados, en manos de huestes divinas, contro-

lados por los ángeles, elohims o creadores de las formas. El mapa humano sería fruto de su obsesivo diseño, eterno cliquear de esas voluntades altruistas fuera del interés y del tiempo que ahora nos atrapa.

Nos hallamos en vísperas de alcanzar un respetable conocimiento de los elementos esenciales del funcionamiento del cuerpo humano, en la carrera ya final de descifrar el mapa de un genoma previamente concebido y cifrado. Estamos en nuestro derecho de seguir ignorando el Alfa de lo creado, seguir creyendo la hermosa leyenda del barro y la costilla ideada para las veladas medievales..., pero también podemos empezar a creer que una ciencia avanzadísima y generosa estuvo en el origen de lo que somos y nos rodea. Podemos empezar a pensar que la sublime obra creadora de nuestro mundo pudo estar encomendada a seres elevados, con medios que, hoy por hoy, no podemos ni siquiera imaginar.

La renderización o generación digital de los personajes de la película “Toy story 2” precisó de 120 máquinas con 1680 procesadores. De haber acometido esa labor un solo y potentísimo procesador habría necesitado 220 años. ¿Quién dice que cada flor, cada pájaro, cada órgano humano... no fue una y millones de veces medido, dibujado, coloreado en sus partes, diseñado en su totalidad, evaluado en su versatilidad y posibilidades, animado y desanimado, renderizado hasta la saciedad... por artífices de paciencia sin límite? ¿Quién dice que detrás de cada maravilla de la naturaleza no hay infinitas horas de nobles seres al mando de gigantescos Pentiums? Los siete días del Génesis bíblico quizá fueron una eternidad en siete fases hasta completar las innumerables familias de los diferentes reinos mineral, vegetal y animal; hasta poder disfrutar hoy de la magna creación que nos fascina y asiste.

Completado el mapa corporis, restaba el descenso del anima, pero la inyección del soplo de vida escapa a nuestra aventurada imaginación. Es un sortilegio que desborda a los bits más inquietos, a los ordenadores más perfeccionados, a las mentes más despabiladas. Es una magia que ya no tiene mapas, ni señales, ni senderos... y, culminada la obra, el Gran Prestigitador se esfumó silente tras sus, aún, opacas bambalinas. Una cosa es descifrar el mapa humano, clonar los cuerpos o construirlos en el más ambicioso de los casos y otra, bien diferente, es ponerlos a caminar, tocados de espíritu, henchidos de vida, embriagados de gozo, por la faz de esta bendita tierra.

5-V-00

*Sobre la denigración del lenguaje***El rapto del verbo**

Quien con un e-mail te dice en inglés que te ama, puede devorar en un segundo todos tus trabajos encerrados en el disco duro y dejar inoperativa tu maravillosa máquina. Quien no alcanza a comprender el sentido elevado de la hermandad, puede apropiarse de la palabra, jugar con ella a crear un programa televisivo, “Gran hermano”, y degradarla al extremo. La seductora chica que te invita en la pantalla a encarnar tus “sueños”, en realidad los aprisiona en el reducido espacio acolchado de un flamante coche. La semántica del verbo es su alma. Si nos privan de ésta se llevan todo. Políticos que se manifiestan como heraldos de la “paz” y la “unidad” enganchan, en verdad, a sus letras pura dinamita.

A fuerza de indebido uso se van desgastando, perdiendo brío. Corren el riesgo de quedar inservibles, aparcadas, atascadas en medio de la garganta... Las palabras están al alcance de todos y ahí radica su grandeza, su peligro. Uno de los más serios riesgos que corren nuestros días es este vaciado del léxico. ¿Dónde da cuentas ese verbo que corre a la grupa de “bits” descontrolados, que esparcen ondas desbocadas? ¿Dónde están las palabras, las verdaderas, las cargadas de sonoridad y noble eco? ¿Dónde se las han llevado? ¿Qué ha hecho con ellas nuestra civilización del usar y tirar?

La publicidad es una de las mayores responsables en el recurrido ejercicio del secuestro de palabras. Su enorme y ambiciosa cueva está llena de preciosos términos. Se apropió de “felicidad”, “ilusión”, “placer”, “sueños”... y nos pidieron un alto rescate por ellos. El “marketing” puso firmes a las palabras y las obligó a trabajar para la ambición del tener, olvidando que habían nacido para servir al anhelo de “ser”.

Sin embargo, la batalla aún no está perdida. No podemos volver hacia atrás, nos corresponde rehabilitar el verbo, batirnos pacíficamente por él. Cada quien podemos reinsuflar de sentido las palabras, recogerlas del suelo, darles aliento, lanzarlas de nuevo a los cuatro vientos. Cada quien pode-

mos rescatar el lenguaje. No hablamos del vehículo, de la funda.... No hablamos de hache, arriba, abajo... No nos interesa el acento aquí o allá; no nos lamentaremos siquiera por su futura ausencia. No nos referimos a lo pasajero que las viste, sino a su contenido original, a su médula que perdura.

El mundo de la comunicación vierte toneladas de palabras a cada instante. Su poder es cada día mayor y sin embargo el control de la calidad se torna imposible. De ahí el compromiso de cada quien por ellas; de ahí la responsabilidad de cada uno de rehabilitarlas en su entorno, de restituir su verdadero valor. Los que maquinan y se enredan peligrosamente con ellas por amor de lucro propio, tendrán algún día que emigrar de nuestro léxico e inventarse otras nuevas.

Ayer, cuando apenas había papeles, y los notarios se encontraban muy lejos y valían aun más caros, nuestros antepasados se regían por la palabra. Ésta, en sincronidad perfecta con la mirada, cerraba pactos de hierro. “Hitza eman” (dar palabra) corresponde a los tiempos del verbo sagrado. Adquiría entonces su verdadero tamaño y valor. No se arrojaba la palabra en balde. Cada quien comprometía en ella su dignidad, que valía más que toneladas de papeles con bellas rúbricas.

Hoy aún podemos volver al “hitza eman”. Estamos a tiempo de salvar la palabra del embate moderno, del asalto de los “spots”, de las falsas arengas, de los programas basura, del premeditado intento de enriquecerse con ellas. Estamos aún en condiciones de reciclar el lenguaje, aunque esa tarea implique en realidad el arduo desafío de rehacer la vida.

Desenterremos una a una las palabras, saquémosles brillo, librémosles de su peso de turbadora ficción y risueño camelo. Recobremos la confianza en ellas. La palabra ensanchó nuestro mundo. A sus espaldas cargó grandes enseñanzas. Ya en los caminos nos acercó al extranjero. En el día a día nos acercan la posibilidad de enredarnos en ésta y otras reflexiones.

Desterremos el verbo y su promesa de un mundo mejor. A su vera continuaremos reuniéndonos, amado lector. Mantengamos la cita al calor de las palabras enteras, redondas, sin pliegues, ni virus, que nos permitirán seguir sintiéndonos uno con esa Vida en mayúsculas, uno con tu presencia no menos enorme.

17- VII- 00

*Invitación a viajar***A una mochila pegado**

De repente no eres un teléfono móvil, ni un cómodo coche que avanza potente por las carreteras de dorados trigos, ni un “Super-pentium” de tropecientos megaercios conquistando universos virtuales... De repente falta el sofá, el telediario del “Lorenzo” a las 10 de la noche, las zapatillas a mano y el zumo de melocotón en la nevera... La realidad se ensancha y resulta ser más grande que el minúsculo espacio donde paseas, trabajas, celebras, gozas...

De repente eres un individuo que camina sólo por el mundo desarmado de aparatos, ornamentaría, seguridades, compañía... Eres poco más que un hombre a una mochila pegado, un gran saco a la espalda en el que apenas metes un par de mudas, algunos papeles, chubasquero y cuatro avellanas; saco pegado a otro saco en realidad, porque tú eres también enorme bolsa deseosa de llenarse de paisajes, gentes, aventuras, conocimientos...

Conviene coger la mochila, buscar un avión que vuele bien alto y saltar a otra lejana geografía, añorar la paz de tu rincón, la bocina que te acerca pan caliente, periódico y “buenos días”, el valle familiar que se va durmiendo a tu paso en ese atardecer colmado de trinos... Está bien pasear otros valles, saludar otras montañas, buscar el silente susurro de otros majestuosos interlocutores...

Está bien echar mano a la cintura para palpar por inercia el móvil y recordarte totalmente incomunicado; sacar el plástico milagroso de la Visa y que el cajero te responda en inglés que no te suelta un dólar; llegar a un lugar donde a nadie conoces, donde nadie te aguarda, pero echarle ganas, desplegar cordialidad y conquistar un pequeño hueco en nuevos corazones...

Es preciso tener que sacar el dedo al borde del asfalto para que nunca jamás se nos ocurra ignorar a un autoestopista por mucho metal que cuelgue de su nariz, labios, orejas... Es oportuno sentir el clamor desesperado del estómago, mascar el vacío y la carencia de alimento de millones de humanos para anotar a la vuelta los veinte dígitos de la ONG más eficiente de tu pueblo.

Conviene adentrarse por mundos extraños, familiarizarse con existencias

más difíciles, para que la experiencia desacartone sentimientos, para que al volver hagamos de nuestro entorno un lugar más de todos. Conviene, siquiera temporalmente, correr la misma suerte que los sin techo, sin tierra, sin móvil, sin “Pentium” y luchar a la vuelta por construir el “otro mundo posible”.

No está de más achicharrarnos en los caminos para así poder agradecer después sentidamente la brisa fresca del hayedo de Urbasa, o aquella que peina las olas en Hendaia; clavar tus huesos derrotados en la dura y estrecha esterilla, para poder valorar el retorno al mullido descanso de tu amplio futón. Está bien no escuchar las noticias en un mes y constatar que el mundo no se aviene precisamente al gris diseño y a la diminuta perspectiva de los telediaris; asomarnos desde lejana cima a la vastedad del globo para que nuestros azares y cuitas domésticas se ajusten a una más exacta proporción.

Está bien ponerte a gesticular ante el viandante, empujado por cualquier apremio, para que al volver desempolves por fin los vídeos que te prometían inglés fluido en unos meses; faltar a las fiestas patronales, oír de lejos el eco de su algarada para que nuestro oído se haga a otros ritmos, a otros bailes, a otros fandangos.

Está bien escribir este y otros artículos sin ordenador, llenar un zarandeado cuaderno de flechas, números y tachones, para después pulsar gozoso el suave teclado... Está bien volver a agitar el “tipex” y, entre uno y otro borrón en blanco, reconciliarte un poco con el “Gates” y su contestado “Word”.

Viajar es siempre cultivo de imprescindibles desapegos. El viaje nos vuelve a encontrar con nuestra dimensión más plural, más abierta, más solidaria. El viaje es el mejor ejercicio frente a las limitaciones y temores internos, frente a los sentimientos más desatinados de chauvinismo o xenofobia. El viaje es excusa para ampliar nuestra cultura y valorar nuestra propia diferencia, sin necesidad de enquistarnos en ella.

Al fin y al cabo quizá no seamos de ese mundo al que nos empeñamos en habituarnos y clavarnos. Está bien echar raíces lo suficiente fuertes y sólidas para saber ubicarnos, entender y sentir el lugar para poder crecer y desarrollarnos en su más amplia y generosa expresión. Está bien enraizarnos en una comunidad con la que involucrarse en el servicio. Sin embargo habremos de cuidarnos de que las raíces no sean profundas en exceso. No

G U I Ñ O A L A L B A

conviene que pasen todos los aviones por encima nuestro y no cojamos ninguno. Volemos y retornemos a casa con la piel más curtida y el alma más ensanchada..

4-VIII- 00

Gozo y riesgo de la montaña

Cumbres misteriosas

Llevamos siglos retando a la montaña. Nunca lo habíamos hecho con tanta ventaja y sin embargo en sus cumbres más poderosas, aún se muestra esquiva, a veces impenetrable. No ha variado sustancialmente el reto a lo largo de la historia.

Eterna amistad y sana provocación, la montaña lleva tiempo desafiándonos a sabiendas de su asegurada victoria. ¿Qué albergará que nos atrae con una fuerza irrefrenable? ¿Qué esconderá que ni los caídos en sus faldas nos permiten olvidarla? Falla el hierro, se pierde un hermano, un amigo ó un gran montañero... y nuestros pasos vuelven sobre ella, pues no es fácil vivir eludiendo su desafío.

Colmados de asfalto, su señuelo se tornó insobornable, su abrazo insustituible. ¿Dónde está la fuerza de su llamada? ¿En los valles rendidos a los pies? ¿En la pureza de sus más elevadas nieves? ¿En la familiaridad con los dioses? ¿En el más allá del esfuerzo permitido? Las respuestas enmudecen ante tanto enigma. Las palabras callan ante tan sobrada magia.

La montaña no es deporte por más que los periódicos la planten al final de las competiciones, como si de una goleada más se tratara. Su magna portería no admite goles, ni adversarios, tanto sólo flores, tan sólo cantos. La montaña es firmeza y dulzura, sosiego y sabiduría. Ascende el explorador de sí mismo impelido por un anhelo más íntimo al que difícilmente se le podrá colgar un dorsal. Ayer levantábamos catedrales para acercarnos al Creador, hoy nos servimos de sus crestas vedadas, de sus barrancos insondables. Ayer construíamos altares más o menos barrocos, hoy digitalizamos los mapas de asfalto. Son sólo diferentes vías, diferentes caras hacia una misma cumbre, hacia un mismo, compartido y elevado destino.

La aventura es a veces flirteo con imposibles, pero siempre lucha por ampliar los márgenes de la libertad. Esta exige su tributo en forma de sudores y renunciadas. A veces se torna más exigente y reclama la propia vida. No es un trueque injusto, ¿pues, quién puede negar la más excelsa gloria más allá de los techos terrenos, quién que no aguardan otras cumbres más soberbias y soleadas?

Conozco la raza de los montañeros. Mi hermano también danzó en ese

filo, sacudió las más altas nubes. Viajó por el mundo con ese delirio de cimas. En medio de la música y los coros del recibimiento, escribía a escondidas de la madre el nombre impronunciable del siguiente y mayúsculo reto. Callaba el acordeón y yo le preguntaba por la razón última de ese insistente reclamo, de esa arriesgada urgencia. Sus ojos perdidos en una blanca lejanía me propinaban silente respuesta.

Conozco esa raza de imperturbables trotacumbres. No confiesan su secreto amor. Cual trovadores medievales esconden el nombre de su amada, Amalurra, Madre Tierra... A ella ofrendaron unas tras otras las alpargatas rotas, hasta que calzaron botas y crampones para intimar a solas en mayores alturas. Ni siquiera el lecho de los Pirineos colma esa saludable lujuria, ese ansia de vértigo. Entonces llegan los ochomiles; a más esfuerzo, más maravilla. Fijan sus hierros, suben su oxígeno, desempañan su GPS.. y en medio de una esmerada logística pueden olvidar que hollan terreno destinado a los dioses.

No acierta la leyenda. Los dioses no se enfurecieron al verse ensombrecidos por el arroj humano. Silbaban con los heladores vientos, jugaban con la nieve, se recostaban al sol sobre las blancas laderas..., mataban el tiempo esperando la visita humana. Contaban con que habrían de compartir la gloria de las alturas. Suspiraban por el día en que nos mostrarían desde su privilegiada atalaya la inmensidad y magnificencia de la creación. Confiaban que, embriagados de tan arrebatadora belleza, la defenderíamos con ahínco y no la trocaríamos por malentendido progreso.

Antes y después de levantarle aquí y allá tiendas y lonas, de colgarle largas cuerdas y hundirle las clavijas, la montaña ha sido y será sagrada. Siempre lo desconocido fue venerado y hoy todavía no ha perdido ésta su enorme carga de misterio. Tan sólo nos pide que le ocultemos plásticos y orgullo, que no salgamos a la carrera, que no reemplacemos debido respeto por anhelo competitivo.

A cada quien la montaña le habla con un susurro diferente. A mi me confío que no hay huellas frustradas, que todas avanzan a su ritmo hacia un mismo cielo. Me confesó que lo importante no es coronarla, sino amarla, 22-10-00

Sobre la educación y la vida sexual en los adolescentes

Entero abrazo

No han tardado en llover las críticas sobre la receta de Blair de promover la abstinencia sexual entre los jóvenes de menos de 19 años. En estos tiempos de “rompe y rasga”, de “aquí te cojo y aquí te pillo”, nadie le puede negar un indudable valor al artífice del “Estado niñera”, como le acusan sus más agrios detractores. La campaña a favor del retraso del primer encuentro sexual de los adolescentes ha desatado la más viva de las polémicas dentro y fuera de su geografía insular. La virginidad adolescente no es precisamente un valor en alza en la era del coito prematuro, rápido y libre de responsabilidades

Los contrarios a la campaña argumentan que los 550 millones de ptas. de su coste, bien podrían haberse empleado en otro tipo de planes orientados a la educación sexual de los adolescentes. Más allá de la polémica sobre sexo adolescente sí ó no, la noticia de la campaña ampliamente difundida por todos los medios, bien puede servir para animar un debate más general sobre el tema. Quizá no se trate tanto de elucubrar a propósito de la “edad” precisa para entablar relaciones sexuales, como de abordar la necesidad de elevar la “calidad” de las mismas, en medio de un mundo en el que la sexualidad rueda sin freno sobre el carrito del mercadeo y de un hedonismo desnortado.

En realidad es difícil circunscribir la sexualidad a un espacio de tiempo. No hay edad para su sano ejercicio. La señal de salida viene marcada por un cúmulo de circunstancias. En la “primera vez” influye el carácter de los jóvenes, el ambiente circundante, la cultura..., las prisas en definitiva que cada quien albergue de alargar o despedir una etapa más inocente. La señal de meta quizá sólo la apunten los dedos que se atascan, los labios entorpecidos..., y aún así quedará la mirada, el olfato... para apurar un juego al que es difícil ponerle principio y fin. No hay confines para la más íntima y explosiva celebración de la vida que es la sexualidad. Imberbes y canosos pueden ser seducidos por su magia inherente. No hay límite para la sexualidad exploratoria, para el juego de besos y caricias. Sin embargo, el acto sexual concebido como un ejercicio de suprema mutua entrega, de gozo responsable, marca ya otra frontera y reclama una madurez y unos compromisos que aún no puede encarnar el adolescente.

No es fácil imaginar un pan sin levadura, una morada sin luz, un bosque sin trinos..., igualmente se nos debería escapar la imagen de una caricia sin cariño o de unos cuerpos fundidos sin el adherente de un profundo afecto. El sexo en nuestros días se ha visto reducido, en buena medida, a un artículo más de consumo desprovisto de toda su sacralidad, un producto “light” carente de imprescindible ternura. Los jóvenes se limitan a reproducir las pautas imperantes.

Las campañas de educación sexual, por lo general, tampoco alcanzan a apuntar esta cuestión clave, no hacen referencia al atributo primordial de la sexualidad: el amor. No mentan los manuales al uso que es preciso asociar este juego sublime al mutuo afecto, que el sexo de usar y tirar es siempre una carrera insatisfecha. El amor podrá sobrevivir sin sexualidad, pero ésta se degrada sin el primero. Las campañas informativas son “políticamente correctas”, pero humanamente incompletas. Nadie duda de que es preciso orientar a los más jóvenes sobre la vida sexual, anticonceptivos, preservativos..., sobre sus “ventajas” e “inconvenientes”, pero resta algo más. El “gozoso misterio” de la sexualidad invita a ser revelado en todo su esplendor y magnitud, alejado de enfoques puramente mecanicistas y autocomplacientes. Los educadores habrán de vencer el pudor de mentar el ingrediente imprescindible del candor, la calidez necesaria para el desenvolvimiento del encuentro y proporcionar a los jóvenes una idea asociada de sexo y amor.

Quizá no vaya tan desencaminada la campaña de Blair, quizá conviene aguantar un poquito hasta encontrar un latido, un ritmo, una mirada afín. Quizá merece la pena esperar al hombre o la mujer que no sólo colme el cuerpo, sino también silencios, distancias, noches y días.

Carece de sentido cualquier batalla a favor de la virginidad. Es un tema demasiado íntimo para verlo estampado en “spots” publicitarios, sin embargo no está de más una reflexión social en torno a la empobrecida y degradada visión de la sexualidad que en, buena medida, la sociedad ofrece a los jóvenes. Prima un debate a fondo sobre la cuestión liberado de castros puritanismos y aventurados libertinajes.

El tema trae carga de profundidad. No en vano nos vamos aproximando a la madre de todos los enigmas: nuestro verdadero origen y naturaleza. Hay una repetitiva disyuntiva a la que este tema también nos conduce, un dile-

ma existencial que los seres humanos nos vemos en la necesidad de encarar en algún momento de nuestra vida. Bien somos meramente cuerpo y nuestro paso por el mundo es casual, aleatorio y efímero, bien somos espíritu inmortal que para caminar por la tierra echó mano de un cuerpo. Bien nos acostamos y “si te he visto no me acuerdo”, bien somos dos almas que se encuentran en la carne, conscientes de la trascendencia de un acto de suma entrega. Bien nos proporcionamos placer físico fugaz y autocomplaciente, bien entendemos que ese placer no es sino la guinda de dos seres que se reconocen y funden.

Quizá seamos algo más que esa carcasa de carne y huesos mejor o peor conservada y nuestro espíritu nos anime siempre a algo más que el simple restregado de los cuerpos, quizá la sexualidad sea algo infinitamente más grande y hermoso que la mera satisfacción de nuestros apetitos físicos, de nuestros siempre insaciables deseos.

Además del efecto multiplicador de placeres, preservativos y anticonceptivos han detenido el ascenso del sida y las enfermedades venéreas, frenado la sobrepoblación..., pero a su vez han mermado la conciencia de un sexo más responsable. Ya no se trata como antaño de disuadir al joven del encuentro sexual, sino animarle a que el abrazo sea pleno, entero, en cuerpo y en alma. Sólo ellos son dueños de sus cuerpos, mas acerquémonosles



4-XII- 00

Saludos

milenio

Parece que sí, que ahora va en serio. Dicen que ya estrenamos milenio. Lo de hace un año debió de ser simple conato. El champán más añejo, los anhelos más hondos hay que descorcharlos ahora. No en vano proclaman los entendidos que centuria y milenio se inauguran por fin el próximo primero de Enero.

Repintamos sueños, actualizamos, pues rogativas, aderezamos nuestros pensamientos más elevados y los colocamos de nuevo a pie de este nuevo ciclo que arranca. La ocasión lo merece, no todos los días nos sumergimos en tan largo episodio colectivo.

Por supuesto la lista de nuestros afanes comunes para el nuevo tiempo está encabezada por el deseo universal de paz. En el tercer milenio atenderemos por fin a la profecía de las armas convertidas en arados. Primero callarán los tiros en las pantallas de los televisores, cines y consolas, después se apaciguará la batalla en las trincheras de nuestras mentes y por fin en los cielos, campos y ciudades.

Ya no saldremos a las calles para reivindicar la paz, no la escribiremos en las pancartas blancas, no marcharemos tras su blanco señuelo... Para entonces se habrá instalado bien cómoda en nuestras avenidas y plazas interiores. No convocaremos silencios frente a la violencia, nos habitará un colmado silencio. En algún lugar del tiempo y el espacio se reunirán los de uno y otro bando, los rojos y azules, los blancos y amarillos, los de txapela y los de sin ella... Mirarán al pasado y verán sin nostalgia un paisaje ya lejano de desatinos envuelto en niebla de quimera.

En el tercer milenio la aldea más recóndita tendrá toboganes de madera, escuelas con maestr@s bien pagad@s y biblioteca con Interné. Aquí y allá, todos se sentarán a la mesa. El ayuno será sólo terapéutico y voluntario. Adelgazarán los del Norte, cobrarán necesarios kilos los sometidos a obligada y cruel dieta en el Sur. Desaparecerán los gamines y niños abandonados, pues al final de sus tortuosas calles encontrarán zapatos, plato y cariffo. Desaparecerán las chabolas. Las casas tendrán agua en el grifo, tejas en el techo y jardín junto a la puerta. La tele conquistará también todos los hogares, pero sólo con las imágenes justas y emancipadoras. La telebasura y la televiolencia no admitirá reciclaje alguno en medio de una huma-

nidad madurada. Sin golpes, gritos y tiros en las pantallas, los jóvenes no nutrirán las cárceles, no chirriarán los detectores de metales a la entrada de los Institutos. Los adolescentes se entretendrán con los mil y un juegos de la vida, no con el único y oscuro de la muerte.

En el tercer milenio salpicará una lluvia no ácida. La contaminación no devorará las hojas, ni enfermará nuestros pulmones. Los coches no beberán petróleo. Energías sin humos moverán nuestras fábricas, calentarán nuestra ducha. Las ciudades serán más chicas, sus árboles más gruesos y sus parques y lagos más anchos.

En el tercer milenio los dictadores aprenderán buenos modales, filosofía y humanidades, antes de acogerse a retiro anticipado y custodiado. La democracia no se limitará al papelito en las urnas, ni bailará al son del recuento de un puñado de votos ordenado por la judicatura. Ya no habrá “pateras” que traigan a “ilegales”, sino ferrys que acerquen a hermanos. Palestinos, saharauis, los kurdos... izarán su bandera, cantarán su himno, constituirán su gobierno, pero terminarán también borrando sus fronteras en medio de un mundo por fin unido.

En el tercer milenio las mujeres afganas quemarán sus “burkas” y tostarán su rostro al sol. Harán “footing” en los parques de Kabul. Se matricularán en la Universidad, visitarán al médico. Sus maridos se conformarán con una sola esposa con la que pasearán de la mano y cuyo rostro acariciarán en los jardines.

En el tercer milenio los ríos recuperarán sus peces, los mares sus sirenas. Las industrias serán limpias, el comercio justo y el consumo equilibrado. El desarrollo será sostenido y la prosperidad universalizada. Las drogas se limitarán a los quirófanos, a las ceremonias en los desiertos americanos, pero no facilitarán precipitada y peligrosa escapada en el paisaje del asfalto.

En el tercer milenio Ratzinger se jubilará, los no-católicos seremos por fin salvos y en una de sus largas siestas le birlaremos las llaves del Cielo. El diálogo entre los credos ya no será por más un diálogo de sordos. Las religiones se unirán en el fondo y se enriquecerán en las formas. Los círculos se agrandarán y la Pipa sagrada correrá y se posará en los labios gruesos y finos, blancos y colorados...

En el tercer milenio las aves no caerán a mitad de su vuelo, alcanzarán sus

playas, sus trópicos, sus hielos... El plomo no ascenderá hasta sus alturas. Las vacas serán “cuerdas” y los piensos sanos. Las granjas de animales abrirán sus puertas, porque nuestro plato demandará más vida y clorofila y menos sangre y sufrimiento. Los toros expirarán en las praderas sin banderillas, las ballenas en los océanos sin arpones sobre sus espaldas.

En el tercer milenio la electricidad no llegará a las sillas y a los Bush de turno les vendrá el Parkinson a la hora de firmar penas de muerte. El nuevo presidente de los EEUU jugará con su padre a la “Guerra de las Galaxias” en el garaje insonorizado de la Casa Blanca.

En el tercer milenio todos estaremos enganchados a la Red, a la de afuera y a la de adentro. Internet no será más que un complemento de esa Innet que habremos programado y configurado en lo profundo de nuestros corazones.

En el tercer milenio las mejores noticias vendrán de las estrellas, de esa Vía Láctea compuesta por millones de soles. Bastará una sola probabilidad de vida por cada millón para que tropecemos con infinitas familias de seres estelares. Del cielo no bajará amenaza, sino esperanza. A los “marcianos” de los universos aún desconocidos se les caerán las antenas de gelatina, se desnudarán del aspecto inquietante que les vestimos y nos tenderán la mano.

En el tercer milenio el amor saldrá de las telenovelas, de los listados de débito y crédito, de la relación de posesiones, de la rosa jaula de los celos... A fuerza de ensayo empezaremos a declinarlo con desapego, genuino gozo y mayúsculas.

Somos libres de soñar. La utopía arranca cuando se esboza. Damos vida a lo que imaginamos. Encarnamos lo que pensamos. En el tercer milenio tú y yo podemos crear sobre esta Madre Tierra herida y maltratada, el más elevado de los sueños. Podemos hacer realidad aquello de la familia planetaria, el reino de hermanos. Tú, yo y otros miles de millones podemos encarnar la vigente chifladura de Aquel famoso Loco, aquel Hijo del Eterno que lanzó su primera arena-sollozo hace ahora 2001 años en Palestina.

18-I-01

Reflexión sobre los lugares sagrados

Jerusalem, la gran disyuntiva

Los descendientes de Ismael e Isaac siguen a la greña. Clinton abandona la Casa Blanca sin haber instaurado una paz mínimamente sólida en Oriente Próximo. Uno de los mayores obstáculos: Jerusalem y el arbitrio de un gobierno compartido en esta ciudad igualmente sagrada para árabes e israelíes.

No cesa la lluvia de piedras en Tierra Santa, siguen disparando sobre adolescentes en la tierra de Abraham. El anciano patriarca, que ya nonagenario concibió a su segundo hijo, seguramente no pensó que su prole dividida llegaría a confrontarse a tal extremo. La Jersusalem bíblica de David y Salomón mantiene su importancia política y religiosa en nuestros días. Es en realidad el más intenso laboratorio humano, allí se dilucida la mayúscula disyuntiva de un futuro mundo dividido o hermanado. La Yerushalayim también árabe, que en 1980 fuera declarada “ciudad eterna del estado de Israel”, representa la ejemplificación de nuestro mayor desafío de civilización: el reto de cohabitar culturas y religiones en un mismo lugar santo.

En los albores del tercer milenio no debería haber tierra sagrada por la que batirse. En realidad no existen lugares más sagrados que otros. Cada quien sacraliza un lugar, no sólo los sacerdotes con sus incensarios, los “muslim” con sus cantos, las “malinches” con sus sahumadores... Basta un incienso, una flor, una buena intención, un elevado sentimiento... No es preciso poner sangre, tumbas y guerras para elevar un rincón. Ni el Vaticano, ni la Meca, ni Benarés, ni Jerusalem..., merecen, por lo tanto, cruzada alguna.

En el siglo XXI los lugares sagrados ya no serán por más aquellos disputados a capa y espada; los constituirán, por el contrario, esos espacios de encuentro en los que se concitan la fe de unos y otros, donde se fecundan unos credos y otros, donde se hermana un Dios con los Otros... A diferencia de lo que la historia nos ha enseñado, la confrontación no sacraliza un espacio, si es caso lo maldice. Cruzadas y “yihads” por la liberación de enclaves santos sólo han sido excusa para desatar los más bajos instintos

de poderío, codicia y lujuria.

Un lugar sagrado es aquel en el que el hombre, imbuido de fe y gratitud, vuelca su alma hacia el Cielo. No es preciso preparar argamasa, superponer piedras. Los chamanes americanos ni siquiera se sienten en la necesidad de elevar templos, trazan su círculo en la naturaleza, lo limpian y lo sahuman. He ahí su lugar sagrado, protegido frente a todo ataque de los eventuales “espíritus malignos”. Cuantos más participantes salten al círculo henchidos de interno gozo, más sacralidad desbordará también el paraíso. Cuanto más inclusivo sea el aro de la comunión, cuanto más afán integrador se emane, cuanto más afecto se desprenda hacia lo aparentemente lejano y ajeno, más se elevará ese enclave.

La sangre no sacraliza un lugar, las tumbas tampoco. Recuerdo la mirada apretada de un oficial de la “Armija” bosnia en Mostar. Eran los tiempos, no lejanos, de la guerra y aquel ciudadano, travestido en militar, absolutamente persuadido de lo digno de su lucha, evocaba la sepultura de sus antepasados al Norte de la ciudad de Travnik, como excusa de la guerra en que se batían. Su aldea estaba bajo dominio serbio. Por recuperar aquellas tumbas vestía galones, aquellos nichos llenos de osamentas justificaban nuevos combates, nuevos esqueletos.

Obispos, popes, gurús..., autoridades religiosas de uno y otro credo tampoco sacralizan necesariamente los lugares. En muchos momentos de la historia fueron los que más los mancillaron, animando a la disputa, ofreciendo “eternas salvaciones” a cambio de dejarse la vida junto a los “santos” estandartes, en pos de santas “conquistas”.

Sólo el amor sacraliza los lugares. Cuanto más se derrocha más sagrado es un entorno. Aquellos rincones más anodinos pueden revestir para nosotros un carácter especial si en ellos enterramos, de una u otra forma, su mágica semilla. El amor encarna en los seres y estos a su vez en lugares. He ahí los espacios “eternos”, aquellos perfumados por un éxtasis místico, por una compasión infinita, de un desbordante afán de servicio y entrega.

Al igual que la interna, la Jerusalem externa sólo es “recuperable” en florida y amorosa batalla. Los palestinos tienen derecho a gobernar en la parte antigua de una ciudad que también les pertenece y encierra un especial sig-

nificado religioso. ¿Pero hasta qué punto constituye un gran logro esta eventual nueva división? ¿Hasta dónde es motivo de satisfacción el que ondee la bandera de la Autoridad Nacional Palestina en un área de la santa urbe? ¿No se trata de un meandro más en una historia ya acabada, en la vieja inercia de las naciones y religiones divididas y enfrentadas?

El ser humano se empeña, a menudo, en perseguir fuera aquello que ya lo habita. La verdadera batalla se libra al pie de las murallas internas. El templo al que nos debemos se alza a la vera de nuestro más íntimo patio; allí albergamos capilla, santos y reliquias. No es preciso batirnos fuera, pues el oro del verdadero altar refulge dentro.

La verdadera intifada es aquella en la que nos implicamos para alejar al ladrón que también nos habita, al usurpador que se apoderó de nuestro propio tabernáculo. Los budistas pluralizan, los refieren como “legión de egos”, de variados monstruitos que se instalan en nuestro “santa sanctorum” con las más endulzadas y sibilinas excusas. Seguramente las intifadas callejeras callarán una vez hayamos salido victoriosos en revueltas más internas.

Al día de hoy, la Jerusalem ahogada en violencia no es más sagrada que cualquier otro lugar de la tierra. Ni antes ni ahora justifica una sola gota de sangre. Merece por el contrario revivir su vocación de lugar de encuentro. Sus rincones, plazas y templos serán de nuevo benditos cuando dejen de llover piedras, cuando las tres grandes religiones que laten en sus vetustas construcciones se encuentren. Jerusalem resplandecerá en su pluralidad y riqueza. Este “banco mundial de pruebas” reportará en positivo, cuando israelíes y palestinos sellen la reciente y dolorosa historia, y reparen, por fin, en que son hermanos, nietos de un mismo patriarca, Abraham, artífices por aliarse de un mismo y más glorioso futuro. El mundo respirará entonces más tranquilo.

7-III-01

Reflexión sobre el fundamentalismo islámico

“Alá” grandote, “alá” pequeñito

Allá en Oriente hay un país en el que destruyen las estatuas de Buda, en que las mujeres viven encerradas en una jaula de tela que llaman “burka”, donde el sol no acaricia sus ojos... Allá en Asia hay una nación en que los niños no vuelan cometas, pues tienen prohibido lanzar colores a su tentador e inmenso escenario... Allá en el muy lejano Oriente hay un lugar en que se sufre como ninguno, pues prohibieron todos los juegos, incluso el de la mirada y la vida.

“Alá” es grande”, pero sus “mulas” y “ulemas” (sacerdotes y teólogos) no saben que si no hay cometas, no hay cielo y si no hay cielo no somos “nada”. “Alá” es grande” pero sus “talibanes” piensan que nuestras hermanas, amigas y compañeras son “nada” menos uno... Si ellas aspiran como ellos a ser “nada” pero con rostro, las azotan...

El “Alá” que tanto mentan no es grande, es inmenso pues creó los ojos de mujer que “los estudiantes integristas” apagan tras gruesas telas. Diseñó esas pupilas de los más variados tonos, de las más distintas profundidades, con los más diferentes hechizos...

El “Alá” con el que se desgañitan, no es grande, es infinito pues creó las cometas, las fabricó de mil y un colores, formas y velocidades, creó los vientos para volarlas, las montañas desde donde lanzarlas... El “Alá” grande que aclaman con fusiles inventó también las bebidas de alcohol y para ello se sirvió de los mil y un frutos de una tierra que también había ingeniado. El, que también es Ella, ideó el whisky y el cognac, el vino y la cerveza..., para darnos las pistas de una borrachera más sublime.

El “Alá” grande susurró e inspiró los juegos que los fundamentalistas persiguen para que viéramos que la vida es, en realidad, poco seria, para aprender a reír y gozar, para ensayar la fuerza de la unión, para engrasar talento, agudeza y voluntad. El “Alá” grande alentó también todas las demás religiones, tradiciones y credos que los barbudos extremistas combaten con pasión, pues quiso mostrar al ser humanos los mil y un caminos y formas de intimar con su Presencia, en razón del tiempo, la cultura, la raza y el ángulo de mirar al Cielo. El “Alá” que proclaman a cada instante, envió a excelsos mensajeros para proclamar su Gloria en la Tierra, entre ellos al Buda, el compasivo, al que ahora bombardean con saña.

Sin embargo no todos los “talibanes” están encerrados en Afganistán. Los hay que no gastan Corán y pantalones bombachos. Podemos también ver algunos de ellos, más o menos conscientes, en las tumultuosas gradas de los estadios, en torno a los rings de boxeo, en los hogares donde el esposo levanta la mano amenazante, al borde de los telefilms colmados de violencia... Hay “talibanes”, más o menos drásticos, en las plazas de toros donde el sufrimiento animal es algarada humana, en los mítines o en los templos donde se ensalza una patria o una religión por encima de las otras. Hay un “talibán”, más o menos camuflado por su turbante, donde aflora desprecio o agresión al otro por pensar, sentir, respirar... de forma diferente. Hay un “talibán” donde aún no comprendemos que la diversidad es la riqueza inmensa con la que el Cielo ha colmado a este mundo y sus maravillas.

Todos albergamos nuestro pequeño “talibán”, más o menos gallito, más o menos domesticado. Incluso le enseñamos modales y aparenta civilizado. Seamos pues, no condescendientes, pero sí compasivos, como el enorme Buda que destrozan, con estos y aquellos “talibanes”; con los que desmoran estatuas gigantes y con los no valoran el humilde altar ajeno, con los que proclaman la “yihad” contra el infiel, y con los que entablan guerra de baja intensidad contra el discrepante...

Todos llevamos un poco de perilla “talibán”, lo que no quita para que sus largas barbas nos semejen tan ajenas, tan remotos los aplausos de la multitud que jalea ajusticiamientos, tan apartado aquel país sin color, ni sonrisa, sin magia, ni mirada de mujer...

Lejos divisamos aquel árido desierto sin cometas, sin siquiera un pequeño oasis de libertad..., Quizá ya no habitemos en el mismo planeta, quizá Afganistán pertenezca a otra galaxia. No cabemos ya en la misma geografía, por más que seguiremos pidiendo para que se abran esos reseco corazones “talibanes”, para que las mujeres afganas vuelvan a sentir el beso del sol, para que en medio de sus cielos dejen remontar algún color, escapar alguna cometa... No somos del mismo planeta, pero hacemos un viaje juntos. Por eso pediremos por quienes bombardean la talla colosal de Buda, por quienes azotan inclementes a su mujeres que son nuestras mujeres, por quienes se ríen de la “mano ladrona” que chorrea sangre...

“Alá” es grande, de seguro mucho más infinito que lo que nuestros torpes ojos alcanzan a vislumbrar, pero dicen que mira para otro lado cuando lo invocan con turbante y metralleta. Hay “Alás” grandotes y “Alás” pequeñitos. Sólo de nosotros depende su tamaño.

Me consta que “Alá” crece cuando su religión no tiene nombre, fronteras, ni bautismos que lo limiten; cuando nadie lanza ya “yihad”, ya cruzada, ya campañas de conversión en su nombre... “Alá” aumenta hasta escapar de la forma, cuando no se hace preciso siquiera mentarlo por miedo a apocalo, por temor a que la barbarie vuelva de nuevo a aprisionarlo.

Hay quien se pregunta por el final de un ciclo, por la hora del Alba. Parece que inauguramos ya pronto un planeta de amor y de luz. No es difícil ver en esos “toyotas” atestados de jóvenes con turbante el signo de un final que se acerca. La tierra ya no albergará por más tiempo tanta ignorancia, tanto odio... Son los últimos y violentos ramalazos de la oscuridad que se revuelve...

Los “talibanes” desconocen lo que les aguarda, no saben de futuras e inmensas noches de oscuridad, de sus días sin cielo, sin alegría... Por eso mientras que aún compartimos la misma “nave”, pidamos para que apoque tamaña ignorancia... Encarnarán los “talibanes” de uno y otro signo, allá lejos en un planeta sin cielo, sin cometas, sin el rostro de una mujer que alegrar sus ojos. Desde ese astro sin dicha se darán cuenta de que su “Alá” no era tan grande, sino más bien pequeñito, como ese corazón suyo que tenemos que ensanchar con toda la fuerza de nuestra oración y aliento enfocado.

21-V-01

Más allá de la



mera tolerancia

“Coexist”

Con la media luna islámica, la cruz de David y la cruz cristiana, varios artistas internacionales han formado un gran mural que se exhibe estos días en las calles de Jerusalén con la palabra en inglés, “coexist” (coexistencia). La iniciativa se va a promover también en otras ciudades con un pasado de enfrentamiento violento y división.

Se trata de una didáctica elemental pero imprescindible, de un “abc” de la convivencia ya indomable. Se trata sencillamente de que los niños musulmanes, judíos y cristianos se sienten en un mismo aula, ante una misma pizarra, que sus padres se miren sin rencor a los ojos, se paseen por los mismos parques, se revuelquen y saquen el balón en las mismas praderas, se trata de que todos frecuenten las mismas avenidas y se agolpen en los mismos autobuses y metros... ¿Por qué cuesta tanto anclar tan sencillos sueños? ¿Por qué el odio sigue minando el jardín de “coexist”?

Dicen que los dioses no entregaron la verdad entera a ninguna religión, precisamente para que en el curso de la historia ensayáramos “coexist”, para que desarrolláramos la capacidad de aprender los unos de los otros, para que, tal día como hoy, unas “verdades” fueran “fecundadas” por las otras. La coexistencia religiosa y social es antigua asignatura aún pendiente. Es la más vieja lección a superar por los humanos y sin embargo es preciso anotarla aún en grandes carteles, en las más frecuentadas calles, rotularla en los muros de las avenidas, en las paredes de los corazones. Tolerancia es una palabra que debería estar pasada de moda, ya ajada y en desuso, pura historia superada, valor que no precisase ser evocado.

Los desafíos evolutivos se van sucediendo uno tras otro. Una vez aprobado el parvulario de “coexist” es preciso atender al siguiente reto evolutivo: cocrear. Una civilización avanzada no se conforma con la mera tolerancia. Una sociedad madura aprecia la diferencia humana que acoge en su seno, se siente reconfortada y enriquecida por ella.

Cada geografía se halla en un punto del largo itinerario hacia el fin último que representa el ideal de fraternidad humana, utopía sostenida a lo largo de toda la historia por sus manos más generosas. Hay lugares en los que “coexist” sigue siendo aún enorme desafío. Para una Jerusalén día tras día

ensangrentada, para un Oriente Medio siempre al borde de una guerra abierta, el cese de la violencia, la convivencia entre las diferentes comunidades que comparten un mismo suelo sagrado, es, de por sí, un logro titánico. Hay, sin embargo, escenarios multiraciales en los que sus habitantes se desenvuelven en el marco de relaciones más armónicas, incluso ya fraternas. Estos países, crisoles de razas, son simientes de un mundo nuevo. Son sociedades prósperas y satisfechas de su diversidad humana. El progreso, entendido éste en un sentido global y no economicista, se localiza precisamente en esas sociedades que mayores cotas de integración han alcanzado en su seno. Estas comunidades, con gran potencial de futuro, han sabido refundarse y reorientarse a partir de la aportación de quienes han llamado a sus puertas.

Las grandes ciudades occidentales no necesitan dibujar los macro-carteles de “coexistir”. Van superando esa lección. Las torres de sus variados credos y religiones horadan sus nubes. El cosmopolitismo de las urbes es intenso laboratorio de solidaridad. Cuando hombres y mujeres de diferentes pueblos y razas se divierten, comen, sudan, trabajan... juntos, quedan vacunados contra las lacras de la división y el odio ya interracial, ya interreligioso.

A una escala individual la reflexión resulta más gráfica. Ya no se trata de “aguantarnos” los unos a los “otros”, sino de comprender que estamos aquí para ayudarnos y “cocrear” un nuevo porvenir para todos. Ya no se trata tanto de tolerar la presencia del otro, sino de aprovechar la oportunidad para “crecer” con él, puesto que por algo está al lado mío. Se trata de ver qué es lo que tengo que conseguir con él, puesto que el destino nos ha concedido la suerte de reunirnos.

Ya nos lo susurraron los antiguos mayas: “In lak’ ech. A lak’ en”. Es decir: “Tú eres yo, yo soy tú”, tú eres la otra parte de mí. Tu timbre, tu canto, tu manera de mirar el mundo, el firmamento, la vida... es lo que a mi me falta, es lo que yo precisamente necesito para evolucionar. Evidentemente este mismo principio es preciso aplicarlo a los pueblos.

Es en la dimensión interna donde se borra todo vestigio de frontera, por más que hayan sido precisamente las religiones las que han levantado más elevados muros, las que han cavado más hondos abismos. El ser humano está más predispuesto a asumir el valor de la fraternidad humana cuando ha

interiorizado un sentimiento de filiación divina. Ambas experiencias están indisolublemente unidas.

Con o sin vivencia espiritual de por medio, es necesario ir marcando horizontes más esperanzadores, escenarios más fértiles de convivencia. Dejemos al Ministerio de Asuntos Sociales que gaste sus duros en imprescindibles campañas a favor de la tolerancia y vayamos más allá de la mera aceptación de la diferencia. Ya no se trata sólo de existir “con” el otro, sino también de “existir” “por” y “para” el otro. En esta diferencia de preposiciones radica también un salto civilizacional. No podemos pasar por la tierra indiferentes a la suerte ajena, ya persona, ya pueblo. Nuestras vidas no alcanzan razón con el mero “coexist”, se ven descafeinadas por el simple tolerar; por el contrario, se ven realizadas en su más elevado sentido precisamente cuando somos sostén, refugio y aliento del otro.

Una vez más, la disyuntiva entre la dimensión personal o transpersonal que podemos imprimir a nuestras vidas, llama con urgencia a la conciencia de cada uno. El ser humano en la antesala del tercer milenio debe ya plantarse ante su más imperioso interrogante: ¿está en la tierra para que progrese su peña de barrio, su equipo de fútbol, su religión, su partido, su pueblo..., o se siente llamado a volcarse en un servicio más amplio y amoroso? ¿Está aquí preso de intereses particulares, o se siente impelido por más altos ideales que le llevan a trabajar por el bien común, a servir a una humanidad aún sufriente y necesitada de socorro? La respuesta viene cantada por las ciencias humanas y divinas: en la medida en que el ser humano y los pueblos comiencen a pensar en global, sientan y obren más allá de sus motivaciones propias, en la medida en que se preocupen también por el progreso y bienestar ajeno, estarán alcanzando su más plena realización.

Por lo menos “coexist”, por lo menos aceptar tu rostro, tu sombrero, tu oración, tu cielo, tu historia, tus leyendas, tu sonrisa..., por lo más, un mundo fraterno sin fronteras, sin armas, sin Cielo diferente, sin tuyo ni mío...; por lo más un mundo de amor y de paz sin carteles de primitivas lecciones por aprender, porque avanzado el tercer milenio, en medio de la diversidad enriquecedora, seremos por fin todos uno.

10 - VII- 01

En favor del movimiento “scout”

Pañoletas al cuello

Inauguramos verano y comienzan a aparecer por Tierra Estella chavales con pañoletas a la vera de los caminos rurales. No puedo por menos que saludar con alegre bocinazo cuando me cruzo por la carretera con un grupo de jóvenes excursionistas fulard al cuello. Me complace constatar que la “especie” no se ha extinguido, que la sociedad digital no ha engullido a la prole descendiente de Baden Powell. Hoy más que nunca son necesarios los jóvenes con pañoleta colgando, chavales y chavalas con miras elevadas, con corazones comprometidos, mochila al hombro y alegre canción en los labios.

La vida se las apaña para sumergirnos a cada quien en iniciáticos periplos que nos permitan adquirir auténticos conocimientos y mayor grado de madurez. A algunos de nosotros pocas escuelas nos han proporcionado tan perennes y sólidos valores como el esculatismo. En los tiempos de supremo individualismo, los scouts y guías siguen recordando a los adolescentes y jóvenes que lo más hermoso es trabajar por y para el grupo, por y para el bien común.

Si Baden Powell no hubiera fundado el esculatismo alguien debería haberle suplido en el cometido. Quizá más de uno percibirá algo rancia esta reflexión, habida cuenta de la condición de militar colonialista del británico. En diversas ocasiones me ha tocado escuchar comentarios respecto al “espíritu castrense” reinante en el esculatismo, o al “lavado ideológico” al que supuestamente son sometidos sus jóvenes miembros.

En esas situaciones he optado por callar. No es sencillo en cuatro palabras revelar el aluvión de momentos entrañables de humor, contemplación o camaradería, antaño vividos con la pañoleta al cuello. No es fácil compartir recuerdos que le hablan íntimamente a uno, pero que resulta complicado compartir. Son ramalazos de sencillos gozos, de comunión plena con el grupo y con la vida; son juegos de días enteros, veladas que cargaban la noche de arte, humor y solemnidad; son enormes esfuerzos y sudores colectivos con la naturaleza por fondo; son muchas y variadas canciones... Cantábamos bajo el sol y bajo los truenos, en ruta y en reposo, en la ale-

gría y en la pena.

Del espíritu castrense recuerdo algunas filas de chiste en la etapa de “lobato” y el lavado ideológico en verdad que lo era de “fuerte estropajo”: se nos animaba a hacer todos los días una “bea”, la buena acción que llevarnos a la cama, detalles sencillos que nos encauzaban ya desde pequeños en una vía de servicio en la vida.

No existía el triunfo individual, se trataba siempre de que ganáramos todos. Más allá del beneficio personal, la “seisena”, la manada, la tropa era lo importante. La poco cómoda vida del campamento era una constante invitación a la colaboración. Nuestros estómagos se veían colmados, nuestro techo de lona satisfecho, nuestro corazón alegrado en las veladas por la labor en equipo. En los “scouts” se nos iniciaba en “el olvido de uno mismo” en favor de los demás. Con ello se nos daba a probar, ya desde pequeños, y en dosis más que aceptables el néctar supremo de la vida.

Aprendíamos también a autovalorarnos. El arroz blanco con tomate era pura masa coloreada, a la pasta nadie acertaba a cogerle el punto, el puré de patata se solidificaba al saltar a los platos de aluminio..., pero no importaba. Lo habíamos cocinado nosotros y ello le confería un gusto añadido. El lavado de la ropa y el fregado de los platos eran tareas que nos enseñaban a valorar el trabajo de quienes habitualmente lo hacían por nosotros.

No tengo tampoco nada que objetar al espíritu religioso que promovía el Movimiento Scout Católico (MSC), predominante en mis tiempos mozos. Al día de hoy, mi alma no se refugia precisamente en los aleros vaticanos, sin embargo doy por positivos los valores espirituales que nos inculcaron en las misas y ceremonias “scouts”.

El Dios de los campamentos era más cercano y “colega” que el del colegio o la parroquia. No le respetábamos, le alabábamos. No le temíamos, le cantábamos. En el alba bostezaba junto a nosotros, en las marchas regaba de sudor nuestros mismos senderos, durante el día nos daba fuerza y nos sentíamos gratamente acompañados... En el silencio de la fogata aprendimos a hablarle cara a cara como al Gran Amigo y no el eterno temido. La vida en la naturaleza invitaba a elevar la mirada hacia lo Alto, pues hacia algún lugar habíamos de dirigir una gratitud que se desbordaba. Bendecíamos la comida con canciones en círculo y en pie e intentábamos

ser también agradecidos por las salchichas de plástico y el puré de sobre. Aprendimos que toda vida es sagrada, por eso los jefes se podían ahorrar las obvias indicaciones de no dejar rastro, de no maltratar animales... Aprovechábamos hasta la ceniza de la hoguera para las letrinas, lavábamos los pucheros con la arenilla de la orilla del río, pues ya nos habían explicado que incluso los peces eran hermanos. No sabíamos aún de la palabra “ecología”, pero nuestra mirada iba ya cargada de un profundo respeto por cuanto nos rodeaba.

Hacíamos también ceremonias de “promesa”. Aprendíamos a comprometernos con el grupo y con la vida. Más allá de las evaluaciones académicas los muchachos no encaran hoy habitualmente pruebas de orden humano. De no mediar unos padres responsables, no hay quién les pida cuentas de su grado de madurez, de su capacidad de autonomía, de su rendimiento en el servicio. ¿Quién les habla en nuestros días de la prueba y el constante desafío de amor que representa al vida?

No quiero idealizar. Me viene a la mente un exceso de galones en las mangas de los jerseys azul marino, la separación de chicos y chicas en movimientos diferentes... Sin embargo es preciso mirar también estos aspectos en el contexto de un tiempo aún muy mediatizado por patrones clásicos. Me estoy refiriendo a los años setenta. Por lo demás estos “errores” han sido ya hace tiempo subsanados.

En esta atmósfera confusa actual en la que proliferan engañosos valores, en esta época de constante cambio en los patrones a transmitir y de despiste generalizado..., quizá sea tiempo de rescatar principios cardinales. En esta civilización devorada por el espíritu de competencia, por el ansia de desbancar al “otro” para triunfar “yo”, es preciso mostrar a nuestros chavales un horizonte más elevado y esperanzador. Alguien les tiene que familiarizar con el espíritu de cooperación, alguien les ha de susurrar que, al final de sus días, serán los momentos de servicio y entrega los que validarán su presencia en la tierra.

Huelga decir que no hay ánimo proselitista en estas líneas. Me consta que existen muy loables movimientos de tiempo libre al margen del escultismo. Cualquier asociación que inicie en el sano divertimento y aprendizaje, el compañerismo y el amor a la vida en todas sus manifestaciones, cumple un inestimable papel. ¡Ojalá se multipliquen las iniciativas plura-

les de este orden!

En un tiempo en que la tierra resopla con angustia en forma de tifones, se reacomoda en su lecho generando terremotos, o levanta sarpullidos arrojando lava volcánica...; en esta hora en que la madre tierra nos implora y nos dice “basta” en todos sus idiomas y formas de expresión, uno ve esperanza en las pañoletas que encuentra a la vera de los caminos. Uno sabe que al atardecer esos chavales encenderán un fuego. De una u otra forma agradecerán a esa enorme Madre sus infinitos dones. Clavados los ojos en las llamas, cantarán en su nombre.



17-VIII- 01

Loa al euro

Tintineo de esperanza

“¿Cuánto vale la cerveza? Un euro y medio”. Nuestra cabeza comienza a dar vueltas como loca para tomar precisa cuenta de lo invertido en el trago. El esfuerzo merece la pena. En realidad cualquier empeño en favor de la unidad es poco. La mente se hará al “166” antes de lo que pensamos, incluso los más torpes en números aprenderemos a bailar con el euro en nuestra lenta computadora cerebral. Se trata tan sólo de someter nostalgias y aplacar comodidades.

El primero de Enero del 2002 diremos adiós a la “rubia” y toda su familia. Si guarda alguna bajo el colchón, aún podrá cambiarla hasta Junio del mismo año. Ya dentro de muy breves días, el 1 de Septiembre, se comenzarán a distribuir euros entre las instituciones financieras y las empresas de transporte de fondos. El 15 de diciembre los ciudadanos podrán adquirir la revolucionaria moneda.

Con la peseta compramos y vendimos nuestro pequeño mundo. Con ella tasamos cuanto nos rodea. A través suyo hemos comprendido el valor de las cosas, de la energía, de los tiempos; dentro de poco sólo metal para los coleccionistas. Ya no medirá, ni interpretará sino recuerdos, devolviéndonos la conciencia de la futilidad de cuanto nos rodea, cierta noción de impermanencia en la que estamos instalados.

A partir de Enero habremos de hacer sitio a una nueva medida, un nuevo calibre con el que tasar el mundo. Compartiremos este cálculo monetario con 480 millones habitantes. Pronto resonará en nuestros bolsillos un tintineo más universal, pronto cantará un rumor de recién estrenados “euros” en los monederos de buena parte de los europeos. Se trata, sin duda, de un sonido de esperanza, de confianza en un continente y un mundo más unidos.

El nuevo tintineo se escucha de día en día con más fuerza. Los quince en pocos años serán veintisiete. El ejemplo ha cundido y las naciones europeas del Oeste y el Este apuestan definitivamente por caminar juntas. Un total de doce países están negociando su integración en la Unión Europea. Un primer grupo formado por Chipre, la República Checa, Estonia, Hungría, Polonia y Eslovenia comenzó la negociación en marzo de 1998. Bulgaria, Letonia, Lituania, Malta, Rumanía y Eslovaquia lo hicieron el

pasado mes de febrero.

El tan manido euro no es simple anécdota, sino signo fehaciente de una nueva conciencia que se está fraguando. Parece que tras él vendrá una Constitución en la que quedarán reflejados los derechos y deberes de los europeos. “La Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea” de Niza es considerada como el embrión de esta futura Constitución. Más pronto que tarde, en el orden del día de las Cumbres de los estados miembros entrarán temas como el espacio judicial común, el Gobierno confederal, el ejército europeo...

Si hoy unificamos moneda mañana podemos fundir leyes y banderas. Cuando juntemos los colores de todas éstas, desaparecerá toda sombra de conflicto bélico. Si hoy compartimos moneda, mañana podemos comenzar a compartir espacios más grandes de futuro. En realidad la historia humana, la historia de los pueblos no es sino una carrera más o menos consciente hasta compartir un mismo destino. Nuestro pasado es un laberinto de aleccionadores pozos, de catárticas y esclarecedoras guerras que desembocan en imperecederas lecciones de paz. Sólo un continente como el nuestro, sacudido durante siglos por batallas, puede albergar tanto anhelo de unidad.

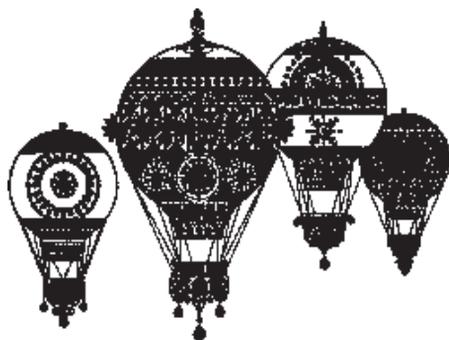
Difícilmente unas naciones que acarician en sus bolsillos una misma moneda volverán a citarse frente a frente en las trincheras. Todo indica que la lección está definitivamente aprendida. El euro es un logro colectivo y lo acariciaremos con sana satisfacción. Ninguna otra región de la tierra ha apostado tan fuerte por la mutua cooperación. Con todos sus reveses y dificultades, al día de hoy, la Unión Europea es referente mundial en el camino hacia la armonía y la concordia entre las naciones.

No todos sonríen al nuevo tintineo. Todo avance tropieza con detractores. El de los conservadores es inherente a su propia condición, el de los progresista es más difícil de interpretar. El euroescepticismo de izquierdas permanece aquejado de fuerte amnesia. Paseemos nuestra memoria por los arrabales de las ciudades destruidas en la II Guerra Mundial, hundamos por unos momentos nuestros pies en las cenizas de aquella magna conflagración. Entonces no pensaríamos que esas mismas naciones que se habían destruido, comenzarían, tras breves décadas, a trazar un común horizonte, lo último que pasaría por nuestra cabeza es que acuñarían una misma moneda.

No se trata de un simple ruido de metales codiciosos, de monedas interesadas. Ese interés puede mutar, tornar de día en día más altruista. La “Europa de los mercaderes” es susceptible de elevar su mirada, de empeñarse en un comercio más justo, de hacerse más sensible a la desigual repartición de la riqueza... De cada uno de nosotros depende que hagamos más sitio en torno a la mesa colmada de la U.E. Cada vez más unidas nuestras naciones, en el futuro deberemos sacudir con fuerza nuestro bolsillo común en favor de un mundo más equitativo.

Comienzan a callar en Europa los himnos de las patrias junto a sus ruidos de espadas y cañones. Con la moneda única merma el estado. Aún será preciso empequeñecerlo más, hasta limitarlo a una estructura confederada. La propia y exclusiva moneda, uno de sus símbolos más emblemáticos, desaparecerá en breve. Por el contrario, el sentimiento de pertenencia a una comunidad transnacional crecerá. Es el comienzo de un largo viaje hacia un mundo cada día más hermanado.

Algún día enterraremos todas las monedas, incluso los relucientes euros. El intercambio desinteresado hará enmohecer los billetes ahora más preciados. Mientras seguimos arañando trozos más ambiciosos de utopía, resuene con alegría el tintineo esperanzado de la nueva moneda europea.



13-IX-01

*A los dos
días del*

IIM en Nueva York

Humareda de esperanza

Cede la enorme humareda y se levantan ya las primeras reflexiones tras la conmoción de las torres desplomadas y ese pentágono malherido. Incluso bajo el peso de toneladas de escombros y miles de víctimas es posible extraer atisbos de empolvada y azotada esperanza.

El dolor, incluso en su mayúscula expresión como catástrofe, siempre abraza una segunda lectura. El ataque y desplomamiento de las “Torres Gemelas” no es excepción. Basta tan sólo echar un vistazo a la imagen de un Arafat tumbado en camilla donando sangre palestina para los americanos, u observar a Putin brindando toda su ayuda a los EEUU en el gesto de final de la guerra fría más significativo de los últimos años. No hay que hacer grandes piruetas argumentales para concluir que, en medio del incontestable dolor, despuntan también atisbos de aliento.

- La nación americana se ha unido como una piña. América también tenía su corazón. Quizá sólo adolecía de oportunidad para demostrarlo. América también tenía sus lágrimas guardadas para cuando apareciera la atroz e inmensa nube de humo.

- La unión de las naciones también se ha visto fortalecida. La crisis del ataque a los EEUU ha generado la oportunidad de manifestación de una unidad entre las naciones libres y democráticas jamás demostrada hasta el presente. La comunión de las grandes religiones se ha visto igualmente reforzada al prodigarse ceremonias ecuménicas en diferentes grandes capitales del mundo.

- América recibe un baño de humildad. Si sus mayores símbolos de poderío económico y político son vulnerables, toda la nación es vulnerable. América ya no mirará al mundo por encima del hombro, entre otras cosas porque el mundo se ha volcado en su apoyo.

- América comprueba que no hay verdaderas políticas de seguridad. El escudo antimisiles aparece ahora como un caro juguete del presidente Bush de dudosa eficacia. La mejor seguridad para las naciones, incluyendo la aún más poderosa de la tierra, es la garantía de concordia entre las mismas, de diálogo entre las religiones, amén de la determinación de desterrar el hambre y la miseria.

- Los atacantes suicidas quisieron enviar al mundo un mensaje de miedo paralizante y sin embargo el mundo pegaba su oído a esos teléfonos móviles que tan sólo emitían tiernas palabras de amor de las víctimas ya sentenciadas.

- América aprende que todo revierte, ley de “causa y efecto”, de “karma” que dirían los orientales. No se puede exportar armas hacia tantos rincones de la tierra, armar a Irak, a los propios talibanes sin que un día vengan las consecuencias. Los americanos han respaldado también a Israel en buena parte de su política en Oriente Medio. El fuego de odio desatado en la “tierra prometida” no es ajeno a la enorme humareda de Manhattan.

- Para los americanos las guerras siempre se ubicaron en algún rincón lejano y se relacionaron con asuntos exteriores. El sufrimiento ajeno siempre venía amortiguado por la distancia. Ojalá no hubiera sido necesario ese trance, sin embargo parece como si los EEUU hubieran arrastrado hasta el presente una falta de experiencia de la guerra en su propia carne, en el marco de su territorio que le permitiera profundizar en una cultura de paz. Parece que la historia, ahora tocada de turbante y larga barba, le leyera la lección pendiente.

- La ciudadanía se vuelca hacia adentro, aflora una conciencia espiritual desconocida. El asfalto neoyorkino se ha visto sembrado de sencillos altares con velas, flores y fotografías en recuerdo de las víctimas. El americano cambió su sentido de la vida, se aproximó más a lo trascendente cuando la muerte madrugó en el llamado “martes negro”, cuando el apocalipsis se apoderó del asfalto de Manhattan.

La cadena de causas y efectos que desembocan en el ataque a los EEUU es interminable. La historia nos debe servir para extraer imprescindibles lecciones, no para sumirnos en juicios que nos remontarían en siglos. Lo importante son las miles de torres no tumbadas por el odio, los miles de millones de vidas que aún continúan en pie y que son capaces de labrar un futuro de armonía entre los pueblos, culturas y religiones.

Es preciso ahuyentar la sombra de “Armagedón”, desdejar a toda costa a los profetas que anuncian la guerra civilizacional, la bipolarización entre el Occidente judeo-cristiano y el mundo integrista islámico. La presente espiral de violencia sólo puede cortarse devolviendo bien por mal. Las causas de la guerra se encuentran dentro de la mente humana, así que es allí donde debemos buscar y promover las simientes de una definitiva paz. ¡Que

G U I Ñ O A L A L B A

mañana podamos decir que hubo un humo que nos abrió los ojos, unas
“Gemelas” que no cayeron en balde!



25-X-01

Ante el clima de inseguridad desatado tras el 11M

Manual de seguridad para el nuevo milenio

Con miedo en los huesos no somos nada, apenas piltrafas tiritando. Nuestros días pierden sentido si cuando abrimos un simple sobre nos tiemblan los dedos, si cuando subimos la escalerilla de un avión nos asalta el espanto, si cuando entramos en el metro nuestros pulmones imaginan respirar letales aires. La vida es algo muy grande como para mantenerla sometida a la denigrante dictadura del miedo.

En medio de este agitado otoño, los temores se agrandan al mismo ritmo que los retos. En los prolegómenos del tercer milenio el ser humano atiende al prioritario desafío de volver a vivir en paz, de respirar en calma. En estos tiempos de encrucijada y crisis mundial sazonada por blancos y mortíferos polvos (ántrax), nos corresponde explorar las causas del desasosiego, los verdaderos remedios contra el miedo cada vez más generalizado.

Avanzo sugerencias de realización inmediata y probada eficacia. Bienvenidas las aportaciones en la conformación de un apresurado manual. Sólo se ruega que el empeño contra el terror ya químico, ya aéreo, ya doméstico..., no comporte medidas-parches, o engañosos paliativos tipo alambradas electrocutantes, ejércitos de vigilantes o, a mayor escala, costosos escudos antimisiles, desmoralizantes guerras... Sólo se aceptan medidas preventivas, globales y definitivas.

Para respirar tranquilo el ser humano, antes que liquidar a los fogosos integristas, habrá de levantar por fin una casa para todos, no para unos pocos. Deberá compartir sus aleros, su despensa, su jardín, su computadora, por supuesto el olor de sus flores. La solidaridad deberá pasar al rango de compromiso y abandonar la condición de limosna. Deberemos espantar al hambre de todas las mesas, acallar el clamor de las barrigas desnutridas, destacar médicos y maestros en todas las barriadas y aldeas.

Para respirar tranquilos el Norte deberá ensanchar la manta del confort, de forma que el Sur también se tape con ella. Quizá mañana nos alcance para microhondas y “yakuzzi” globalizados, pero de momento que todos tengamos cristal en la ventana, puchero al fuego y agua pura y cantarina en el grifo.

Para respirar tranquilos habremos de respetar que todos los pueblos elijan

su futuro, aún a costa de que ello retrase la hora en que, de común acuerdo, tumbemos las fronteras y por fin vivamos todos cual gran familia unida.

Para respirar tranquilos, los americanos dejarán de clamar a pleno pulmón “U.S.A” en sus reuniones multitudinarias y comenzarán a pensar que su verdadera patria supera los límites del imperio y se funde con los del mundo.

Para respirar tranquilos, las civilizaciones han de encontrarse y fecundarse, no rehuirse y acorazarse. Habremos de comprender que las más esplendorosas siempre han sido las que han acogido y nutrido a las otras.

Para respirar tranquilo el ser humano deberá de perder su propio miedo a la muerte. Deberá, de una vez por todas, empezar a imaginar que la vida nunca se acaba, que es continuo aprendizaje, eterno desafío de amor que incluye, en su programa de despliegue, el encuentro con más de un barbudo talibán. Para respirar tranquilos habremos de observar que a Dios se le mira con los más diferentes ojos y se le nombra desde los más variados labios; comprender que no hay más Verdad que la que poco a poco todos vamos construyendo, susurrándonos intuiciones, compartiendo trozos de pequeñas verdades, retales de infinito; habremos de reparar que los dogmas y las religiones únicas son las trampas que puso el Cielo para que un día superáramos orgullo y nos reclináramos en altar vecino.

Después de todo, la verdadera seguridad no es fácil encontrarla fuera. Sin embargo, no conciben amenaza el hombre y la mujer bien anclados dentro. Nada turba a quien vislumbra desde su interior abierta panorámica de eternidad.

No nos equivoquemos, no han llovido por casualidad los polvos blancos que tienen paralizados de temor a buena parte de la ciudadanía occidental. Despejar esa y otras modalidades del terror amenazante implica, en realidad, un cambio en las injustas estructuras sociales y económicas en las que está asentado nuestro mundo; nos obliga a empezar a conjugar con seriedad el verbo compartir en todos sus tiempos y modos, comporta por último lanzar un sincero guiño de encuentro al acorralado Islam.

Podemos y debemos respirar tranquilos por las calles y veredas de este maravilloso planeta. Para ello no es preciso invertir en sofisticados “scanners”, ni en más seguridad aérea, ni en más detectores de bombas. La

mejor inversión en materia de seguridad es barrer de polvo y miseria las calles de Kabul, de Gaza, de Managua...; es reunir a todos los credos bajo una misma cúpula, comenzar a orar y cantar todas las religiones unidas.

Sembremos lápices, pizarras, dispensarios, mucha soja y esperanza, ya no más cardos de separatividad y de odio, para que la fragancia de la paz inunde todos los campos. Volveremos a abrir las cartas sin temblor de dedos, a subir a los aviones con el gozo de remontar los cielos, pero para ello debemos primero colmar de justicia y pan la tierra.

Dicen que estaba cantada esta hora en la que el miedo se subiría a la grupa de muchos vientos, en la que el Antrax camparía a sus anchas y cundiría la desconfianza entre los humanos. Pero antes de que los agoreros del desastre, de que los profetas del apocalipsis entonararan su “requiem”, fue anunciada otra hora.

Estaba antes cantada una hora de auténtica seguridad de puertas y corazones abiertos, una hora sin tuyo ni mío, porque se fundían en su grandeza y diversidad tu Dios, tu patria, tu jardín, tus sueños y los míos... De repente respirábamos un nuevo aire, pisábamos una nueva Tierra, gozábamos de una nueva mirada. ¿A qué aguardamos? Construyamos esa hora sin flojera en las piernas, sin máscaras antigás en los armarios, sin más temor en los corazones que aquel que nos asalte por no esparcir todo el manojito de felicidad que cada quien trajimos a este mundo.

Recuerda, tu miedo calla si en el Sur también sonríen, tu temor vuela para siempre si construyes un nuevo mundo.



21- XII-01

Contenidos espirituales asaltan las

grandes pantallas

¿Sin noticias de Dios?

Penélope Cruz y Victoria Abril insisten en su parte cinematográfico que no hay noticias de Dios, sin embargo la realidad pareciera querer indicarnos algo diferente. Las pantallas no mienten y el alza de una película y de su género se mide por el mercurio de los ingresos. El mercurio de otras taquillas en estos días confirma que sí hay noticias de Dios, demanda de aproximarse a Su misterio sin tiempo. Hoy podemos encontrar como nunca el sello de lo enigmático y mágico en las carteleras.

“Sin noticias de Dios” claman las famosas actrices españolas en su recién estrenado largo, pero las salas se llenan de películas que nos empujan más allá de esta realidad tan tangible, como estrecha. “Harry Potter” y el “Señor de los anillos” triunfaron en las librerías y ahora lo hacen en las salas. Películas como “Atlantis” refuerzan también esta tendencia al alza del género mágico y fantasioso.

El público, sobre todo infantil, ya se ha pronunciado. ¿Hay todavía algún padre-madre o educador que no se haya percatado que los pequeños suspiran por la magia en las aulas, en el hogar, en la vida..., que ya se hartaron de la consola del videojuego y de los afluentes del Ebro recitados de memoria?

El éxito de este género desborda el marco infantil y nos invita a una reflexión más generalizada. En el celuloide están impresas las tendencias de nuestra sociedad actual. Una primera lectura apunta hacia una voluntad creciente de traspasar lo convenido y lo ensayado, de saltar a lo invisible e intangible, como si la realidad cercana y material se develara de día en día más limitada. Las nuevas tecnologías de la creación digital y la comunicación vienen a socorrer al hombre en este anhelo irrefrenable de hurgar lo desconocido.

Las salas de cine quizá demuestren, como ningún otro escenario, nuestras ganas de traspasar una realidad angosta, constreñida, de superar el raciocinio dominante, de huir de una civilización materialista ya agotada. Las pantallas ponen de manifiesto una voluntad, cada día más definida, de refundar una sociedad basada en otros valores. La violencia, el mal gusto

y el sexo comercializado pugnan junto a creaciones de suprema belleza, genialidad y fantasía por hacerse con los ojos de los espectadores. En el celuloide se manifiesta una disyuntiva en la que cada vez hay menos espacio para las medias tintas.

Las largas filas en todas las ciudades del mundo delante de los cines, presididos por el castillo de Harry Potter en grandes dimensiones de cartón, ponen de manifiesto esas incontenidas ganas de salir de unas coordenadas programadas en exceso, de avanzar, con la linterna de la sana curiosidad y el corazón abierto, más allá de lo diseñado, entre otras poderosas razones porque lo conocido no terminamos de apañarlo bien, entre otras evidentes causas porque lo ya trazado no está hecho a corte, medida y necesidad de todos.

Quizá algún día nuestro estómago se embote de palomitas, quizá nos cansemos de hacer cola a la puerta de un cine y reparemos en que podemos dar vida al celuloide, sacar el ensueño de las pantallas y desenrollarlo sobre el escenario de la realidad. Quizá reparemos en que precisamente el cometido de nuestra existencia era encarnar lo más fantástico y elevado que pueda rondar nuestras mentes.

Algún día nos levantaremos de la butaca, dejaremos de ser meros consumidores de lo fantástico y nos pondremos nosotros también a insuflar por doquier pequeñas dosis de magia, a bañar con misterioso sortilegio de amor nuestros centros de trabajo, de estudio, nuestros hogares y calles... Entonces la propia realidad adquirirá los rasgos arrebatadores que hoy sólo admiramos en las dos dimensiones de las pantallas.

Sí hay noticias de Dios, lo que pasa es que se lo “monta” diferente, se cansó de sus emisarios de sotana negra, de Su verbo tornado dogma y catecismo. Ahora se sirve de creadores, escritores y cineastas, de niños con gafas de sueños, de señores con anillos de eterna sabiduría, de las mil y una historias y leyendas que basta soplar con hálito de cariño para hacerlas de nuevo realidad.

Sí hay noticias de Dios, lo que sucede es que apenas afinamos Su sintonía en el dial de nuestros días; apenas reaccionamos después de tanto tiempo desconectados, apenas se ensancha nuestra visión recortada, apenas sorteamos laberinto de historias y formas religiosas y tocamos con el Fondo.

Sí hay noticias de Dios, lo que ocurre es que hay que atreverse a abrir su sobre de invitaciones declinadas, clicar su mail de “attachment” siempre comprometido, siempre arriesgado, su bomba de relojería frente a la mente supeditada al raciocinio, el temor, el egoísmo y la complicidad con lo injustamente establecido.

Sí hay noticias de Dios, apenas nos vaciamos de otras noticias que saturaron nuestro buzón por tanto tiempo, apenas lacramos la botella de la fe sin apellido y la esperanza sin frontera, apenas lanzamos al océano de libros y pantallas la precipitada respuesta de “bienvenida”.

En la Navidad dicen que Dios lanza una especial luz sobre Sus noticias, que las escribe en caracteres más profundos, más sonados, no necesariamente con alumbrado de neón, ni con brillantes lazos de regalo. Las graba en la nieve de las grande montañas y en el alma de las más diminutas flores, en el gozo de la paz y en la lección de la guerra, en los hogares de puertas abiertas y en los corazones comprimidos...



10-I-02

Eterna pregunta: ¿estamos solos en el universo?

¿Solos?

La eterna pregunta de si estamos solos en el universo golpea en el presente con más fuerza que nunca. En realidad toda nuestra historia ha estado acompañada de esta gigante incógnita, sin embargo hoy se hace, si cabe, más actual a la luz de los últimos descubrimientos astronómicos. El ser humano dispone en el presente de muchos más medios técnicos para afrontar la ineludible cuestión. ¿No estaremos en vísperas de que el orgullo de creernos los únicos habitantes del inmenso universo caiga, al igual que se deshizo en su día aquella soberbia de la tierra plana o centro de toda la creación?

Recientemente el Vaticano ha encarado también este acuciante interrogante. Una vez más los jesuitas han abierto los ojos a las autoridades de Roma. La culpa la tiene el padre George Coyne. Una entrevista concedida al diario italiano «Corriere della Sera» (7/01/02), por este director del Observatorio Astronómico vaticano, en la que vertía declaraciones como “La ciencia no destruye la fe del creyente, sino que la estimula” o “El universo es tan grande que sería una locura decir que nosotros somos la excepción” ha destapado la caja de los truenos.

La culpa la tiene el Papa que les permite mirar a los jesuitas por esas poderosas lentes que agujerean el universo, deslumbran al observador cauteloso y fulminan dogmas milenarios. A pie de altar, con los “Ejercicios espirituales” en sus manos, los soldados de Jesús darían menos guerra. Un vistazo por uno de esos potentes telescopios echa a perder la sotana de cualquiera. Penetrando en el misterio de sistemas y universos infinitos todo queda relativizado y hasta las más grandes religiones sufren riesgo de desplome. A todos, no sólo a los de la Compañía, se nos debería dar en gracia cinco minutos de contemplación por el Hubble y así curarnos de todo tipo de miopías y astigmatismos ya de orden cultural, nacional o religioso y así ampliar el mapa de nuestras visiones y creencias.

Quizá el mayor desafío del ser humano en los albores del tercer milenio no sea acabar con el terrorismo, sino precisamente ampliar ese mapa que posibilita una mirada más generosa, una percepción más incluyente. Con esa conciencia elevada y deslumbrada en medio de todas las luminarias del universo, los pequeños escollos de las disputas étnicas, religiosas o incluso

civilizacionales, estarán llamados a callar. Quizá nuestro mayor reto presente no sea el de dar con el saudí que tumbó torres e hizo tronar el mundo, sino el de romper el ensueño de la separación y las limitaciones de los sentidos y recuperar nuestro, más que probable, linaje como hijos de las estrellas, eternos navegantes del cosmos.

No abrigo ningún interés de que estemos solos en el universo, todo lo contrario. Si disfruto cuando mis amigos de Costa Rica, México o Argentina me hablan de sus pueblos, costumbres y culturas, cuando me comparten frutas, relatos y sonrisas que no conozco..., ¿qué no gozaré cuando me sienta a la mesa con mis futuros amigos de Andrómeda, Sirio o las Pléyades? Me cansan las películas que dibujan pérfidos rostros a los colegas estelares por venir, confundiendo lo extraño y lejano por peligroso, una y otra vez proyectando nuestros miedos, nuestros complejos hacia un cosmos ignoto.

Me sincero algo más. En realidad me apasiona el universo, comparto con el padre George Coyne esa excitación ante lo desconocido, sin haber tenido la ocasión de haber echado un vistazo por alguna de sus lentes. Me emociona esta exploración que desembocará, más pronto que tarde, en la mayor sorpresa de todos los tiempos: la de constatar que no estamos solos, que compartimos universo. Nos encontramos al borde de la más preciosa aventura jamás vivida: la suerte inmensa de reunirnos, festejar, reír y colaborar con seres de otros planetas.

Ya no se trata sólo de dar rienda a la imaginación. La nueva generación de gigantes telescopios y radiotelescopios nos ha revelado galaxias mucho más numerosas y grandiosas que las que conocíamos. Cada día que pasa la ciencia empuja un poco más los telones del inmenso escenario de la creación.

A medida que esas potentes lentes, ondas de radio e infrarrojos de los observatorios astronómicos se adentran en el universo desconocido, a medida que hurgan en lo que ayer fuera la nada y hoy son galaxias, constelaciones, agujeros negros..., algo nos hace pensar que quizá no seamos el centro de un universo de día en día más descomunal y sorprendente. Esos “ojos indiscretos” que, con creciente precisión, manejan los científicos, quizá nos revelen pronto, que no es inerte cuanto nos rodea. Aunque la vista humana al desnudo sólo puede percibir dos o tres nebulosas, los modernos

aparatos astronómicos, que desde hace unos años son capaces de ver a través del polvo estelar, nos dan a conocer millones y millones de esos universos físicos, muchos de ellos en proceso aún de formación.

Por de pronto, contamos ya con una idea muy aproximada de las increíbles dimensiones de nuestra propia galaxia. Tomando como medida el “parsec” (30.856.785.000.000 kilómetros, ó 3.2615 años luz), nuestra formación estelar tiene 30.000 parsecs de diámetro y un espesor de 400. Estas medidas son difíciles de concebir mentalmente, por lo que es preciso echar mano de analogías: si la galaxia cubriera todo el continente norteamericano, las estrellas, incluyendo nuestro Sol, serían partículas microscópicas más pequeñas que una milésima de centímetro separadas por tan sólo 150 centímetros. Aún con estos ejemplos, nuestro intelecto apenas puede sujetar la noción que implican estas enormes cifras.

El Sol se encuentra a dos terceras partes del diámetro del centro de la Vía Láctea (9000 pc del centro) y se desplaza a razón de 235 kilómetros por segundo en su órbita alrededor del centro de la Galaxia. En base a estos dos datos, se determina que la Vía Láctea tiene un total de: 100.000.000.000 de estrellas y una masa 140.000.000.000 superior a la del Sol. Entre ellas el 48 por ciento son tipo G-M, es decir, similares a nuestro astro rey. Todo esto ha sido corroborado visualmente por las búsquedas sistemáticas y catalogación de estrellas realizadas, entre otros, por el famoso telescopio Hubble.

La “exobiología”, ciencia que estudia las posibilidades de existencia de vida en el universo, fuera de la Tierra, ha experimentado un increíble avance en los últimos años. El factor que define esta posibilidad (la “Ecuación Drake” que es actualizada diariamente) se ha visto incrementado año tras año; jamás este valor decreció. Durante tiempo, muchos científicos dudaron de que otras estrellas tuvieran planetas como el Sol y basaban en esta premisa su hipótesis de que no había posibilidad de vida extraterrestre. Desde 1996 se han descubierto más de 300 estrellas con planetas que giran alrededor de ellas, por lo que la posibilidad de vida se ha visto también aumentada.

La NASA estima que bajo las aguas del satélite de Júpiter, Europa, existe vida microscópica. Si esto se confirma por la sonda espacial que va en camino del gran planeta, existirán dos cuerpos en el sistema solar que albergan vida, la Tierra y Europa. Por último, la agencia americana ha cer-

tificado la existencia de vida molecular en Marte.

Se acumulan, por lo tanto, evidencias de que abundan sistemas planetarios como el nuestro. Al fin y al cabo, tanto el ser humano como otros seres vivos están basados en agua y en organismos moleculares. Nadie sabe cómo es de grande el universo, pero los astrónomos consideran que contiene alrededor de 100.000 millones de galaxias. A tenor de estas “astronómicas cifras” y de tantos indicios de vida sobre nuestra cabeza, la conjetura de que existan otros planetas habitados comienza a no ser descabellada.

Alientan todos estos datos, todas estas atinadas prospecciones siderales. Uno, en realidad, prefiere que no estemos solos, que haya otros seres más evolucionados que nos señalen Norte, que nos inviten a sus planetas con ríos cristalinos, a sus playas sin petróleo, a sus campos sin vallados, a sus ciudades sin miseria. Uno prefiere que haya otros seres con historias de cósmicos escenarios, con sueños sin techo y televisión sin disparos.

Uno prefiere que haya otros “marcianos” que nos sugieran cómo podemos vivir en paz, compartiendo abundancia, ayudándonos y no mortificándonos los unos a los otros. No se trata de simple turismo espacial, de satisfacer vanas curiosidades. Es una necesidad ya no de la mente, sino del alma de ensanchar horizontes, de unirse a más familias estelares; es un impulso vital de nuevos y estimulantes vínculos, de sugerentes e inimaginables escenarios.

Creo firmemente que esos otros seres existen, que carecen de extrañas antenas, pero no de rostros nobles, que nos guiñan en las noches estrelladas de verano, que nos alientan en nuestro, a veces, duro periplo terrestre. Anhele firmemente ese instante en que abrazaremos otra piel, otros cuerpos lejanos, anhelo ese día en que veremos ensanchado el sueño de fraternidad a la medida del cosmos infinito.

Información científica obtenida de: www.sciam.com, www.jpl.nasa.gov, www.exn.ca, www.paoweb.com, <http://archive.stsci.edu>, <http://members.tripod.com>, así como del estudio “The Search for Extraterrestrial Life”, de Carl Sagan (Universidad de Chicago)

1-II- 02

Letras dirigidas a la primera mujer-bomba palestina

Carta póstuma a la mujer-bomba

Querida Wafa Idris:

Hacía falta verdadero valor para colgarse a las 7 de la mañana el pesado paquete de la muerte propia y ajena, como quien se echa a la espalda la mochila de un abundante almuerzo. Hacía falta valor para salir de casa el pasado 27 de Enero en dirección a una transitada calle de la que sabías no habías de retornar. Hacía falta valor para encaminarse sola y sin dudarle. Te sobraba arrojo en tu gesto de abandonar todo por una causa. Tan sólo te faltaba explorar un heroísmo sin tanta carga de postrero dolor y llanto. Tras saltar por los aires en multitud de pedazos, los periódicos dieron a conocer tu bella imagen engalanada para una fiesta familiar, tu rostro de misteriosa mirada, de alto moño y labios carmesí. También se ha revelado tu historial como voluntaria permanente de Media Luna Roja. Algunos cronistas te han bautizado con el sobrenombre de “dama negra”. Yo quiero creer que la dama negra tan sólo se te cruzó un momento en tu camino de servicio y salvación, un golpe de desesperanza que ella aprovechó para seducirte con falso guiño, con su hechizo de errado heroísmo.

Todos erramos, por más que tu agujero tiene el peso de muchos inocentes. El estruendo en la calle de Jaffa se encontraba en el medio equidistante entre la bravura y la sinrazón. Tu curriculum de abnegada y siempre dispuesta enfermera no urgía despropósitos para entrar en la gloria. La historia más brillante de los pueblos está tejida de pequeños y anónimos heroísmos, como el que seguramente venías ejerciendo a pie de víctima de Intifada, heroísmos por supuesto exentos de autoinmolaciones devastadoras.

Debiste seguir gastando trajes livianos, de algodón filipino, de seda de Samarkanda, no de hierro y metralla. No era preciso ir a esa calle, la más concurrida de Jersusalem Oeste como mensajera de la destrucción y la muerte. Después de sanar tantas heridas, en un segundo las afloraste en doscientas personas inocentes. Era la bomba-persona más potente conocida en los últimos tiempos. A una mujer de ochenta años ni siquiera hubo necesidad de sanarle heridas, pues la deflagración calló para siempre su anciano cuerpo.

No era preciso ir a esa calle, menos un domingo, menos con tan pesadas alforjas, menos con la intención de acabar allí tus días y de causar tanto

daño a los transeuntes. Cualquier camino hubiera sido más acertado: el que lleva desde tu campo de “Al Amari” a los olivos, el que conduce a los limoneros... a cualquier encrucijada soleada, a cualquier rincón de vida. No era preciso ir a esa calle para convertirte en la primera mujer-bomba palestina, para reventar tu cuerpo joven, tu figura hermosa y llena de alegría.

¿Cuántas gentes podías haber sanado, cuántas frentes acariciado, cuántas heridas acallado con esas manos que te arrancaste? No sólo hay que abrigar generosidad, también y más importante, es preciso saber cómo y dónde invertirla, so pena de ríos de sangre, de multiplicación de sufrimientos. Según la forma que adopta esa inversión de generosidad, la humanidad avanza o retrocede.

Hay bombas y bombas. La más afortunada y efectiva eres tú sanando a diestro y siniestro, apurando entre gasas y cloroformo tus horas libres de estudiante. La verdadera explosión es una enfermera que se desvive igual por palestinos y judíos, que atiende al paciente sin importarle el color de su frente. La verdadera bomba que cambiará el mundo eres tú y los tuyos por fin acercándote y ensayándote en amar a tus enemigos.

Amar no es sucumbir, no es renunciar a lo que en ley te pertenece, amar no es traicionar el esfuerzo de tus antepasados por crear una patria digna. Amar al adversario es hablarle también de sus injusticias y despropósitos, pero sin ápice de odio; amar es luchar con mirada limpia, con labios elocuentes, con manos vacías y el cuerpo desnudo de “goma dos”. Amar es empujar la historia hacia un horizonte de perdón y reconciliación, edificar una civilización en la que haya para todos un lugar junto al limonero o la sombra de los viejos muros de la ciudad tres veces santa.

No hay bomba más poderosa en el universo que el amor. Los mayores imperios pueden derrumbarse bajo el efecto de su infinita honda expansiva. Por el contrario, todas las bombas que llevan detonador y estruendo, las que en un futuro quieran cargar bajo el chaleco tus amigos y compañeros, tan solo riegan sufrimiento, tan sólo os alejan un poco más de vuestra añorada libertad.

Compartirte también que la autoinmolación difícilmente te empuja hacia Dios, te pone a sus pies como refieren vuestros doctrinarios, si es caso retrasa la anhelada cita, si es caso provoca una enorme culpa que te dis-

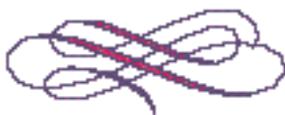
tancia de tan excelso encuentro. No queremos más compañeras ni compañeros tuyos saltando por las aires. Diles desde arriba que la Yihad era una mentira, que sólo es santa aquella guerra que cada cual libra dentro. La verdadera Yihad es la que emprendemos contra nosotros mismos, precisamente contra esa parte destructora que a todos nos habita, contra esa zona explosiva en la que se nos enquistaba una ancestral crueldad, una inercia de odio.

No hay más guerra santa que aquella que emprendemos con el objetivo de conquistar más terreno para el amor en nuestra interna geografía. Los judíos no son tus enemigos, se te cruzaron en el camino para probarte en un titánico esfuerzo de amor, precisamente porque ellos son los que más daño te han podido infligir a ti y a los tuyos.

Recuerda estimada Wafa que las bombas no son para los domingos, ni para los lunes, ni para los martes..., para ningún día de la semana, menos aún para adherirlas a un cuerpo de veintisiete años; recuerda que los centros comerciales no han de ser cementerios por más “adversarios” que los transiten. Recuerda para tu próxima vida que la gloria va con tu ambulancia apresurada, no con tu vestido-bomba, que la Yihad es un cuento tan absurdo como caro.

Pero sobre todo, recuerda querida Wafa, que las mujeres sois portadoras de vida, jamás sus canceladoras. He ahí vuestro elevado cometido, vuestra sagrada diferencia. Por favor, por más desafinados cantos de guerra que resuenen a tu alrededor, no vuelvas a confundirte de altar.

Desenvaina jeringuillas, carga con vendas, viste de nuevo tu blanca bata de enfermera. Camina ahora por la gloria, nunca perdida, de quienes lloran errores, de quienes enmiendan desatinos.



4-III-02

La prohibición del velo

en Francia en los lugares públicos como excusa para reflexionar sobre la necesidad o no de desvelar el misterio en sus diferentes facetas

Velos

Felizmente somos testigos de la caída de muchos velos. Se han precipitado incluso más de los que estaban pendientes, de los que se hallaban programados para nuestros días. A veces los velos son como los muros, sólo que más resistentes. Es preciso que caigan de los unos y de los otros para alcanzar más cuotas de libertad, pero mientras que el muro siempre separa lo que es preciso unir, a veces el velo protege también lo que es preciso preservar.

¿Están llamados todos los velos a abrirse? Si corremos todos ellos, se acaba el misterio de ese ser por explorar, de esa fruta por saborear, de esa fórmula por atrapar, de esa atmósfera en la que penetrar, de ese principio o ley por hallar, de esa geografía por hollar, de ese alba por imaginar..., y si se acaba el misterio, se acaba la vida. En realidad ésta es un continuo rasgar de velos. Si caen todos ¿qué sentido le dejamos? Si todas las miradas son asaltadas, si todas las pieles acariciadas, si todos los enigmas son vaciados, si de todos los jugos somos saciados... ¿qué nos queda?

Mantengamos ciertos velos, entendidos éstos de forma metafórica, preservemos ciertos espacios vedados. El velo fomenta fantasía, alienta imaginación, señala lo intocable. Es ley de vida: lo bello, lo elevado, lo puro no se regala, hay que saber ganarlo, conquistarlo. No cualquiera es digno, en cualquier momento de descorrer el velo. Nuestra sociedad materialista y hedonista no se aviene con éste. Nos anima a disponer de todo, sin esfuerzo, a golpe de tarjeta de plástico en un marco de libertad malentendida.

Aprendamos de una naturaleza que a menudo mantiene su faz velada. No siempre conviene desnudar lo oculto, por lo menos a todos los ojos, a plena luz del día. No todo lo manifiesto es beneficioso, aún resta el misterio, el encanto, la inocencia, cierto pudor a defender..., sin embargo muchos de estos velos también se precipitan en nuestros días. Colocar el velo en su justo momento y a su preciso punto de altura es un arte que no muchos dominan. No es fácil encontrar el equilibrio ente lo oculto y lo diáfano, entre lo llamado a manifestarse y lo aún destinado a permanecer escondido. El velo libremente asumido no tiene por qué caer en desuso; a veces es necesario, también en occidente. Parece que nuestra civilización consumista se empeñara en ponernos todo al alcance de la mano, sin necesidad

de merecerlo. Poco a poco se va diluyendo el valor de la conquista, y sin embargo ésta entendida como reto, como iniciación personal, siempre fue necesaria. Hay terrenos desafiantes en los que es preciso ahorrarse cheques, arpiás, maleficios, incluso el “mantram” secreto de la VISA. El logro verdadero, aquel cuya gloria perdura, reclama esfuerzo, paciencia y amor: unos ojos, un secreto, una enseñanza, unos labios, un misterio... Los velos son precisamente necesarios para forjar nuestra voluntad, para desarrollar nuestra capacidad de entrega, para iniciarnos en una etapa más madura.

El velo da poder a quien lo porta. “El hecho de ser una mujer libre y llevar velo a voluntad es conservar el poder de la mujer misteriosa. La contemplación de una mujer velada es una experiencia muy profunda” dice Clarissa Pinkola Estés en “Mujeres que corren con los lobos” (*Ediciones “B”. Madrid 2001*) En otro momento de este, tan largo como apasionante ensayo, traducido a dieciocho idiomas, también señala: “El velo indica la diferencia entre el ocultamiento y el disfraz. Se refiere a la necesidad de ser discretas y reservadas para no revelar la propia naturaleza misteriosa y la necesidad de conservar el eros y el mysterium de la naturaleza salvaje.”

El velo proporciona protección: “Cuando las mujeres están cubiertas por el velo, las personas sensatas se guardan mucho de invadir su espacio psíquico”. La escritora húngara alcanza a decir en defensa de la cuestionada tela: “Llevar velo nos consagra como seres pertenecientes a la ‘mujer salvaje’. Somos tuyas y, a pesar de no ser inalcanzables, nos mantenemos en cierto modo apartadas de la total inmersión en la vida del mundo exterior”. No se alarme la lectora. Para la doctora Estés, la mujer salvaje no es sino aquella dotada de una aguda percepción, un espíritu lúdico y una elevada capacidad de afecto, aquella que llama a la mágica puerta de la profunda psique femenina. Nada por lo tanto a reprobar en este arquetipo que felizmente emerge de nuevo en nuestros días.

Esta psicóloga jungiana, de renombre internacional, abunda en que el efecto del velo sobre algo aumenta su efecto y sentimiento. En este sentido merece especial mención la comparación que establece entre el velo y el lienzo blanco que se utiliza para tapar el pan: “El velo de la masa de pan y el velo de la psique sirven para lo mismo... Se produce una intensa fermentación”. Lo que colocamos detrás del velo quedaría de alguna forma revalorizado, incluso vedado si aún no se es digno de alcanzarlo. La doctora se adentra también en la investigación del velo como instrumento de

la “femme fatale”. “Lucir un velo de determinado tipo en determinado momento, ante un amante determinado y con un aspecto determinado equivale a irradiar un intenso y nebuloso erotismo capaz de cortar la respiración. En la psicología femenina el velo es un símbolo de la capacidad de las mujeres de adoptar cualquier presencia o esencia que deseen.”

Toda rebelión tiene sus límites y la que apadrina la modernidad frente al velo, evidentemente los alberga. En una sociedad que se desayuna y acuesta con miradas insinuantes, con poses excitantes, con carnes relucientes, el velo, insisto en su interpretación metafórica, ayuda a restablecer debidos respetos, a recobrar una noción más sagrada de la mujer, al fin y al cabo nuestras madres, hermanas, compañeras, amigas... No es cuestión de moralina, se trata tan sólo de cuestionar una dignidad agraviada, del hastío de la provocación sensual como arma de negocio, de objetar un generalizado mercadeo de muslos y pechos... Por lo demás, en un mundo de compra-venta de intimidades, de vídeos y objetivos apostados por doquier, de espacios privados robados por “grandes hermanos” omnipresentes, no está de más echar algún velo protector sobre lo inocente, lo puro, lo sagrado. Hay velos que tienen que levantarse, hay oprobios en la sociedad islámica que han de ceder, pero también hay cortinas que se han de echar en nuestro mundo. Cada quien es dueño de sus propios velos, rostro e intimidad. Lo más importante del velo es colgarlo en plena libertad, sujetarlo de “motu proprio”. Más difícil de aceptar es un velo o un pañuelo, no digamos ya una “burka”, que obligan a colgar unas leyes, una moral, una religión...

A estas alturas nadie debería cuestionar la libertad en el atuendo. Las mujeres islámicas no tienen por qué seguir soportando, si no lo desean, una legislación que las mantiene aún sometidas y postradas en pleno siglo XXI. Las adolescentes de origen magrebí son muy libres en nuestro país de echarse el pañuelo a la cabeza antes de tomar rumbo al instituto. Nadie tendría que objetar tan elemental derecho, siempre y cuando no haya sido el padre quien le haya alargado el pañuelo a la joven en el umbral de la puerta de su casa, en el arranque del camino hacia su merecida libertad.

20-V-02

El precario estado de salud del Sumo Pontífice Juan Pablo II, como excusa para una revisión crítica de la Institución católica

Urgente relevo

Un muy discreto debate sobre la salud del Papa y la necesidad de su renuncia se ha suscitado en los medios de comunicación en los últimos días. Muy pocos se atreven a hablar abiertamente, sobre todo en el seno de la Iglesia, de la urgencia de relevo en la máxima autoridad católica. Un tema tan tabú sólo evidencia miedos y fragilidades.

Nadie debería considerarse imprescindible. Las instituciones que penden de una sola figura son aquellas que han abrigado recelo de compartir responsabilidades, que no han sabido reciclarse de acuerdo a los tiempos actuales de mayor participación. La institución romana y su supremo mandatario son fiel exponente de esa precedera forma de entender el gobierno ya civil, ya religioso. El creciente protagonismo del individuo en el seno de los movimientos sociales y espirituales no se aviene con unas estructuras piramidales más propias del pasado.

La voz extenuada, el cuerpo abatido, las manos temblorosas del sumo pontífice dicen algo de una Iglesia temerosa y titubeante ante el futuro, de una institución también envejecida, anacrónicamente ordenada en esa pirámide cuyo vértice hay que sostener por todos los medios. Un Papa de aspecto tan frágil acompaña la imagen de una Iglesia también débil, que manifiesta incapacidad de emprender un relevo a tiempo.

Los expertos en geriatría lo acaban de confirmar: un enfermo de “Parkinson” va perdiendo sus facultades mentales y puede no reparar en la necesidad de adoptar una decisión en un momento dado. Juan Pablo II, aquejado de esa enfermedad degenerativa, puede perfectamente haber perdido la noción de algo más que evidente: su estado físico y mental no le facultan para seguir dirigiendo la Iglesia. Es difícil que se escape esta obviedad a cualquiera que ve por las pantallas al Papa Wojtyla en alguna de su comparencias públicas. Con todo, lo preocupante no es que él mismo no repare en la urgencia de su propio relevo, lo más inquietante es que no se alcen voces en el seno de la Iglesia que manifiesten algo tan palmario.

El sumo respeto debido a una persona de enorme carisma que concita el fervor de cientos de millones de católicos, que se ha entregado en cuerpo y alma a la más grande institución religiosa del planeta, no está reñido con

la constructiva crítica a su empecinada actitud de no abandonar el liderazgo. Faltan voces valientes que simplemente proclamen que no se puede dirigir la Iglesia con tan temblorosa mano, con voz imperceptible, con facultades mentales ya mermadas por la edad avanzada. No hay falta, ni infidelidad en ello. Una institución tan blindada a lo evidente es una institución que requiere enormes transformaciones. Con todo ello, lo más urgente no es el relevo de personas, sino de horizontes.

No se puede decir que el sumo pontífice no haya operado cambios, pero no al ritmo que la cristiandad demanda. El Papa ha realizado una reflexión autocrítica de la historia de la Iglesia, su voz no se ha acartonado en demanda de una mayor justicia social, ha sido bastión de paz y apóstol del amor fraterno y la no-violencia en medio de un mundo convulso, ha hecho importantes gestos para la reunificación de la cristiandad, ha promovido encuentros ecuménicos con otros credos..., pero su locomotora no desea sumarse al ritmo más acelerado que demandan los nuevos tiempos. Talante conservador a un lado, un Papa con sus pesados y recién cumplidos 82 años, en su actual estado de salud, no puede afrontar esos cambios necesarios.

La mujer sigue limpiando los suelos de todas las iglesias del mundo, quitando el polvo a los santos, reponiendo las velas... La mujer sigue leyendo el evangelio de las homilias, repartiendo incluso la sagrada forma..., pero aún no es "digna" de presidir el altar. Cáliz de vida, paradigma de la entrega, depositaria por excelencia de lo mágico y sagrado..., aún sigue condenada a un segundo plano en la vida eclesial.

Por todo el mundo se levantan las denuncias de los sacerdotes que no logran acallar sus bajos instintos, controlar sus manos dominadas por una libido ya desbordada. Aumenta de día en día la lista de clérigos caídos en desgracia por unos votos de castidad que no soportaban, por una sexualidad mal reprimida que canalizaron de una forma depravada. Sin embargo aún no se levanta la licencia para amar también físicamente a los sacerdotes, no se les permite manifestar su sexualidad de una forma sana y pura con la mujer que puedan elegir para compartir su vida.

La amenaza y el miedo aún prevalecen en los catecismos del siglo XXI, como si la conducta pudiera enmendarse y la fe fortalecerse tras la parálisis que provoca la contemplación del gran caldero de Lucifer. Los calderos

se vaciaron, los infiernos fueron clausurados y sus destinatarios reconducidos a más tropicales climas, pero la Iglesia aún sigue soplando sobre las brasas del fuego eterno.

La Iglesia continúa intercediendo entre el Cielo y la tierra, como si fuera eslabón imprescindible, como si no fuera posible soslayar clérigos, capellanes y religiosos para establecer vínculo con el “más allá”. En nuestra sociedad ya no es preciso “operadora” cuando marcamos un teléfono, pero tampoco cuando ensayamos una comunicación vertical con el mundo espiritual. Hace tiempo que se inauguró autopista digital, “así en la tierra como en el Cielo”. El confesonario es la reliquia de un tiempo en que no sabíamos que había línea directa, en que había que transmitir al “operador”, capellán, nuestras cuitas y faltas, porque creíamos en un Dios algo sordo y tan remoto que sólo se avenía con intermediarios.

Urge también un reciclaje del sacerdocio. La autoridad espiritual representa ante todo servicio en el amor y para ello no es preciso disfrazarse de negro, ni doctorarse en teología. La espiritualidad como experiencia suprema, como la aventura más grande del hombre en la carne consiste en el esfuerzo de hacer avanzar los límites de la autoconciencia, tras el contacto con la presencia divina. Seamos agradecidos con la compañía que en ese itinerario nos ha prestado la Iglesia y sus vicarios, mas con todo, permita y fomente la poderosa institución la libre búsqueda de ese contacto vital. Europa lidera los procesos de cooperación y unificación a nivel político, cultural, económico, jurídico, militar... Su apuesta podrá ser más o menos interesada según los casos, pero no deja de operar como campo de pruebas de un mundo más unido. A un nivel religioso la apuesta reunificadora del Vaticano es mucho más tímida. La idea proselitista de la evangelización prima a menudo sobre el anhelo de encuentro, la máxima de la “captación”, la idea de la “conversión” prevalece en muchos casos sobre el deseo de sincero ecumenismo y mutua fecundación espiritual.

A pesar de los errores aquí apuntados, de los defectos inherentes y adquiridos, nadie puede negar la ingente labor humanitaria y de desarrollo social, cultural y económico que realiza la Iglesia sobre todo en el Sur, nadie puede obviar su capacidad de vehicular el fervor religioso de tantos feligreses, la tutela moral y ética que ha ejercido en un pasado más primitivo y salvaje, su contribución al desarrollo de la cultura, la educación y la civilización en general.

Sin embargo, si la Iglesia católica del siglo XXI no experimenta una enorme y sincera transformación puede llegar a ser un obstáculo para satisfacer los anhelos espirituales de las mentes en expansión. Muchas almas conservadoras se apegan a una religión antigua y autoritaria, de tradiciones y dogmas consagrados, pero ese no es el caso de las cada vez más numerosas almas inquietas que sacuden en todas las latitudes el orden social y religioso imperante.

Misión cumplida. Se comparta o no su legado, se dio por entero a la tarea que la cristiandad le encomendó. Dios guarde al carismático Papa de Polonia muchos años, le preserve la facultad de considerar la necesidad de retirarse a descansar, le otorgue también a su sucesor la capacidad de redirigir la Iglesia hacia nuevos, más abiertos y emancipadores horizontes.



15-X-02

Sobre la ficción de la muerte

Hojas de otoño

Hojas amarillas llaman ya a la puerta de mi casa. Barro la entrada de la hojarasca que ayer me diera sombra y hoy es juego de la brisa, entretenimiento de los niños. El frío va dorando el paisaje. A un lado de la pantalla verdes ocres, verdes amarillos, golpean mi ventana. Asalta a la vista la magia del otoño.

Un aire más fresco peina los campos sin espigas. Descansa el labrantío tras haber ofrendado todo su grano. El viento regala a los suelos el dulce jarabe de la higuera. La vecina me advierte, bolsa en mano, que me trae los últimos y sabrosos tomates.

Una sonrisa maliciosa, casi irreverente, me brota al leer en la pared de mi oficina que se acerca el “día de los difuntos”. No sé bien de qué muerte me habla el calendario. Vuelvo a mi ventana de otoño y no diviso nada que ella haya podido alcanzar. El verde ahora más pálido de mi valle la desafia en silencio. Se apagan los perfumes en estos días, pero se sostiene la vida hasta el infinito. Retorna una vez más el otoño con su disfraz de agonía. La vida se colorea, esconde reposa, muta, camufla..., mas estoy convencido de que nunca calla.

Se acerca el “día de los muertos” y teclado en mano yo quiero cantar a la vida. ¿Y si ese falso y enlutado instante del fin se prolongara a nuestra voluntad? ¿Y si construyéramos futuro a medida de nuestros pensamientos y visiones? La vida no está en precario por muchos coches bombas que estallen a las puertas de las discotecas, por más inoportunos misiles que se acerquen a las rampas de lanzamiento... El telediario descarga en la sobremesa su cuota de cuerpos inertes, pero la vida no está entredicho por más que el despropósito la acorrале, por más que el terror la atenace, por más que los elementos de la naturaleza se rebelen ante nuestro abuso y se desaten con fuerza inusitada... Sólo nuestro propio terror cercena la vida. Es el miedo a su fin lo único que la cuestiona.

Si nuestro innato anhelo de eternidad se frustró en el papel manoseado del catecismo, en el tedioso Cielo que nos pintó un credo impuesto..., busquémosla más allá, en las mil y una pistas que esconde el misterio en cada uno de nuestros días. Rastreemos eternidad en el hayedo de otoño, en los ojos de una mujer, en la sonrisa de un niño, en el tomate que trajo la vecina, en el higo que tiró el viento, en el éxtasis de un paisaje pálido...

Vayamos tras su rastro, sólo puede existir si en ella creemos y entonces “otro mundo posible” se extenderá a perpetuidad. Merece la pena ponerle alas a ese otro mundo para no crucificarlo, hipotecarlo en una materia siempre imprevisible, siempre caduca.

Lo han cantado miles de pancartas y voces por todo el planeta: “Otro mundo es posible”. Sólo resta enterrar el rencor y la muerte. La muerte no la crean los terroristas, los maniacos, los asesinos..., la muerte la alumbraamos nosotros mismos, insuflando su falso espectro. “Otro mundo es posible”, pero sale muy caro si el sorbo de vida es tan efímero.

¿Merece la pena otro mundo de tantos sudores sin prórroga de disfrute? ¿Y si los plazos se prolongaran sin límite? No el aburrido tañer de la lira sobre el algodón flotando en un aséptico infinito, no el concilio de los buenos jugando un inacabable dominó, no la holgazanería a perpetuidad conquistada por una vida proba, sino eternidad como un continuo forjar de amor y voluntades. ¿Y si ésta fuera un crear y recrear otros mundos posibles, un idear nuevos paraísos, nuevos pueblos, comunidades, planetas...? ¿Y si los desafíos no se acabaran, si cada existencia presentara un nuevo y más ambicioso reto, si cada escenario que construyéramos fuera cada vez más hermoso, luminoso, fraterno? De repente, el más allá nos podría exigir un dinamismo, un esfuerzo, un ingenio que asustaría a los angelitos de perennes vacaciones de nuestra iconografía tradicional.

“Otro mundo es posible”, pero quizá la mayor aduana la hemos levantado en el fondo de nuestros corazones al poner condiciones al amor y caducidad a nuestros días. ¿Para qué levantar utopías si dentro perduran setos y barreras, para qué fabular sueños si los arrastra a la nada el primer viento?

Por supuesto, otro mundo es posible y además nos llevaremos el cielo cuando consigamos limpiarlo, nos llevaremos lechugas y tomates biológicos cuando cultivemos en pequeños huertos, nos llevaremos las cascadas cuando les devolvamos su color de cristal, nos llevaremos nuestras ciudades cuando las tapicemos de jardines, nos llevaremos olor de fraternidad cuando esté instaurada en todas nuestras geografías... Dejaremos cuerpo agotado, pero volveremos una y otra vez llamando nuestro espíritu a la aldaba de estancias cada vez más maravillosas, más gloriosas.

El otro mundo posible no cabe en las estrechas paredes de una religión dictada y dirigida a distancia, pero tampoco se puede estrellar en la desespe-

ranzada caducidad de un secularismo y materialismo imperantes. Descarguemos a los curas de la culpa de haberse apropiado de nuestros destinos imperecederos y comencemos a diseñar nuestro propio escenario de eternidad.

Los movimientos de progreso de día en día menos agresivos, más creativos, más esperanzados están llamados también a atender a los interrogantes de otoño. Su inversión de felicidad colectiva puede alcanzar inesperados y anchos futuros. Las gentes inquietas, los artesanos del “otro mundo posible”, los rebeldes con causa de todas las geografías pueden estirar sus horizontes más allá de lo conocido, encarar con sonrisa la aduana de la mal llamada muerte, apuntalar una utopía sobre cimientos aún ignotos. Llega la hora de comenzar a iluminar las lúgubres estancias concebidas en el más allá por gentes tan escépticas como generosas y entregadas.

El otoño es antesala de espejismos. Las hojas que golpean la puerta de nuestras casas no están muertas. El invierno aún no ha conseguido hasta el presente acabar con la vida. No le pongamos nosotros fin, si ni el frío, ni la nieve pudieron con ella. “Otro mundo es posible”, otro mundo de abundancia y gozos compartidos, otro mundo que juegue con las hojas del otoño, pero que por nada se crea su disfraz de oro viejo, su artificio de muerte, su engaño de caducidad.

En las playas de Kuta-Bali, en medio de numerosas flores y velas, círculos de familiares y amigos de las “víctimas”(del atentado terrorista) elevan hacia el cielo un “Om” de amor y compasión. Allí, a falta de hojas de otoño, de hayedos mudados en maravilla, el océano infinito, la olas incansables se encargan de devolverles la esperanza: “Vuestros ‘muertos’ viven. La vida nunca se acaba”.

13-I-03

Glosa a la figura del nuevo presidente brasileño: Lula da Silva

Anchas espaldas, viejos sueños

“No soy el resultado de una elección, soy el resultado de una historia. Estoy concretando el sueño de generaciones y generaciones que antes de mí lo intentaron y no lo consiguieron” proclamaba Luis Iñazio Lula da Silva en su discurso de toma de poder. El nuevo presidente de Brasil es consciente de las dimensiones de su victoria, de que no sólo administra el sueño de los vivos, sino también de los llamados muertos, de aquellos que partieron con la canción en los labios y la mirada puesta en un horizonte de justicia y libertad humanas.

¿Cómo se dejará sentir el peso de tanta historia pujante, de tantas voluntades impacientes, de tantos anhelos tronchados, de tantas nobles aspiraciones... acumuladas a lo largo del tiempo, en un hombre principalmente? El nuevo mandatario “brasileiro” sabe que su liderazgo no se ciñe al país más grande de América, ni siquiera al propio continente, es consciente de que su guía alcanza una dimensión mundial. Se percata de que no le sostienen 60 millones de papeletas, sino muchos más millones de votos sin urna repartidos por la faz de la tierra.

El ex-sindicalista no ignora que administra, no sólo la confianza de sus conciudadanos, sino de millones de gentes en todo el planeta, para los que la palabra Brasil es ya sinónimo de esperanza, de ilusión por un mundo diferente durante siglos forjada. Lula es consciente de la responsabilidad que aguantan sus espaldas, de la expectación que suscitará cada uno de sus pasos. Se sabe vigilado por muchos ojos de mirada acariciante, pero también de los que desean que tropiece.

No ha perdido un instante. El mismo primero de Enero (día de la toma de poder) se lanzó a la carrera de las reformas. Se ha preparado toda su vida para esta hora. Tiene demasiados focos encima suyo como para dormirse en los laureles. Lula sabe que gestiona como nadie en el planeta la esperanza del “otro mundo posible”, que su timón gobierna una embarcación de muy ancha geografía.

Lula tampoco ignora que le aguarda una complicada tarea, que afronta retos titánicos. Cuenta con un inmenso capital de confianza justamente depositado en él, pero, tal como lo ha reconocido, a partir de ahí, todo, comenzando por la dura coyuntura económica que afronta, son dificultades. Tiene que presentar los deberes hechos ante el FMI y a la vez acallar los 170

millones de estómagos que ha prometido colmar. Tiene que sacar la economía adelante con importantes reajustes y a la vez generar empleo y satisfacer las demandas laborales que ya se escuchan. Quiere mantener buenas relaciones con el gigante del Norte, pero a la vez fundamentar éstas en un imperativo principio de igualdad y no de sometimiento. Quiere impulsar una urgente reforma agraria, pero a la vez no generar una inoportuna crispación social. Lula quiere reflotar Mercosur y a la vez defender los intereses de los productos nacionales. Quiere unir a América Latina, pero faltan líderes con longitud de miras como la suya... En su propio equipo, Lula sabe que ha de mantener equilibrio entre los sectores más radicales, e incluso procastristas, y los profesionales sin filiación que ha fichado para regir la nueva economía.

Son muchas cuerdas flojas por las que habrá de transitar el obrero presidente, muchos equilibrios que habrá de hacer en medio de una selva dispuesta a tragarlo al menor resbalón. Sin ir más lejos, su voluntad de dotar de título de propiedad a las decenas de millones de propietarios de las “favelas”, ya choca con la ambición de las bandas mafiosas, ansiosas de sacar buena tajada de la loable iniciativa gubernamental.

Para todos estos desafíos, el nuevo presidente va a necesitar una imprescindible ayuda dentro y fuera del país, muchas manos para poder avanzar por una cuerda tan floja. A la vista del difícil panorama, ninguna de ellas se le podrá negar. El nuevo dirigente brasileño sabe que para tan grandes retos es imprescindible ganarse las más plurales voluntades, la más amplia base de adhesión.

En ello se emplea. Ha solicitado incluso el apoyo de sus adversarios políticos. A alguno hasta le ha dado cartera en el nuevo gobierno. Más de la mitad de sus ministros no tiene carnet del Partido de los Trabajadores. Se ha rodeado de profesionales y gentes de otras formaciones, aunque muchos de sus compañeros correligionarios no hayan alcanzado a comprender tanta generosidad. Simplemente su apuesta no es de partido. Su sueño no sabe de siglas, mas sí de ecuaciones: cuanto más grande es el empeño, más gente hace falta para sostenerlo.

Lula es consciente de que “Hambre 0”, reforma agraria, grandes transformaciones sociales, moneda única sudamericana..., implican gran suma de esfuerzos, enorme disponibilidad al diálogo y voluntad de consenso. Sabe que la clave de la nueva política es conciliar intereses y ya no más con-

frontar. Lula ha prometido cambio, pero también ha pedido paciencia. No se construye de un día para otro un nuevo orden social y económico. A sus ex-compañeros de los sindicatos ya les ha leído la lección. Les ha pedido encarecidamente que se abstengan de montar disturbios por cuatro reales, que piensen en clave colectiva en tan cruciales momentos y no sólo miren a su ombligo corporativo.

El itinerario de Lula y sus ministros ha comenzado por el Brasil profundo y pobre, con el que se sienten especialmente comprometidos. La caravana gubernamental no ha sido imagen para la galería, sino gesto de las entrañas. Sus promesas para con los desheredados arrancaban desde bien adentro. Permitan los intereses interpuestos que éstas se hagan realidad.

Viejas profecías mayas, hopi..., así como de los indios Q'eros, hablan de un despertar de América Latina en nuestros días, de una nueva era dorada inspirada en los principios del amor y el compartir, fundamentada en la unión de los pueblos. ¿Estaremos viviendo ya los albores del nuevo tiempo o "pachakuti", que anunciaron los incas? ¿Brilla ya el Hunab Ku (Dios) maya sobre el anunciado ciclo fraterno y solar?

El Chile de Lagos, El Ecuador de Lucio Gutiérrez, El México de Fox y el Brasil de Lula se podrían bien ajustar a esas profecías esperanzadas. América ha parido por fin una nueva casta de dirigentes que entienden la política como la manifestación del deseo de contribuir a la felicidad de la comunidad y no una fórmula para engañar o ultrajar a esa misma comunidad. Se trata de mandatarios con genuina vocación de servir al pueblo y no de servirse el pueblo. Su talante político de corte netamente progresista, ya con origen en la izquierda, ya en el centro (caso Fox), se ve reforzado por una sólida ética, libre de corruptelas.

Los nuevos líderes latinoamericanos son fiel exponente de quienes han hecho ese itinerario vital desde una ideología atrincherada hasta una necesaria posición de equilibrio y consenso. Los mencionados países han emergido de una situación de precaria democracia, de corrupción generalizada y de injusticia endémica. En todos ellos ha acontecido el fenómeno de una creciente e imparable implicación de los ciudadanos en los asuntos públicos.

Exceptuando a Chile, que ya arrastraba una importante tradición de participación democrática y de lucha por las libertades, en el resto de estas

naciones, la política se veía como un mal irreparable, los políticos como unos corruptos seculares y su capacidad de maniobra como ciudadanos, bien escasa. Todo ello está cambiando a pesar de que los dinosaurios del viejo orden acechan por doquier y tratan por todos los medios de frenar el avance de la historia.

¡Estaremos desembocando ya en el “Sendero del Corazón” tras dolorosa etapa de purificación que anunciaban los indios hopis en sus tablas de piedra...? Ojalá los destinos de América avancen por ese sendero proclamado en la roca y grabado en el alma de algunos de sus más grandes dignatarios. Latinoamérica se encuentra en un crucial punto de inflexión. Una nueva e ilusionante orientación la empujan hacia un futuro de justicia, libertad y plenitud democrática. Su legado espiritual, diversidad cultural, riqueza natural..., unidos a una coyuntura política auspiciada por una nueva generación de líderes, obligan a volcar sobre ella alma y mirada.

Latinoamérica está sentando las bases para irradiar en todo su esplendor y el viejo sindicalista, su nuevo gran líder, goza de nuestro más pleno y sentido apoyo. ¡Llegó ya la hora! ¡Encarnen las viejas profecías, háganse por fin realidad los más puros y elevados sueños de nuestros hermanos americanos!



16- VI- 03

*En favor de la
resolución pacífica
de los conflictos
planetarios*

“Desacorazarnos”

Era pequeñito, vivía lejos y además siempre vestía sotana, sin embargo su mensaje era grande, cercano y poderoso. Es difícil olvidar al entrañable Helder Cámara y su apuesta vital de justicia y amor que tan oportunamente caló en nuestros años mozos.

Podíamos después desoirle, callar que habíamos devorado los libros del obispo católico brasileño, podíamos incluso darle momentáneamente la espalda en arrebató de juvenil desaire, pero su testimonio y legado de no-violencia nos reasaltaría con toda su fuerza al sentar un poco la cabeza. Profeta de genuina paz, tuvo la habilidad de hacernos llegar un mensaje eterno y universal en un contexto familiar y con una convicción particular: “La violencia sólo genera violencia. Es preciso romper la cadena de odio con el perdón y el amor”.

Pronto hará cuatro años que abandonó su encogido cuerpo, sin embargo sus palabras se han ido agrandando de día en día. A la vista del convulso panorama del que hoy somos testigos, me asalta con fuerza la memoria del arzobispo de Olinda y Recife. Su teoría de la espiral de la violencia cobra especial pujanza en un mundo tan enganchado aún a una barbarie que aquí y allá pareciera no querer ceder en sus interminables vueltas de tuerca.

En medio de la lógica caduca y cavernícola de la acción-represión-acción..., prima recuperar el testimonio de los grandes líderes mundiales de la no-violencia, actualizarlos y considerarlos, no en loas y boato, sino en la práctica. Por suerte nunca nos han faltado esta suerte de gigantes del amor puro y la compasión universal. El Dalai Lama es quizá el ejemplo más evidente de nuestros días, sin olvidar que el anciano patriarca de Roma ha jugado en este aspecto un papel claro y valiente.

Dice al respecto el Dalai Lama: “El mundo necesita dirigentes capaces de trabajar en la línea de garantizar la estabilidad y de comprometerse a dialogar con el enemigo, con independencia del tipo de agresión o de ataque que puedan haber sufrido”. En caso contrario, el “ojo por ojo”, en su versión moderna de “American justice”, conseguirá dejarnos a todos tuertos y por supuesto nunca traerá la paz. Un imperio subyugado por la paranoia y el miedo no es garantía de sosiego en el mundo.

¿Qué tiene que acontecer para que nuestros líderes comiencen por fin a

comprender que sólo la fuerza descomunal del amor es capaz de hacer enmudecer la violencia? Ningún misil hallado o por hallar, inteligente o analfabeto, con cabeza nuclear o de vaselina, podrá jamás equipararse a su poderío inconmensurable. El amor no entendido como delirio emocional, sino como millones de euros y dólares invertidos en ayuda al desarrollo, como oportunas mesas de diálogo, como resolución pacífica y duradera de conflictos, como aumento de los espacios de encuentro; el amor como esperanza nunca acallada de que siempre restará una oportunidad de entendimiento entre los humanos. No hablamos de un amor ñoño y paralítico, sino de aquel revestido de eficacia y sensatez, consciente de que para acabar con la violencia, más allá de los efectos, es preciso reparar en las causas que la generan e intentar subsanarlas.

¿Cuándo comprenderá Sharon que los misiles que dispara sobre las calles de Gaza en realidad están dirigidos en contra de sí mismos, que las bombas que hacen estallar los vehículos de los militantes extremistas islámicos son artefactos que en realidad está lanzando sobre sus propias avenidas y establecimientos? Igualmente a la inversa. ¿Cuándo se enterarán los fundamentalistas de la media luna que los brutales e indiscriminados ataques que dirigen contra el “enemigo sionista”, tan sólo perpetúan sin límite su situación de marginación y opresión?

¿Cuándo reparará Bush que la seguridad americana no se recupera con más guerras y más presupuesto para Defensa, sino contribuyendo a paliar las enormes diferencias sociales y económicas entre el Norte y el Sur; que los terroristas no se acaban matándolos, sino desamordazándolos y escuchándolos, tratando de hallar al humano que se esconde tras sus desatinos? Es preciso desplegar las medidas policiales garantes de la vida, pero los terroristas no desaparecerán con la pura y dura represión, sino abriendo cauces de encuentro y reinserción, proporcionando a sus pueblos un horizonte de mayor desarrollo económico, social y cultural. Los terroristas seguirán multiplicándose siempre y cuando se genere y mantenga el caldo de cultivo de miseria y represión que necesitan para proliferar.

¿Cuándo comprenderá Putin que los camiones de la muerte que se lanzan suicidas sobre sus guarniciones en Chechenia sólo se detendrán, cuando su ejército deje de patrullar de forma salvaje y de violar los derechos humanos por los pueblos y aldeas de esta geografía. ¿Cuándo concluirá que respirarán en paz cuando concedan a este pueblo el grado de autogobierno que

mayoritariamente reclama?

No apuntamos en estas líneas un desafío baladí. Hemos de atender más pronto que tarde el reto titánico del diálogo y la reconciliación, de la atención a las causas que subyacen en los conflictos de mayor o menor intensidad que padece nuestro planeta. He ahí la salida al dolor enquistado aquí y allá, la única puerta que puede abrir un futuro diferente a las generaciones venideras. La “hoja de ruta” de la paz en Oriente medio y en el mundo entero se eternizará en infinitos meandros de violencia, hasta que los extremistas de uno y otro lado se persuadan de que la sangre jamás libera y emancipa, sólo nos retrotrae en la historia, sólo perpetua el odio y el sufrimiento.

La historia ya no puede esperar, sometida a la inercia del rencor, atorada en el caduco paradigma de la confrontación. La humanidad entera está llamada a salir de la dinámica mecanicista del golpe y el contragolpe y dar un salto evolutivo sin precedentes, está llamada a romper la espiral de la violencia impelida por una corriente reconciliadora cada vez más abarcante. La heroicidad se mide en nuestros días, no tanto por hazañas en batallas que programan y aplican los ordenadores, sino por gestos imprescindibles, inaplazables y supremos de perdón y acercamiento entre los contendientes. Perdón no significa condescendencia con lo que es injusto o inaceptable, sino elevación de la mirada, disposición para el olvido de pasados agravios, capacidad de volver a empezar.

No hay futuro si no hay generosidad de las partes enfrentadas. Generosidad no es tampoco abdicación, sino disposición al diálogo y acercamiento, voluntad para realizar gestos que permitan superar obstáculos en la vía del entendimiento, es intentar llegar a acuerdos dentro de los márgenes de lo coherente, lo racional, dentro de la máxima del prevailecimiento del bien de la mayoría.

La humanidad está llamada a afrontar de una forma firme y coherente las causas generadoras de la violencia. Si todo el dinero que Occidente invierte en gastos armamentísticos y en implementar medidas de supuesta seguridad y planes antiterroristas lo empleara en paliar las causas de la miseria, el analfabetismo y en el fomento del encuentro y el diálogo entre las naciones, las culturas y las religiones, el terrorismo iría poco a poco callando. Aunque sólo fuera en un orden práctico y de resolución eficaz de los conflictos, los países poderosos deberían variar su estrategia antiterrorista.

La revancha es la perpetuación del temor y el dolor. Buena parte de los americanos, ya no digamos de los israelíes, vive con el miedo metido en sus células, éste forma parte de sus días. Viajar libremente por el mundo se ha convertido para ellos en un movimiento de riesgo. Acorazarse y armarse hasta los dientes es poca garantía de seguridad. El único aval de paz es romper la espiral de violencia por cualquiera de sus puntos con concesiones y gestos de buena voluntad, salir a encarar sin armas el problema, con la voluntad decidida de ceder y sacrificar algo para alcanzar el acuerdo, para desembarcar en una más sana y pacífica convivencia entre las partes.

No hay paz en casa propia que se instale, tras la muerte y el terror en casa ajena. No hay paz que se pueda asentar sobre la desconfianza, la injusticia y las fronteras acorazadas. Siempre habrá un agujero por donde se infiltre el “enemigo”. El fundamentalista de Hamas, siempre encontrará un uniforme de soldado hebreo, o incluso de rabino, para inmolarse con su bomba al cinto. Siempre habrá un piloto loco dispuesto a hacer saltar de buena mañana una gran torre, siempre rodará un camión cargado de dinamita con terribles destinos..., siempre y cuando no se les prive de razones y argumentos para maquinar terror y sembrar la muerte.

La desconfianza es el mayor virus de nuestros días, por supuesto mucho más peligroso que la neumonía asiática, la desconfianza a tender una mano, a coger a alguien “a dedo”, a abrir las puertas de tu casa, a abrir las fronteras de tu país, a pasearte libremente por el mundo, a sentarte y compartir un cigarro, un té, un sueño, un porvenir..

La desconfianza trae la inseguridad, ésta a su vez la infelicidad. ¿Para qué queremos estancias y países acorazados hasta los dientes, si después no podemos asomarnos por la ventana, respirar aire puro y viajar tranquilos? Acabemos con los blindajes, rompamos las alambradas, salgamos a la búsqueda del vecino, del hermano que en su desesperación tomó un arma y apuntó hacia el hogar o la nación privilegiada. Acabemos con las injusticias que nutrieron el fanatismo y engrasaron su artillería. Sólo así lograremos confianza, seguridad y felicidad duraderas, sólo así conquistaremos un día el sueño de la auténtica paz.

22-IX-03

Glosa de la figura del Dalai Lama

La fuerza de la compasión

Tensin Gyatso, el XIV Dalai Lama, está considerado por los tibetanos como la manifestación viviente de Avalokiteshvara, el Buda de la compasión. No en balde está convencido de que sólo la expansión de este principio universal puede convertir el signo de nuestros tiempos. Líder religioso, jefe de Estado en el exilio y premio Nobel de la Paz, ha sabido unir valores espirituales de Oriente y Occidente en una visión espiritual que va más allá de dogmas e ideologías. De los labios de este hombre humilde brota una profunda sabiduría que deja caer aquí y allá como por puro descuido.

Proclama a los cuatro vientos que no es más que un sencillo monje, sin embargo ningún hombre con túnica, a lo largo de los últimos tiempos, concitó tanta simpatía, ejerció, siquiera involuntariamente, tanto poder. El eterno desterrado del Tíbet es todo un símbolo de no-violencia activa, intachable icono de un mundo diferente y más elevado. Tuvo que dejar el “reino de las nieves” para conquistar ese reino más íntimo de millones de corazones. Tuvo que dejar el palacio de Potala para que le abrieran la puerta de tantos palacios en el mundo y en cada uno dejar una poderosa semilla de compasión y amor fraterno.

La historia se escribe también con renglones incomprensibles. Quizá este hombre bueno, de eterna, sólida y poderosa sonrisa, tuvo que afrontar extremos de injusticia y duras pruebas para calibrar la fuerza de su propio amor; tuvo que huir de su patria en 1959, atravesar las cumbres del Himalaya indio tras 24 días de esforzada marcha, para conquistar, sin quererlo, importantes tribunas, reconocimientos, portadas, altares... por todo el mundo.

Hacía falta su túnica roja y azafrán llenando de alegría y color los corredores de los centros de poder mundial, hacían falta sus ojos de entera felicidad para contagiar optimismo y esperanza a nuestra humanidad, hacía falta esa mirada compasiva para recordarnos que nuestros adversarios están ahí para medir nuestra capacidad de amar. El mundo no sería el mismo sin ese monje aparentemente despistado y sin embargo absolutamente consciente de su poder de contagiar principios eternos.

No busca prosélitos para su “religión de la bondad”, su universal “credo de

la compasión”. No importa que uno sea creyente o no. Según Su Santidad Tenzin Gyatzo, todos necesitamos compasión. Ella nos proporciona fuerza interna, esperanza y paz mental.

El mundo urge de testimonios vivos de genuino amor. En un planeta en el que la separatividad, el odio y la violencia siguen llenando las cabeceras de los periódicos, este monje calvo, de enormes gafas y sonora carcajada, representa una constante invitación al diálogo y la reconciliación. Más allá de su liderazgo político y espiritual, el Dalai Lama es líder mundial de la no-violencia, apóstol de un perdón no exento de firmeza ante la injusticia. Los chinos arrasaron su país y jamás brotó de sus labios una palabra de odio. Está condenado a un permanente exilio y sin embargo ha hecho del mundo su propia casa, pues tal es la popularidad que goza en todas las latitudes. Su sonrisa ha taladrado las psicologías más intransigentes, su verbo siempre positivo y compasivo ha alcanzado las tribunas más elevadas.

Se lo ha susurrado a todos los mandatarios: “La compasión es la clave de la felicidad tanto personal, como colectiva”. “Un nuevo orden mundial con compasión es positivo. No estoy tan seguro acerca de un nuevo orden mundial sin compasión”, le espetó en 1991 al propio Bush padre.

El carisma del Dalai Lama tiene mucho que ver con la vertiginosa expansión del budismo sobre todo en EEUU y en Europa, donde se han creado innumerables centros de retiro y monasterios. La religión que fundara el príncipe Gautama Sidharta, el Buda, ejerce un especial atractivo entre la gente espiritualmente inquieta. Junto con el cristianismo, el budismo es el credo que más fieles agrupa en nuestro país. Al día de hoy no hay ciudad española que no albergue su centro de practicantes del “dharma” (camino). El reclamo azafrañado sigue vigente y un potente y ronco “OM” sacude el corazón de muchos buscadores.

No hay Dios en sus altares, su empeño tiene que ver más con el “vacío”. Ellos prefieren hablar de una ciencia de lo interno, una búsqueda decidida por alcanzar la felicidad que iniciara hace 2500 años aquel príncipe hastiado de lujo, que salió al paso del sufrimiento humano.

Jóvenes de vuelta de todos los apañes filosóficos, progresistas cansados de intentar cambiar el mundo desde fuera, exploradores de íntimos mapas con ganas de asirse a un sólido norte, gentes maduras con vocación de nutrirse bien adentro..., se dieron cita en torno a esta religión con deidad vacante,

pasaron a engrosar el ejército planetario de la “shanga” (comunidad budista).

Se trata de gentes atizadas por un anhelo de búsqueda, que llamaron a una y otra puerta, bebieron de una y otra fuente espiritual, pero que al final se echaron un pañuelo amarillo al cuello y se acomodaron sobre un ascético cojín. Clavados en posición de “loto” se dispusieron a olfatear las orillas de tan mítico, como urgente “nirvana”. Nadie les pregunta de dónde vienen, nadie les habla de doctrinas, ni les exige abdicar de nada. De vez en cuando llega un lama que señala a su mente como la madre de males y dolores. Consiguen hacer silencio por dentro y van conquistando uno a uno elevados oasis de paz y sosiego.

En medio del “boom” del “dharma”, llegaron los artistas y le pusieron pedigrí a esta mística travesía oriental. Llegaron las grandes películas y le añadieron el exotismo del celuloide. Llegó la publicidad y las agencias sacaron sus dólares colocando al monje de imitación junto al último coche del mercado. Sin embargo, al día de hoy, el budismo ha logrado sobrevivir al embate de “flashes” y modas y goza de una salud envidiable.

El budismo ha sido siempre un ejemplo de amplia tolerancia para concepciones espirituales radicalmente diferentes. Representa la religión que más ha trabajado a favor de un sincero ecumenismo. Por lo demás, en unos tiempos en que la espiritualidad se ve tan mediatizada por el ansia de lucro, la impecabilidad y vocación de servicio de los maestros budistas es certificado de calidad y pureza.

La filosofía no-violenta es otro de los factores que actúa como auténtico reclamo. El budismo constituye el único credo que ha recorrido muchos pueblos de lenguas y costumbres diferentes sin ocasionar ninguna guerra religiosa. No existe ningún testimonio conocido de que sus monjes hayan participado en un conflicto por su fe. El rechazo no-violento a la invasión china del Tíbet es una de las más evidentes hazañas de paz en nuestro siglo. El Dalai Lama ha dejado siempre bien claro que, como budista, rechaza cualquier forma de violencia para hacer valer sus derechos. Su constante llamado a los escasos grupos guerrilleros tibetanos para que depongan su actitud violenta es ejemplo de ello.

El budismo no impone, por lo demás, ningún tipo de compromiso, ni adhesión a su doctrina. El valor de la libertad, tan apreciado por personas que vienen de vuelta de otros cultos más rígidos, se ve exquisitamente pre-

servado.

S.S. el Dalai Lama permanecerá en España los días 8 y 9 de Octubre. Nuestras autoridades no lo recibirán, una vez más temerosos de irritar al gigante chino. El cálculo mercantilista impide conceder la digna audiencia que se merece un jefe de estado y máximo representante de hecho de la cuarta religión del mundo. Sin embargo el calor popular no tiene por qué someterse a la dictadura de los intereses comerciales. No habrá recepción política, sin embargo las gentes de buena voluntad podemos dar, en los actos públicos convocados, muestras de reconocimiento y aprecio hacia el apóstol mundial de la compasión y del encuentro entre los pueblos y cre-dos.



14- XII-03

Nueva síntesis espiritual para la nueva Europa

Retorno de lo sagrado

En medio de su progreso económico y avance político, a la par de su vertebración y consolidación como un bloque amplio y unido, Europa siente la necesidad de definirse a sí misma. A pesar de recientes reveses, el viejo continente atiende al apremio de hallar su identidad, rasgos religiosos incluidos, para plasmarla en su Carta Magna ya en avanzada, aunque dificultosa, gestación.

En estos días también, países como Francia viven su gran revuelo interno, al no acertar a encajar una cada vez más plural realidad religiosa. El Estado responde con la prohibición de lo que aún no alcanza a asimilar plenamente: la diversidad de manifestaciones religiosas en los espacios públicos.

Por otro lado y en medio de todo este, a veces convulso, proceso identitario y quizás como fenómeno más silente, pero no por ello de menor envergadura, observamos el retorno a un tiempo más proclive a lo sagrado en nuestro continente. El esplendor del materialismo, ya en su versión filosófica, ya en su versión lucrativa, parece que alcanzó su máximo cenit y seguramente asistimos al comienzo de su progresivo desgaste. Tras décadas de extremado materialismo, cada vez más ciudadanos se hallan embarcados en una búsqueda profunda del sentido último de la vida. Podemos constatar con optimismo cómo cada vez más hombres y mujeres sienten una llamada a desarrollarse en su dimensión espiritual, a lanzarse a la exploración de lo interno sin hitos, sin guías o sacerdotes que dirijan o simplemente condicionen esa aventura sin igual.

He aquí sólo algunas de las razones para subrayar la importancia de una reflexión colectiva sobre nuestras señas de identidad espirituales. El laicismo oficial puede crear un intermedio, un intervalo de neutralidad, mientras el Estado se acostumbra a fomentar espacios armoniosos y fecundos de comunicación interreligiosa. El laicismo que hoy se promulga con fuerza, he ahí el caso francés, puede poner a salvo al Estado de los partidismos religiosos del pasado, sin embargo no parece ser una salida a largo plazo. La administración del Estado no deberá tomar partido, identificarse con ninguna religión ni tradición en particular, pero deberá promover una educación en valores, velar para que sus súbditos sean formados en sólidos

principios humanos. No conviene que en los planes de cultura y educación se obvие nuestra dimensión espiritual. El Estado no deberá declararse confesional, pero ello no le deberá impedir acercar a sus ciudadanos a la historia y realidad de los grandes credos, poner a disposición de las nuevas generaciones las diferentes opciones espirituales. Los chavales crecerán así en la tolerancia y la universalidad. Observarán que los humanos en su conjunto gozan de diferentes formas de apelar a Dios, de relacionarse con lo divino, pero que en el fondo, todos cuantos albergan buena voluntad, persiguen la misma Fuente de todo amor, sabiduría y poder.

La alternativa al potencial conflicto entre religiones en espacios públicos no es el desierto religioso, pongamos por caso el tema más candente de las aulas, sino más bien la promoción de un espíritu de encuentro.

Las civilizaciones no pueden ir muy lejos con la sola prohibición de usos y costumbres arraigados. Precisamente el triunfo de la civilización se basa en la conjugación y armonización de lo diferente, incluso de lo contrario. No sirve de nada arrancar velos, ni apeaar crucifijos de escuelas e institutos a golpe de decreto. Lo grande es que los ciudadanos puedan recrearse en espacios donde todo se conjuga, todo se fecunda, por supuesto también en lo que a los más íntimos sentimientos religiosos se refiere. Más que prohibir la exteriorización de sentimientos religiosos, es preciso fomentar su manifestación amable y acogedora; auspiciar foros, encuentros, eventos, ceremonias... que reflejen una diversidad formal, pero que a la vez subrayen la identificación en el fondo, en valores eternos, como puedan ser los de fraternidad humana y filiación divina.

Si se prohíben los velos, habrá más mujeres dispuestas a colocárselo, si se persigue la cruz, se hará de ella un estandarte del conservadurismo, se alentará la nueva cruzada de la Iglesia frente a un beligerante laicismo del Estado. Es ley de reacción universal, que en este caso deberían observar los políticos franceses.

La confrontación de credos corresponde evidentemente al paradigma del pasado, pero la prohibición de las manifestaciones religiosas tan sólo dilata una solución, que necesariamente encarna diálogo. La nueva Europa está llamada a fomentar un acercamiento tendente a una futura unificación espiritual, enriquecida por la diversidad de formas e identidades. El "Parlamento de las Religiones del Mundo" (www.unescocat.org) a celebrar en Barcelona

entre el 7 y el 13 de Julio, es buen ejemplo del tipo de iniciativas a auspiciar.

Se habla mucho del mestizaje cultural, pero menos del religioso, como si lo más íntimo no fuera terreno a compartir, espacio al que permitir el paso al otro. Sin embargo, es precisamente cuando nos abrimos a una libre circulación de sentimientos y pensamientos espirituales, cuando permitimos entrar al otro en nuestro fuero interno, con sus formas, su legado, cuando nos atrevemos incluso a incorporar aquello de enriquecedor que me acerca otra tradición, otro credo, cuando sentamos las bases de un nuevo y más fraterno mundo.

Mestizaje espiritual no significa por lo demás eclecticismo, sino más bien la fortaleza de saber buscar en el credo ajeno, el complemento del propio. Significa la humildad de reconocer que cada quien es incapaz de englobar siquiera una pequeña parte de la realidad divina y que necesito del otro y su acerbo espiritual para proseguir en esa vital exploración.

No renegamos de nuestro pasado cristiano, pero aspiramos a un futuro más universal. La nueva constitución europea puede ser depositaria de las más innovadoras corrientes de unificación también a nivel espiritual. La herencia no puede condicionar el futuro. Nacimos y crecimos con el crucifijo en el pecho, pero nuestra vocación es reunir en ese mismo pecho colectivo a otros símbolos, a otros credos.

No deseamos ya mirar hacia atrás. No se trata de promover de nuevo un frío laicismo que nos propone lo físico y material como único y triste horizonte, pero tampoco de vincularse a una Iglesia atrancada, involucionista y totalitaria. No se trata de negar nuestra inherente naturaleza trascendental, pero tampoco de encajar a todo un continente la camisa cada vez más estrecha y asfisiante de la ortodoxia católica.

Ya no permitiremos por más esa asfixia de nuestro espíritu libre, ya no más tanto dogma poniendo diques y techo a nuestro vuelo, ya no más la mujer fuera de los altares, ya no más un muy respetable, pero enfermo y desmemoriado anciano marcando el ritmo del avance de nuestras almas, ya no más jóvenes enfermando de SIDA porque sus obispos les prohíben el uso del preservativo, ya no más estructuras piramidales imponiendo doctrinas trasnochadas, ya no más a la satanización de todo lo que no se aviene a sus postulados (movimientos de “nueva era”)...

La vieja Europa, cuna de la vieja civilización, está llamada a alumbrar tam-

bién una nueva y fecunda civilización caracterizada por un auténtico ecumenismo, por una universalización de su sentimiento religioso. Las civilizaciones se asientan sobre fuertes valores espirituales, adaptados a los signos de los tiempos. En nuestra hora esos signos apuntan necesariamente a la síntesis y el mestizaje. El mestizaje devendrá no sólo cultural, sino sobre todo espiritual, basado en la multiplicidad de las formas, pero preservando la unidad en su esencia eterna e inmutable.

No queremos, pues, una Constitución europea marcadamente cristiana. Aspiramos a que los ciudadanos musulmanes, budistas, de “nueva era”..., se sientan también a gusto en la nueva Europa.

Amamos nuestro legado que nos permitió llegar hasta donde estamos. Lo aceptamos con todos sus errores. Fuimos los perseguidores y los perseguidos, los inquisidores y los brujos, los cruzados y los sometidos, los conquistadores y los conquistados... Pero ya no queremos más correrías, por más que el Ratzinger del momento haya clausurado la sala de suplicios y se limite a edictos de condena. No aceptamos nuevos controles religiosos en un tiempo de absoluta libertad y autoempoderamiento.

Hemos ya adquirido la madurez suficiente, que nos emancipa de todo tipo de ancestrales tutelas. No renegamos del legado cristiano, sobre todo en lo que se refiere a su magna labor altruista, humanitaria, solidaria; sobre todo en lo que se refiere a su tutela ética y moral a lo largo de siglos, a su freno de la barbarie y el salvajismo en sus múltiples formas; pero consideramos es llegado el momento de dar un fuerte golpe de timón a nuestra historia. La nueva Carta Magna de los europeos, en lo que a este tema se refiere, deberá ser también magna en su cúpula que albergue a todos los credos de buena voluntad, magna en su vocación universalista ...

No queremos una Constitución europea de inspiración cristiana, mientras que esa cristiandad implique sometimiento a los purpurados de Roma, mientras que esa cristiandad no se identifique como la libre y profunda vivencia del amor fraterno que vino a proclamar hace dos mil años Jesús el Cristo. Queremos una Carta Magna europea que se ajuste a un nuevo tiempo emergente de síntesis, en el que no prevalece ninguna verdad en particular, porque ésta la vamos construyendo entre todos, día a día con sumo respeto, tolerancia e ilusión.

Cuando los hombres y mujeres de diferentes credos se encuentren de forma

masiva para orar y celebrar juntos, ya ninguna amenaza bélica aparecerá en su horizonte. Se habrán unido en lo más esencial, en su condición de hijos de un mismo Dios, con muy diferentes nombres. Entonces ya nada podrá separarlos y todos los demás vínculos se darán por añadidura.



3 - I- 04

En favor del auto-stop y la filosofía del compartir

Se acabó el “dedo”

La cuneta de una carretera puede ser privilegiado observatorio del mundo y sus gentes. Uno puede apostarse en ese estrecho asfalto, alargar el dedo y doctorarse en psicología humana. Es probable que la tesis se escore hacia el desencanto. Hice algunos de esos estudios en mis largas horas en la cuneta durante los tiempos mozos. Siempre procuré pensar en los que iban con el coche a tope, en los que andaban con prisas, o las que no se detenían por un justificado temor... Era la forma de burlar ese desencanto, de mantener esa fe en la condición humana, que podía en algún momento llegar a caer por los suelos. La calidad humana de la gente que al fin te llevaba, bastaba por sí sola para sostener esa esperanza.

Muchas horas en la cuneta disponían al desánimo, pero siempre había un coche que se detenía en la raya de la desesperación y un amable conductor te empujaba hacia el destino. El “autostop”, no era sólo una forma de viajar, era también una forma de entender el mundo basada en el compartir.

He conocido España, Francia, Suiza e Italia gracias al dedo al borde de la carretera. De haber nacido más tarde, los actuales legisladores me hubieran privado, por lo menos por estos lares, de esas experiencias indispensables. He encontrado gente maravillosa en cientos de trayectos en autostop, personas singulares que jamás hubiera conocido viajando en otro medio. Es verdad que también hubo sustos, pero fueron los menos, percances al fin y al cabo que nos invitan a estar perceptivos y alertas, pero no a renunciar a la aventura, consustancial a la vida.

Aún hoy cuando me quedo sin coche, saco el dedo a la carretera para bajar a Estella y así volver en años y así pensar que era sólo ayer cuando nos tragábamos el mundo, cuando recorríamos cientos de kilómetros con cuatro duros en el bolsillo y dos latas en la mochila.

En un mundo occidental demasiado hecho, demasiado fácil y planificado, hacen falta dedos de jóvenes en las cunetas, veinteañeros conquistando con esfuerzo sus kilómetros, haciendo frente con valor y optimismo a las dificultades del camino. Demasiado aire acondicionado en los autobuses daña los pulmones y apaga corajes. Sin embargo el gobierno ha puesto días contados ya a los autoestopistas.

El nuevo código de circulación español nos viste con elegantes chalecos

reflectantes, muy homologados ellos, y además prohíbe hacer dedo en autovías y autopistas. Los legisladores no se dan cuenta de que con esa ley absurda impiden a los jóvenes una hermosa y económica forma de conocer mundo, de saltar a la necesaria aventura, de hacer amistades.

¿Quién un buen día no cogió una mochila y marchó a explorar geografías y culturas? ¿Quién no abandonó la comodidad del hogar con escaso dinero, pero enorme curiosidad por descubrir lo diferente? Los legisladores se olvidan de los jóvenes que desean dormir bajo las estrellas y sacar al amanecer el dedo en la cuneta. Se olvidan de que la inmensa mayoría de los vehículos van vacíos y que hay quienes desearían llenarlos; de que el coche personal, blindado al exclusivo uso particular nos torna cada día más individualistas y egoístas. Se olvidan de que el mayor placer que se nos ha dado en la vida es compartir. No saben de la alegría del frenazo para alguien que se halle en necesidad o conociendo mundo.

Los legisladores se olvidan de muchas cosas. No tenemos la culpa de que en su rostro no soplara el viento desafiante de la aventura, de que no se vieran tentados por la melena larga y la mochila al hombro. Viajaron con agencias organizadas y ningún coche desconocido se detuvo para abrirles el horizonte.

Escribo en favor del autostop, en favor de la rebeldía ante las leyes absurdas, pero ante todo en favor del compartir, nuestra gran asignatura pendiente. Quien comparte coche está más predispuesto a compartir tierra y camino, visiones y sueños. Nuestro mundo necesita cada día más de fronteras, hogares y coches que se abren. Las puertas cerradas, el blindaje y el “sálvese quien pueda” amenazan nuestro futuro.

Acallemos esa desconfianza que perpetúa los espacios y universos cerrados, que posterga un mundo más fraterno. Detengamos los coches ante la solicitud de un dedo, detengamos nuestros motores ante tantas necesidades ajenas, detengamos nuestro diario rodar ante tanta gente en la cuneta. Pisemos el freno para no olvidar que somos entrega. Levantemos el seguro, abramos las puertas de metal para no olvidar que, en el fondo, nada nos pertenece, que mañana será tu hijo y tu nieto el que quiera tragarse el mundo. El autostop nos invita a la rueda de la solidaridad.

Quien ha sido una vez trasladado “a dedo”, bien en un viaje, bien en un apuro, difícilmente podrá mirar hacia otro lado cuando yendo al volante, le sorprenda un autoestopista. El autostop es buena escuela del “hoy por ti y

G U I Ñ O A L A L B A

mañana por mí”, un especial entrenamiento para contar más los unos con los otros, una oportunidad de descubrir el placer del servicio. El que hoy lleva la mochila es el que mañana coge el volante. Al fin y al cabo todos avanzamos hacia un mismo destino. Hacemos dedo en la misma ruta hacia un horizonte más feliz y compartido.



29-II-04

Acerca de espiritualidad y compromiso

Nevemos el asfalto

Nieva en Madrid tras la ventana. Va cuajando la blancura sobre un asfalto congelado. Las grandes y grises ciudades también se visten de maravilla y pureza. Los buscadores espirituales también penetrarán oscuros asfaltos y no mermará su resplandor, no perderán su inocencia.

Canta la nieve, en este fría mañana de moribundo Febrero, que no hay terreno vedado. Fuera no hay espacio prohibido, todo puede ser nevado, impregnado de maravilla. Más le costará a la nieve pura nevar por dentro, allí donde son los nuestros, tan a menudo también gélidos asfaltos.

Me lanzo a estas líneas en el intento de arrojar alguna luz sobre el candente tema de espiritualidad y compromiso. Siento que los espiritualistas con vocación pública podrán incursionar en ese terreno y no por ello perderán su brillo, olvidarán su sonrisa. Es hora de proclamarlo: la virginidad política y social no es necesariamente una virtud de los artesanos de paz, de las gentes de buena voluntad. Ello no implica un carnet en el bolsillo, pero sí una toma de posicionamiento ante los grandes temas que sacuden nuestro tiempo.

No meternos en ninguna trinchera política no significa apostarnos en las nubes. No podemos caer en la tentación de acorazarnos en los cielos cuando a ras de suelo tanta gente se bate el cobre por un mundo nuevo.

Hemos de permanecer al margen de las veleidades partidistas del momento, pero no de los grandes procesos de transformación a los que estamos asistiendo. No podemos ir detrás de ninguna sigla, pero tampoco podemos ir a la cola del esfuerzo por empujar nuestra humanidad hacia cotas más elevadas de civilización.

Una vez más habremos de explorar ese punto de equilibrio que nos permite ser protagonistas de los positivos avatares del momento, pero sin llegar al punto de adhesión a una opción en particular.

No deberemos tomar partido en política, pero ello no indica que hemos de quedarnos al margen del acontecer en este importante ámbito. Los artesanos de un mundo más luminoso estamos llamados a participar en las cuestiones ciudadanas siempre uniendo, siempre perdonando, siempre elevando, siempre trabajando por el bien de la mayoría y en especial por los más desfavorecidos. No podemos nunca desoír esa voz íntima que nos animará a buscar la unidad y la armonía, la paz y la belleza, la elevación y la pureza allí, en absolutamente cualquier ámbito en el que nos

impliquemos.

En estos tiempos de suprema confusión es preciso sentirnos más que nunca conectados a la Divinidad que nos habita. Es necesario volcar para adentro y pedir al Cielo amor y discernimiento y así después poder tornar sobre un mundo aún sufriente, aún desorientado, con testimonio de compasión, con visión positiva, con claves de esperanza.

Hora crucial

Asistimos a procesos colectivos cruciales, determinantes. Algo de todo esto ya sabíamos al tomar cuerpo en esta encarnación. El pulso entre progreso e involución se intensifica a todos los niveles, en todas las geografías ¿Los buscadores y discípulos espirituales de EEUU deberán mantenerse callados los próximos meses, cuando lo que se juega en sus presidenciales de fin de año no es sólo el futuro de su propio país sino, en muy buena medida, de todo el planeta? ¿Deberán permanecer ausentes en su “Nirvana” particular, sin intervención alguna cuando la reelección de Bush puede traer un aumento del armamentismo y militarismo a nivel planetario, un recorte de libertades, una mayor depredación de los recursos primarios, una depreciación de las instituciones internacionales, una falta de reconocimiento del Tribunal Internacional de Justicia, un arrinconamiento de la ONU etc. etc.?

No deberemos correr el riesgo de respaldar una determinada opción política, pues ello contravendría nuestra naturaleza de artesanos de unidad, mas ello no debe obviar un posicionamiento de respaldo generalizado a las fuerzas de progreso.

“El camino vertical de luz es nuestra línea de intención espiritual: nuestra intención vital. El sendero horizontal es la extensión de nuestro servicio. El centro es el punto de tensión donde los dos caminos se funden y mezclan y donde el trabajo avanza”. (Lucis Trust. Buena Voluntad Mundial.) Felizmente nos vamos integrando en una nueva fase definida por el compromiso y el servicio a la humanidad. Resuena con fuerza el clarín celeste llamando a la adopción de mayores responsabilidades en medio de la humanidad. Cada vez más artesanos de la luz y de la paz van al encuentro del mundo. La espiritualidad no sólo no está reñida con la entrega a nuestros semejantes, (la política puede ser elevada forma de servicio), sino que, al día de hoy, es el mayor reclamo que nos empuja a comprometernos. Nos

es difícil concebir un sendero ascendente, una carrera espiritual abstraída de la suerte de nuestros semejantes.

¿Qué no es espiritualidad?

A menudo claman voces que invitan a distinguir y separar espiritualidad de política. Difícilmente podemos concebir esa estancia separada donde aparcar una espiritualidad alejada del resto de las actividades humanas. La espiritualidad es la vida misma en todos sus aspectos, sólo que elevada a superiores octavas. Espiritualidad es la forma en que besamos y damos los buenos días a la compañera, en que saludamos al panadero por la mañana, en que miramos a la montaña, la forma en que comemos y agradecemos. Espiritualidad es por supuesto la forma en que amamos, pero también que hablamos, nos movemos, vestimos, jugamos, reímos, dormimos..., la forma en que nos relacionamos con los reinos superiores e inferiores, también con estas máquinas que tenemos delante nuestro. Espiritualidad es simplemente una forma más elevada de estar en el mundo, de vincularnos a nuestros semejantes y a cuanto nos rodea. Espiritualidad es participar en los asuntos que a todos nos competen, procurando siempre impregnar la vida pública de amor, justicia y compasión.

¿Pero es que hay algo que no sea espiritualidad? ¿Es que ésta se puede restringir a un espacio, a un tiempo, a una disciplina, a una asignatura, a una dedicación en particular? ¿Es que ésta sólo habita en nuestras salas incensadas de fin de semana en las que alcanzamos un éxtasis cronometrado? Precisamente nuestro reto de seres consagrados a la evolución consiste en espiritualizar toda la vida que nos rodea, elevar todo aquello que toquemos y en donde nos involucremos. Nuestra misión en la Tierra es inundarla, “nevarla” de quintaesencias divinas, es decir expandir sonrisa y gozo por doquier.

No creo en la doble realidad mundana y divina, como si el mundo hubiera surgido de generación espontánea y no tuviera como meta última espiritualizarse. La materia, el mundo entero están llamados a sutilizarse y nosotros somos los comisionados por el Universo para esta vital alquimia en la Tierra.

Incluso la política se puede elevar y espiritualizar, incluso ella puede ser desinteresada, incluso ella puede escribir las más nobles gestas... Los discípulos y aspirantes espirituales, estamos llamados a involucrarnos en la

“res publica” so pena de dejarla en manos de las fuerzas de la involución. Los trabajadores de la luz somos los consagrados al Plan de Amor, o lo que es lo mismo al Plan de progreso para nuestra humanidad. Somos avanzada del Cielo en la Tierra y no deberemos olvidar nuestro sagrado compromiso por construir una civilización de cristal y puro amor, un mundo regido por seres evolucionados en sincero servicio a la colectividad.

No conviene separar la política, ni ningún otro aspecto de la actividad humana, de nuestra vida interior, de nuestra vida espiritual. Todo es espíritu, también las piedras de los caminos, en una forma más o menos bruta o primaria. Todo es espíritu, sólo que en muy diferentes niveles de sutileza. Espiritualidad es la propia vida, en su versión cada vez menos densa, más pura, más bella, más luminosa, más generosa...

“Hay muchas estancias en los Reinos de mi Padre” (Jesús) y nosotros somos los escaladores. Conquistamos para dar, alcanzamos para ofrecer. He ahí la clave del progreso: compartir. El “top” que ahora podemos vislumbrar de amor, brillo y belleza, será el “kinder” del mañana, el “abc” de los mundos superiores, allí donde, si Dios quiere, nos reencontraremos. Allí también concluiremos que nuestro retorno a “Casa”, no es sino la conquista personal y colectiva de universos más elevados, de notas, colores más supremos, prístinas vibraciones que, por supuesto, invadirán todos los ámbitos, sin restricción alguna.



G U I Ñ O A L A L B A

G U I Ñ O A L A L B A